

*Juan Carlos Onetti*

## **Tiempo De Abrazar**

Comentario [LT1]:

### **I**

Con un largo suspiro M. Gigord volvió los dorados anteojos a la nariz. Por un momento las manos flacas y tristes continuaron moviéndose en el pañuelo.

—Tener una creencia, una fe, es indispensable para vivir. La religión católica es buena.

Pero yo no puedo creer que se conceda el paraíso a espíritus que... en fin, espíritus que no han alcanzado un cierto grado de perfección.

Jasón asentía con la cabeza. M. Gigord lo miró fugazmente, con un gesto nervioso; mientras guardaba el pañuelo, agregó:

—Aunque yo soy creyente en que todas las religiones tienen un principio común. Esto es indudable.

—Ciertamente. La esencia mística...

M. Gigord era un pobre diablo. Estupendo, señor profesor. Encarnarse todavía una docena de veces y luego disolverse en la divinidad. Disolverse beatíficamente. Cuando manas sé una con alma, en el principio número siete...

El reloj sonó varias veces, con una voz fresca y exótica.

M. Gigord rectificó la hora de su reloj y se echó hacia atrás, devolviendo a su rostro la expresión habitual.

—Es indudable que Jean Jacques era un enfermo mental. En caso contrario, nosotros haríamos bien de que estáramos frente al más grande hipócrita, cínico y perverso que haya existido jamás... ¿Usted ha leído el *Emilio*?

—No; nada más que las *Confesiones*.

—Bien; alcanza —subrayó la palabra con un risueño gesto de complicidad— alcanza.

Trate de releerlas un poco. La semana próxima trabajaremos con eso. Nosotros estamos un tanto atrasados y en un día liquidaremos Jean Jacques. En realidad no merece más.

Trabajosamente se puso de pie, abrochó el saco y comenzó a recoger sus libros. Jason cruzó el salón para apagar la luz. Triste y hastiado; infinitamente triste y hastiado. Con la cabeza baja, la mano irresoluta acariciando la pequeña palanca de la luz. Infinitamente

cansado de la puerca vida. Estomagado. Una columna de humo sucio le iba del estómago al cerebro. Atravesado por el espeso chorro de humo, arañaba despacito el conmutador.

—Puede apagar, Jason. Ya estoy listo.

—Bien.

M. Gigord había confundido con cortesía su indecisión. Con unas pocas palabras sería fácil convencerlo por completo de que había acertado. Como esto es tan oscuro, M.

Gigord... No valía la pena. Nada valía la pena y él apagaba la luz, con un movimiento resuelto e implacable. De esa manera, exactamente, se hacía funcionar la silla eléctrica de Sing-Sing en las películas de errores judiciales.

Las sombras de los rincones habían corrido velozmente hasta el centro del salón, chocándose y subiendo en altas olas hasta cubrir el techo. Recogió el sombrero del respaldo de la silla, rozando a M. Gigord en la oscuridad. Lo adivinó enfilado en dirección a la escalera, los libros bajo el brazo izquierdo y la verdosa galera colgando junto a la rodilla.

M. Gigord comenzó a subir, tanteando cuidadosamente con los pies. Jason miró la escalera angosta, oscura, retorcida. Extrañamente, tuvo la impresión de que aquella escalera no era ya un medio para llegar a la vida ardiente de la calle. La sentía como un fin en sí misma. Ascenderla era una trabajosa tarea que debía realizar porque sí, en medio de sombras, bajo la pupila lívida de la ventanita que se abría en el segundo tramo.

Miraba el brillo grasiento de la baranda, y no podía rechazar la imagen de todas las manos —ágiles, cansadas, finas, ásperas— que se habían apoyado en aquella lista de madera, dejándola un poco más pulida, un poco más sucia. Los hombres del horario nocturno, gordos, sin afeitar, haciendo crujir los escalones con sus gruesos zapatos. Las muchachas del turno de la mañana, dientes blanquísimos, vestidos flotantes, risas y carreras. Las manos —blancas, velludas, oscuras, pequeñas, venosas, húmedas— corrían como arañas hacia arriba; ya trepando, ya con rítmicos saltitos.

Subió, apoyándose exageradamente en el pasamanos. Frente a él, diez escalones más arriba, por encima de los débiles hombros de M. Gigord, veía un pedazo de pared blanca en el que se extendía la luz de la ventana que aún no alcanzaba a divisar. Aquella pared recién blanqueada, se le apareció fría e indiferente como un cadáver, su epidermis no tenía manchas ni roturas. Nadie había intentado amparar en ella, con torcido signos de lápiz, la vida efímera de un nombre o una fecha.

Recordó la pared reluciente de los lavatorios. Más humana, menos pared. Leyendas y dibujos obscenos se sucedían en sus mosaicos, renovándose diariamente. Cuartetos torpes, gritos rabiosos de sexualidad. El primer día que entró allí había visto aquello con disgusto. Pero luego, en un rincón oscuro descubrió dos palabras dibujadas con rasgos grandes y armoniosos. Abajo, una firma: Louise. Una confesión simple y animal. Louise quería. ¿Y qué? El quería, todos querían.

Imaginaba a la muchacha en cuclillas, haciendo pasar y repasar el lápiz por las baldosas resbaladizas. Con los ojos brillantes de miedo y vergüenza; la punta de la lengua entre los dientes; semidescubiertas las piernas blancas y las diminutas ropas, más blancas aún.

Louise quería, todos querían. Mejor aquella pared con su confesión cínica y exasperada, con sus dibujos grotescos e ingenuos, que esta otra, blanca, impersonal, simple plano divisorio.

Frente a él oscilaba la silueta de M. Gigord. Se adivinaba la debilidad de las piernas en la indecisión del paso; e iba subrayando el balanceo negativo de la cabeza con largos suspiros y el ruido seco de los escalones que pisaba. De aquellas espaldas viejas y dobladas se desprendía una intensa sensación de tristeza y cansancio. Y el recuerdo del viejo, con la nariz fantásticamente enflaquecida y alargada por la luz lejana del techo, hablando del

contento de vivir con una media sonrisa hipócrita... Falso. Un hombre viejo, cobarde y falso. El compendio de la esencia de todas las religiones... Magnífico estilo, noble maestro. La conformidad para sobrellevar los sufrimientos de la vida.

Si la conformidad no se alcanzaba por la reflexión, quedaba el camino de la fe. Tirarse de cabeza en la fe. Pero él no quería rehuir las conclusiones del pensamiento. No quería el contento del alma, el principio número siete, el ombligo de Buda. Quería la vida. Nada más que la vida; pero totalmente, hasta el fondo. Llegar a tener la energía necesaria para tomar la vida como a una mujer.

Pero allí, en la escalera; aquel viejo que trepaba cansadamente... ¿No podía ser aquél su futuro? ¿Era absolutamente imposible que él llegara a convertirse en aquello? ¿Y si él estuviera equivocado, terrible y trágicamente equivocado? Se creía capaz de moldear la vida como él quisiera; pero acaso era la vida la que lo iba haciendo a uno, con una lenta tarea de deformación, un día y otro, una claudicación y otra.

Miraba la silueta del viejo, tratando de establecer fría e impersonalmente hasta qué punto era imposible que dentro de muchos años, cincuenta años, J. Jason subiera una escalera en la misma forma en que lo estaba haciendo M. Gigord. Expresando su cuerpo tanta entrega, tanto renunciamento como la doblada silueta del profesor. Y razonablemente, no era posible afirmar que aquel pensamiento fuera absurdo. Ahora mismo, sin saber por qué, se encontraba cansado y débil. ¿Entonces, camarada...?

Sí y sí. Jason, el superhombre, el conductor, dando lecciones de literatura francesa, subiéndose escalones paso a paso, mintiendo conformidad y satisfacción.

Dominado por una fría desesperación se obligaba a pensar en su vida dentro de medio siglo, buscando con perversidad la imagen que más le doliera, la más humillante y ridícula. La pobre cosa lastimosa y despreciable que llegaría a ser su cerebro; el residuo de hombre en que él se convertiría.

La corbata en arco, el cuello cruzado, los dientes postizos, la pechera almidonada, el reloj de oro. Todo eso tendría él; y también los gestos mecanizados y tímidos; la absoluta falta de audacia en los ojos, y, en la boca, la curva aplastada de la resignación.

Y si éste era su posible destino, si por el solo hecho de vivir corría el riesgo de llegar a ser una cosa así, de llevar podrido el cerebro unas decenas de años antes de pudrirse su cuerpo... Pensaba en la vida y no sentía de ella más que su fatalidad; su fuerza ciega que lo obligaba a crecer, a envejecer, a ir acumulando impresiones, a sufrir, a gozar, a sentir tantas cosas distintas, le interesarán o no.

Se detuvo un instante juntando las cejas, Cristina. Cristina desnuda, de pie frente al espejo, mientras él fumaba tirado en la cama. En el vestíbulo del teatro, con el abrigo azul marino y el pequeño paraguas debajo del brazo. La cabeza en primer plano, despeinada, mirando acercarse la suya... Acaso había hecho una tontería enojándose con ella. Era muy linda, muy linda. Sí; estúpida, charlatana, vulgar, con una manera de alzar los hombros que crispaba los nervios. Pero, no obstante, sin embargo, a pesar de todo... Sí; había sido un tonto. Con ella, nada de dudas ni problemas filosóficos.

Llegó frente a la ventanita. El anochecer azulado y frío se pegaba a los vidrios. Sintió la noche serena y fresca. La noche con el cielo claro y las luces cuadradas de los edificios.

En su interior navegaban imágenes tranquilas, frases cuyo sentido no intentaba desentrañar,

recuerdos fraccionados y pálidos. Luego, hendiendo suavemente las imágenes interiores, una escena se hizo lugar, sin violencia alguna. La cara de la noche aplastada contra los vidrios, el tinte vago e inexpresivo del cielo, y los hilos fríos que se colaban por los costados de la ventana, le trajeron el recuerdo de su última conversación con Lima.

El fuma en el sillón de cuero, los pies sobre la mesa. Lima está tirado en la cama, casi invisible por la sombra. Hace rato que han dejado de hablar y en el balcón es ya de noche.

De pronto, con una voz apagada y extraña, Lima dice lentamente:

—A veces, por la noche, me acuerdo de algo de cuando era chico.

Jason se estremece, con la sensación que cualquier cosa que diga Lima va a encajar exactamente en su estado de ánimo.

—Aunque, en realidad, no pasó nada. Una sensación. Desde la mañana yo cuidaba las ovejas en el campo. Allí mismo almorzaba pan y queso de cabra. A la tarde guardaba los animales y me volvía caminando al pueblo. Una vez me distraje y cuando terminé de encerrar los animales era ya de noche. Me puse a caminar, cantando y golpeando el pasto con una rama de árbol. Bueno... Cuando vi las luces del pueblo, allá abajo, sentí de improviso que la noche se me venía por las espaldas y que no me dejaría llegar. Me puse a correr como loco...

Lima está sentado en el borde de la cama, mirando el suelo.

—No es más que eso. Pero me gustaría poder hacerte sentir mis sensaciones de aquel momento. Mi carrera desesperada, medio asfixiado por el cansancio, loco de miedo. Miedo a la noche, al misterio de la noche. Y mi carrera entre los árboles, cuesta abajo; el ruido de los grillos... Hasta que llegué junto a la iglesia.

Deja la cama y va hasta el balcón, mirando hacia fuera con las manos en la espalda. Un rato después, termina:

—Ahora la noche ya no me da miedo. Pero cuando el anochecer me encuentra solo, me llena un desaliento... Es como si me fueran sacando toda la sangre.

Se detuvo un instante frente a la pequeña ventana, apoyada la cintura en el pasamanos.

Es como si me sacaran la sangre... Idéntico desaliento le aflojaba el cuerpo, incitándolo a dejarse resbalar con los ojos cerrados, hasta quedar doblado en un escalón, la rodilla a la altura de la cabeza, y ésta caída a un costado, sin vértebras, sin cerebro, sin expresión. Las sombras que flotaban lentas allá abajo, en el tramo de escalera ya recorrido, se le adherían con fuertes tentáculos a la espalda, atrayéndolo hacia la soledad del salón. Los vidrios azulosos de la ventana seguían sudando para él un espeso desaliento.

Contrajo los brazos y continuó subiendo. Ya no tenía ganas de rodar por los escalones, ni doblar su cuerpo como se dobla un documento antes de guardarlo en la cartera. Estaba otra vez allí; hacia avanzar a golpes cortos su mano por la baranda y, frente a él, M. Gigord flexionaba apenas las rodillas, ya próximo el último escalón.

Como todas las semanas, una vez terminada la ascensión. Jason lo veía reconquistar su aspecto habitual, su manera de inclinar la cabeza, el movimiento nervioso de los hombros hacia delante. Poco a poco, libre de la influencia de los escalones, M. Gigord volvía a ser el profesor de literatura, y, ya en el corredor, volvió a encontrarlo por completo, cuando se puso la vieja galera y acomodó los libros bajo el brazo.

Allí estaba M. Gigord, con los ojos sonrientes y un gesto amable en la boca. Ahora se trataba de buscar la forma más correcta de separarse, simulando tener poca prisa en ello.

—Hemos terminado otra jornada, Jason, y espero que será provechosa...

Hizo una risita breve, como para amortiguar el tono doctoral de sus palabras. Al fondo del corredor, por las vidrieras que daban a la calle, se distinguía el movimiento del tráfico y el ir y venir de las gentes. En el umbral, como una mancha de aceite en el agua, se extendía el reflejo amarillento del gran farol del zaguán. Jason dio vuelta la cabeza y dijo, sin saber por qué:

—Cada día encuentro más interesante la literatura francesa. Hay...

Quedó arrepentido de sus palabras e hizo un movimiento para terminar la conversación.

Pero M. Gigord volvió a reírse, con un ronroneo de gato.

—Oh, no es por nada que lo digo. Pero es indudable que ella es la más rica de todas, la más armoniosa y completa.

Lo miró, entre divertido y molesto. Aquel viejo imbécil creía que por el hecho de ser él francés... Empezó a decir:

—Sin embargo, la española...

—Oh, no... No se puede comparar. En ella encontramos genios: hay grandes escritores.

Pero examinada en conjunto, ¿eh?... No se puede comparar, no se puede comparar...

M. Gigord continuaba hablando de siglos, períodos y edades. Usaba la voz opaca y monótona de las lecciones, y la mano descarnada subía y bajaba con precisión de máquina.

Quiso considerarlo como a un viejo. Nada de M. Gigord ni bellas letras. Un pobre viejito cualquiera que lo había detenido en el corredor para solicitarle un pequeño servicio, un favor insignificante. Pedirle un fósforo, rogarle que le indicara una dirección.

—...la renovación sin igual que significó la Pléyade. Se ha dicho que Ronsard fue demasiado lejos; pero, bien examinado, esto es una prueba concluyente.

Cuando tuvo al viejo delante y se introdujo apenas en sus ojitos acuosos, sintió claramente que el hombre que el viejito había sido en un tiempo, el individuo capaz de transmitir odio a sus puños y amor a su boca, estaba tan lejano, tan borrado por el roce de los años, que era ya imposible entenderlo; como no se entienden las inscripciones de las viejas monedas gastadas por el uso y veladas por la suciedad. Llegaba a dudar que el hombre hubiera existido nunca; y se obligaba a efectuar un gran esfuerzo imaginativo para reconstruirlo, tratando de hallar el pasado de aquellos rasgos en ruinas.

—...y está también la nota ligera y banal. Mme. de Sévigné podría ser el arquetipo de esta feliz unión, tan frecuente en las letras de Francia...

Había sido entonces, cuando trasuntaba orgullo la línea de la nariz y eran brillantes y audaces los ojos, que el hombre había existido. Ahora seguía viviendo en viaje de regreso, como la piedra que cae una vez desaparecido el impulso que la hiciera subir. M. Gigord se acercaba a la muerte como la piedra a la tierra; y cada instante lo alejaba en forma irremediable del individuo que alguna vez se había movido en oposición a la fuerza que ahora actuaba sobre él.

—...mi querido amigo. Sí; yo reconozco que pueda parecerle ingenua alguna de sus fábulas. Pero considérelas en su ambiente, en su salsa. El verso libre.

Trataba de sentir el parentesco humano que lo unía a M. Gigord y sólo sentía que eran seres distintos, sin más semejanza que las funciones de la vida animal. Usaban palabras iguales; pero jamás podría hacerle entender nada de sus sueños, de sus oídos, de sus ganas brutales de llegar a ser él mismo por completo, de lograr a puñetazos la brecha por la cual le sería dado expresarse totalmente. Las palabras ardientes que él pudiera elegir, se asfixiarían en la atmósfera de aquel cerebro, estéril y venenosa como la de un planeta muerto. Pensó que miles de M. Gigord lo rodeaban diariamente en la oficina, en las playas, en las calles, en los tranvías. Y no era necesario que fueran viejos; todos ellos habían nacido con la imaginación cansada, infinitamente mediocres, ridículos y brutales. Miles de M. Gigord hacían los diarios, dictaban leyes, repartían el bien y el mal. El mundo estaba dirigido por ellos. Crueles y cobardes, temerosos ante todo lo que significaba audacia y originalidad.

—...tema para muchas conferencias, mi estimado Jason.

M. Gigord reía por la nariz mientras pasaba por ella un pañuelo cuadriculado. Pensó en lo fácil que le sería estrangularlo allí en la soledad del corredor. Pero sentía asco con sólo imaginar sus dedos en la piel rojiza del pescuezo.

Sería mejor darle un golpe en el pecho, haciéndolo retroceder tambaleante, con un estúpido gesto de asombro colgando en la boca, los ojos redondos de sorpresa. Los libracos se desplomarían contra el suelo y la galera bailarían grotescamente, cayendo luego contra la pared, como un gato negro que se echara a descansar. Entonces lo remataría, dando el tiro de gracia a su expresión de desconcierto. Una sonora bofetada, con todas sus fuerzas, casi

sin mover el cuerpo, sin alterar el rostro. Luego reiría en silencio. Medidas profilácticas, M.

Gigord... O, mucho mejor, lo ignoraría. Cruzaría el corredor, lleno el cerebro de pensamientos totalmente ajenos a M. Gigord y la incomparable literatura francesa.

Cualquier cosa. Cristina —tres semanas sin verla— o la necesidad de no olvidarse de comprar tabaco para la pipa.

M. Gigord sonreía, con el brazo estirado.

—Bueno, Jason... será hasta el martes. Tengo que ver al señor director antes de irme.

Y no olvidar las *Confesiones*, ¿eh?

—Descuide, M. Gigord. Hasta el martes.

Estrechó en su mano la otra, caliente y blanda.

## II

—No, por favor. Usted entra o no entra. Pero suprima en todo caso las reflexiones sentimentales.

Seidel cortó el aire moviendo un brazo con gesto casi rabioso. Luego caminó hasta la ventana y levantó la cortina. Jason miró un momento al hombre en mangas de camisa que recostaba la frente al vidrio. Alto, corpulento, tan seguro esta vez... ¿Y si se equivocara, si todo se redujera a uno de sus tantos planes? ¿Cómo reaccionaría Seidel ante este fracaso?

Metió una mano en la zona de luz de la lámpara, arrastrando la carpeta sobre la mesa. En letras rojas: “ASUNTOS S.A.T.” “30.000 acciones a 5 dólares cada una...”

La cortina cayó, chicoteando en el vidrio. Lentamente, con las manos en los bolsillos del pantalón, Seidel se acercó a la mesa.

—Estafa... Estafa...

Puso un pie sobre la silla y continuó hablando duramente, sin gesto. En el rostro cuadrado brillaban intensos los ojillos de agua jabonosa, alargados hacia las sienas.

—Vea, Jason: lo toma o lo deja. Hace casi un año que ando atrás de esto. He cuidado hasta el último detalle. Todo está perfectamente maduro, pulido... Y estafa... Ah, no. Estoy resuelto a mandar al cuerno los escrúpulos. Si no hago yo el negocio, lo harán ellos u otros peores.

Bueno: resolverse. Si él no aceptaba, Seidel se arreglaría con Pins. Mil, dos mil pesos, cualquier cosa. La cuestión era meter un elemento nuevo en su vida, correr detrás de algo.

Golpeó suavemente la carpeta:

—Yo no entiendo bien... No sé exactamente para qué me necesita.

El otro aferró el respaldo de la silla con ambas manos, alargándole la cara y la voz, frías:

—¿Al diablo las viudas y los huérfanos?

—Al diablo...

Seidel hizo bailar la silla sobre una pata y se sentó frente a él. Ahora la luz ponía brillo de cobre en sus cabellos.

—Déme la carpeta.

La puso cuidadosamente sobre la mesa opaca de polvo y luego se inclinó, buscando, revolviendo entre las hojas de papel, el vaso mediado de agua, la pila de sobres, el grueso tomo de *El Capital* encuadernado en rojo.

—¿Dónde...?

Estiró el brazo hasta alcanzar la tabaquera de goma y comenzó a hacer un cigarrillo.

Dijo sonriendo, como si quisiera justificarse:

—Es mi oportunidad, Jason.

Al fin. Tenía los dedos amarillentos y las uñas sucias. Atrás de la cortina verde de la ventana, un rápido trazo de luz. El farol de algún auto en la calle. Cerca del techo el papel de la pared colgaba en tiras manchadas. Seidel mojó despaciosamente el cigarrillo.

—Lo que necesito de usted es que tan pronto llegue el telegrama confirmando la venta, me avise. Pero en-se-gui-da. Entonces yo compro. Nada más que eso.

—¿Pins?

—Pins es seguro que comprará por su cuenta. Pero no importa; no tiene dinero para molestarme.

—Sí, ya lo sé. Pero... ¿Y usted?

—Si no lo tuviera no lo habría llamado.

Acercó la lámpara, doblándole el largo talle encima de la carpeta. La luz cayó blanca y serena sobre: S.A.T., en grandes letras rojas. ...Diciembre 19... Carta del Directorio... cable de Norteamérica... la tarjeta de Santi... (cómo se va a arrepentir de haberla escrito) copia de la última acta... Se recostó en la silla, brillándole los ojos.

—Sí, Jason. Nada más que un poco de audacia y los tengo. Bien. Tiró un lápiz sobre la mesa.

—Haga usted mismo el cálculo. Jason empezó a escribir.

—Esa pobre gente está dispuesta a vender a treinta centavos oro... 30 ctvs... No: 0.30 dls.

—...calculemos un promedio de cincuenta, que ya es mucho. Pero no importa, más vale...

—0.50 dls.

—Los yanquis van a pagar tres dólares por acción...

—Ganamos dos cincuenta en cada una que compremos. 2.50 dls. Por c/u.

—Por razones de tiempo, entiéndalo bien: de tiempo y no de capital, puedo comprar en seguida, antes que se enteren, ocho mil acciones. Ocho mil. 8.000 a 2.50... Bueno: 80.000 entre 4...

—Calcule. Dos cincuenta de ganancia por cada una. Lo que hace... ¿eh? Exactamente veinte mil dólares. ¿Eh? ¿Qué le parece?

—Y usted está seguro de poder comprar a cero cincuenta...

—Y cero treinta. Treinta modestos centavos de dólar. Hace seis meses que la SAT abandonó definitivamente los trabajos. Son miles y miles de acciones ofrecidas a la Sociedad en cero treinta. He visto cartas. Es que esa gente, entiende tanto de esto como yo de...

Latín, música sacra, danzas clásicas. ¿De qué no entendía Seidel? Pero éste cortó:

—... Bueno, unos infelices. Volvió a hojear la carpeta velozmente, sin leer nada.

—Entonces...

—Entonces ya veremos. Por ahora, esto: hay ocho mil acciones en mis manos. Las compro cuando quiera.

Estiró el cuerpo mirando al techo.

—¿Usted no sabía que iban a liquidar?

—Sí. Es decir: hace tiempo que se habla de eso. Pero no pensaba que fuera tan pronto.

—Claro. Lo disimularán bien, los cochinos...

Un chorro de humo le subió de la boca, ensanchándose rápidamente arriba como el follaje de un árbol.

—Ahora... ¿Está seguro de poder ver el telegrama antes que nadie?

—Sí. Toda la correspondencia. Será cuestión de combinar con el muchacho. Mañana mismo.

—Perfecto. *Ça ira*, Jason.

Recogió el lápiz y se puso a golpear la mesa con aire distraído. Jason cruzó una pierna y miró rápidamente la oficina sucia y oscura, los pocos muebles viejos, el piso lleno de manchas. ¿Qué haría Seidel con los veinte mil? \$ 20.000. Colonización, perforaciones, el negocio de los cambios, aquella combinación con maderas... \$\$\$... Seidel quería dinero. No para él. Para tenerlo, para manejarlo como a un caballo o un barco. Seguiría fumando el mismo tabaco insoportable, vistiéndose en el mismo sastre. Ni problemas amorosos, ni sociales ni filosóficos dentro de aquella cabeza ancha, de pómulos salientes, con los pedacitos de cielo lluvioso de los ojos. Nada. \$\$\$\$\$. Había nacido para eso. Sería interesante verlo después, moviendo los 20.000. Y recordar entonces al Seidel de camisa remendada de ahora.

Seidel rascó suavemente la mesa con el lápiz y lo miró a la cara:

—Bueno. Por su colaboración en la estafa le ofrezco el diez por ciento. En realidad su trabajo va a ser insignificante, ¿eh? Pero está bien. Eso es. Dos mil dólares para endulzar el remordimiento de la traición... 2.000. Dos veces mil. Otra luz en la ventana y, en seguida, otra.

Se encogió de hombros:

—Como quiera... Aceptado.

—¿Está conforme?

—Sí, hombre. No es eso lo que me interesa.

Seidel rió brevemente, como si graznara. Dijo sin interés:

—¿Ah, no...? No entiendo entonces...

Se levantaron juntos. Jason se puso el sombrero y caminó unos pasos. Dos mil dólares.

Dos mil. A la puta todo el mundo. Dos mil dólares suyos y el gusto de ver a Seidel trabajando en grande. Dos mil dólares. ¿Cuánto era dos mil dólares al cambio del día...?

Sonó el teléfono débilmente, como si el martillo de la campana no tuviera fuerzas. Jason pensó en una estación, solitaria de trenes. Era en el campo y posiblemente la hubiera visto alguna vez. Sonaba un timbre y se iba bajando lentamente la barrera con la brasa del farol fija en un costado. Una noche...

—Eso mismo, ya había pensado... No, va a ser imposible. Eso mismo... Mañana a mediodía.

Hum... Con ese lío del patrón oro el dólar andaba por los sucios suelos. Seidel: ¿Por qué no diría "all right" en lugar de "eso mismo"? Y hasta era posible que el invento de la NIRA lo perjudicara. Control de cambios, limitación de giros y la mar. Pero esos dos mil dólares, por malheridos que quedaran en las operaciones de cambio, y la luminosa calle de las sensaciones que iba a conducirlo hasta ellos, podrían ser la salvación. No importaba que fuera temporaria. La cuestión era cambiar. Mezclar la sangre empobrecida de su vida con la de unos cuantos días de aventura y dinero y estafa.

Seidel seguía con el teléfono en la cara. Como una renegrida patilla que se juntara con el bigote. Hablaba mientras iba enfundando el brazo libre en la manga del saco:

—...claro, claro... y usted supuso que sería para hablarle del asunto de ayer...

Estaba barbudo y el pelo, demasiado largo, comenzaba a enroscarse en la nuca. Veinte mil dólares. Los zapatos sin brillo se doblaban tristemente hacia adentro, demasiado lejos del borde comido de los pantalones.

### III

Era olor de resina. Pero un momento antes le había recordado una bien lamida hoja amarillenta de papel cazamoscas. Tanglefoot y unos extraños dibujos colocados



simétricamente, que él veía a través de la capa pegajosa. No podía precisar en qué casa había sido: si en la del jardín, cuando comenzó a ir a la escuela, o si en la otra, la más recordada y querida, con el gran tragaluz cuadrado en el patio y las macetas sobre la baranda de la escalera. Tunas, begonias y malvones. Pero no era Tanglefoot, sino resina.

Despegó el cigarrillo del borde de la mesa, donde quedó una mancha oscura y brillante, velada un momento por el humo. El cigarrillo tenía también sabor a resina. Tanglefoot y los bosques que hiciera arder Juna Suter en California.

Dejó caer el cigarrillo y le puso el pie encima. Había hablado demasiado y le dolía la garganta. Además era ya muy tarde; tenía sueño y se aburría. Y aquel idiota de Matis le había ganado la discusión; una cita de Stuart Mill y él había callado como un niño. Bueno: al diablo el señor Matis, Stuart Mill, el valor permanente y aquellos idiotitas que lo habían estado mirando con atención excesiva. No iban a descubrir la pólvora en lo que faltaba de la noche. En lugar de estar perdiendo ridículamente el tiempo...

Lago caminaba unos pasos, daba vuelta, seguía avanzando, se detenía y hablaba.

Hablaba despacio, crispando la mano, tratando de hallar la palabra exacta, corrigiéndose, aclarando el sentido de algún vocablo con largas frases en las que, fatalmente, surgía otra palabra oscura y poco precisa. A veces se detenía silencioso en mitad del cuarto, tratando de quitarse de la frente un mechón de pelo rubio. Después daba unos indecisos pasos de hombre herido de muerte, y se erguía de pronto, estirando el brazo. Volvía a hablar, trabajosamente, como si efectuara un trabajo manual. Era alto, delgado, muy nervioso, con un delicado aspecto de niño enfermo. Sólo un trío de arrugas en el entrecejo daba gravedad a su fisonomía.

De vez en cuando Matis lo interrumpía, con una voz tranquila e indiferente, como si temiera arrugarse las ropas o desviar la línea de la corbata. Citaba a Stern o a Piaget. Una frase corta, firmemente construida, Callaba en seguida, paseando por los demás una sonrisa antipática. Entonces Lago abandonaba de inmediato la parte del problema de que estaba hablando y amontonaba frases, afanoso por destruir la objeción que acababa de hacerle.

Caminaba hasta donde estaba él, sentado detrás del escritorio, junto a la luz de la lámpara de pie. Caminaba hasta allí, empalidecía su rostro con la luz violenta, hacía brillar un momento el pelo dorado sobre la frente, y giraba en seguida, alejándose. Iba y venía, una vez, otra vez. Y siempre la mano se contraía en el aire frente a su cara, delatando el trabajo del cerebro. Ahora hablaban solamente Matis y él. Oh, infinitamente interesante saber si el niño era un hombre pequeño o si, por el contrario... Pero a nadie interesaba y él tenía sueño,

ganas de respirar el aire de la calle, y unas isócronas y largas punzadas en la garganta.

En el fondo de la habitación, Lima fumaba charlando a veces en voz baja con Landbleu y las dos chicas. Una, morena, delgada, muy quieta. La rubia era alta, muy pintada y con aspecto resuelto. Si Lago dejara de caminar —no podía sustraerse a la contemplación del efecto de la luz en su rostro, cuando se acercaba a la mesa— él podría hacer un pequeño estudio fisonómico con las muchachas. Por lo tanto, era indudable que la morena —Virginia Nosecuanto— era perezosa y sensual. María Teresa debía ser activa, sincera, fuerte... Bien. Land tuteaba a las dos y las trataba con una indiferencia que denunciaba la intimidad. Acaso alguna de ellas fuera pariente de Landbleu; pero no tenían ningún parecido.

Otra vez la cara de Lago encima de la lámpara. Se echó para atrás y encendió un cigarrillo. Matis hablaba, haciendo brillar un anillo. Junto a él, Durán exageraba su desprecio por la conveniencia tirado en el sillón, las manos en los bolsillos, las piernas abiertas. Tenía la cabeza inclinada, mostrando solamente el pelo revuelto, y bostezaba con frecuencia. Detuvo la mirada en cada uno de los que formaban el semicírculo: Matis,

Durán, Lima, las chicas, Landbleu. Arriba de la lámpara, Lago. Y, aquí, Jason. Tenía sueño y el humo del cigarrillo le lastimaba la garganta, Posiblemente la serenidad de Virginia Nosecuanto no fuera más que timidez. Cierto que había hablado hacía un momento con mucha firmeza; nada nuevo, pero dicho con claridad. Sin embargo, hija mía... No era imposible que la pobre criatura deseara que Landbleu la invitase a descubrir su genio leyendo algo. Versitos, debía de hacer. Landbleu le hablaría con una sonrisa bondadosa y ella, luego de tres negativas in crescendo, sacaría unas hojitas de papel de dentro del libro que tenía en la falda. (Si pudiera ver el título del libro... Siempre sería un relativo elemento de juicio.) Pero no; Virginia Nosecuanto no se animaría a leer los versos. Lo haría Landbleu, con su incomparable voz sonora. Todos escucharían en silencio, con la vista baja, contemplando los finos tobillos de la muchacha. Luego le hablarían de sensibilidad,

de imágenes, de neoclasicismo y de Valéry. No iba a desperdiciar Landbleu aquella oportunidad: “Hay en un viejo país un poeta eterno...” La muchachita los escucharía con una turbada sonrisa. Pero ellos abrirían en seguida otra discusión. El élan vital, el monismo,

el eterno regreso, mientras ella continuaría callada y quieta.

Alrededor de la lámpara, un humo espeso alargaba hebras delgadísimas. Lago se había quietado, sentándose en el brazo de un sillón. La voz de Land:

—¿Qué le pasa, Jason? ¿Hizo voto de silencio?

Contestó sin moverse, el cigarrillo en la boca:

—Tengo sueño.

Alguien rió, hacia la derecha. Pero estaba seguro que no había sido Virginia. Comprobó que había sentido rabia al oír la pregunta de Land. Curioso que la causa de su pequeño odio fuera el hecho de que aquél le hubiese hablado desde el lugar donde estaban las muchachas.

En lugar de estar escuchando y pensando tonterías, debía haberse ido a casa.

La rubia rió con fuerza.

—...pero era algo muy sospechoso.

En seguida, la voz armoniosa de Landbleu:

—Sí; porque no basta ser inocente, es necesario parecerlo. ¿No te parece, Virginia?

Ella contestó algo y rió suavemente. No basta ser, sino parecer... Diez millones de veces había escuchado y oído aquello. Y era de aquella vulgaridad que las señoritas reían.

Muy gracioso, muy ocurrente, muy intelectual. Y sí él fuera hasta donde estaban ellas... Sí; si se acercara despacio y dijera con una reverencia, en el tono más natural del mundo:

“Considerando que estaré solo esta noche y teniendo en cuenta que estoy muy aburrido,

¿tendría alguna de ustedes la bondad de acostarse conmigo?” ¿No encontrarían eso también muy gracioso? ¿Qué ocurriría si él hiciera eso, si con el aire más inocente del mundo...? Las oyó reír a dúo, sostenidas por la carcajada de Landbleu. Tenía las dos una manera extraordinariamente antipática de reír.

Landbleu llegó hasta el escritorio en busca de fósforos. Encendió el cigarrillo y quedó un momento indeciso, como si fuera a hablar. Pero sonrió apenas y volvió a su rincón. Que se fuera al diablo. Tiró el cigarrillo con asco. Sagrado nombre de un perro: la garganta y el sueño. Decididamente, se iba. Que lo tomaran como quisieran. Que pensaran lo que creyeran oportuno de su silencio y de su ida. Cuando la vida interior de un sujeto no armoniza con la externa, con la que lo está rodeando, no hay nada que hacer. Callar y marcharse. Esa es la gran sabiduría, caballero Jason.

—No quiero molestaros con aquella vieja tontería de la forma y el fondo. A mí me resulta indudable que cuando un artista trabaja, lo hace en la forma. El fondo es cuestión de pensamiento, de razón. No es necesario ser artista para encontrarlo; pero es indispensable

serlo para darle forma. Podría citarles mil obras de arte en que el tema es completamente vulgar. Es el estilo quien lo ennoblece, quien lo eleva a categoría de obra de arte. Claro que lo ideal es la armonía entre una cosa y otra; acaso el arte consista en resolver el problema de este ajuste. Si se logra, hay obra de arte; si no, no. Pero me parece digno de tenerse en cuenta que se pueda hacer arte usando temas rastreros, mientras es imposible...

A través de la zona de luz de la lámpara, miró a Land con una sonrisa irónica. No iba a molestarlos con aquella tontería, pero iba en tren de seguir hablando durante horas sobre forma y fondo.

Matis avanzó una mano:

—Me gustaría saber por qué se establece esa separación. Yo tomo la obra de arte en bloque y la siento y la estudio así.

María Teresa gritó riendo:

—Un momento, Land. Lo voy a ayudar con una definición —y recitó gravemente—:

La naturaleza mágica del arte, se reconoce en su facultad de lograr sensaciones estéticas, aun cuando se limite, acaso por virtuosismo, al uso de elementos inferiores.

Hizo una risa y una pausa.

—¿Qué tal? —y paseó una burlona mirada por las caras.

—Redondo, María Teresa. Como la Tierra y como sus mejillas.

Virginia soltó una carcajada. Tenía la cabeza un poco hacia la espalda y la garganta le temblaba. Encontró excesiva e inoportuna aquella manera de reír; pero debía reconocer que la mímica que lo acompañaba —la cabeza tan espontáneamente abandonada, el suave estremecimiento del cuello— estaba llena de una pura gracia infantil. Matis preguntó algo.

—Es que usted ha tocado un punto delicado. María Teresa piensa que sus mejillas son demasiado redondas. Es su obsesión.

Ahora apenas sonreía; pero aún quedaban huellas de la risa, vibrando en los costados de la nariz. María Teresa sonreía divertida. Matis se excusó.

—Bien, declararemos tabú sus redondeces. Será pecado mortal nombrarlas; pero confió en que no nos vedará el placer de admirarlas.

Un poco nerviosa, María Teresa agradeció riendo.

—Y hago notar que no nos hemos salido de la cuestión. Seguimos discutiendo alrededor de la forma.

Ahora sí que iba a irse. No estaba en condiciones de soportar aquel estúpido torneo de ingenio. ¿Y a quién le habría robado aquello de la naturaleza del arte? Lima se movió, diciendo con voz cansada:

—Continué con la conferencia, Landbleu. Hay que provocar una discusión. Si no hay discusión me aburro. Yo esperaba que Durán...

Jason miró el reloj y se puso de pie. Pero en aquel momento Durán comenzó a hablar sin mirar a nadie, dando vueltas un cigarrillo entre los dedos.

—No quiero discutir y lo siento mucho. Pero voy a decir una cosa sobre esto antes de irme.

A la luz del fósforo enrojeció un momento su cara, cuadrada y vulgar; pero los ojos brillaban inteligentes y la mandíbula avanzaba en actitud enérgica. Tuvo la impresión de que era el más maduro de todos, que estaba seguro del terreno que pisaba. No sabía qué iba a decir, pero se puso instintivamente de su lado. Tenía esperanzas de que dijera algo molesto para los demás y esta perspectiva lo alegraba.

—Pienso que no está la época como para perder tiempo discutiendo sobre estilo. Ni siquiera para perderlo tratando de hacerlo. Idioteces; para todo el que no sea espiritualmente un eunuco, los tiempos son de lucha. Se trata de hacer y pensar en serio, sin puntillas ni encajes.

Jason se apoyó en el escritorio, junto a la lámpara. Las muchachas escuchaban inmóviles. ¿La palabra eunuco no habría sugerido a las señoritas imágenes sexuales?

—Todo lo que se escriba y no tenga relación con los problemas actuales, será inútil. Completamente inútil. Y cuando hablo de problemas actuales no me refiero a cosas bonitas;

ni al surrealismo, ni al autoanálisis, ni al neocatolicismo ni las modas de invierno.

Rió levemente. Las muchachas continuaban quietas; erguida en el sillón la rubia, inclinada hacia Durán la otra. Quietas e impasibles, escuchando. El perfil de Virginia era puro, infantil, dulce de inocencia. Aquella expresión lo molestó. ¿Cómo podía ella tener a la vez aquel suave gesto candoroso y un cuerpo de mujer? ¿Podía olvidar, acaso, que sobre el blando cuero del asiento descansaba su sexo? Ella tenía sexo y... Se estremeció de rabia; tenía sexo y fingía no saberlo, sosteniendo un hipócrita gesto de pureza.

—Hablo del hambre, por ejemplo. Eso: el hambre. El que la ha sentido de alguna manera no está hoy capacitado para hablar en voz alta, no tiene derecho a las ediciones de miles. Los que han vivido sin entrarse en la vida deben concretarse a los tirajes de dos docenas...

Sí, era indudable que exageraba. Una idea general en un cerebro estrecho... Pero éste había vislumbrado la verdad, creía. Pensó que el silencio de los demás contenía incomodidad y molestia. Sintió un alegre golpe de energía. Sólo pudo decir, alzando la voz:

—Es la primera cosa verdaderamente interesante que oigo desde hace tiempo — comprendió que no bastaba y agregó—: y la única digna de escucharse que se ha dicho esta noche.

Pero nadie le hizo caso. Cruzó los brazos y siguió escuchando. Se debían de haber dado cuenta de que había mentido. Que se fueran todos al diablo.

—Que los selectos impriman 25 ejemplares de cada libro. Y les concedo que sean en Holanda, Japón o Straton Bond. Yo he sufrido hambre de comida, de descanso, de tranquilidad, de mujer, de amigos, Ahora solamente la primera podría hacerme sufrir. El hambre en serio, el hambre de un pedazo de carne. Claro que reconozco que soy un tipo inferior: yo no engordo padeciendo hambre de belleza y de infinito, como le sucede a otra gente.

Lima rió:

—Pero caramba, Durán, ¿usted también, con las mejillas de María Teresa?

Aprovecharon la oportunidad y todos rieron. Pero las frases habían quedado e impusieron el silencio. Durán fumaba, echando humo con fuerza, como había hecho con las palabras. Virginia lo miraba, seria y atenta, como si esperara algo más. Matis sonreía vagamente, mirándose las manos. Entre María Teresa y Lima, que hablaban en voz baja con aire divertido, Landbleu contemplaba el techo. Parecía estar más pálido pero la cabeza conservaba el gesto sereno y orgulloso de siempre. Posiblemente Durán se hubiera referido especialmente a él, sobre todo al hablar de los papeles de lujo. Y si no tenía razón ¿por qué callaban? Unas palabras vulgares habían bastado para terminar con aquellas audacias filosóficas de un momento antes. Lago se levantó en silencio. Detrás de los sillones fue abrochándose lentamente el abrigo, con la cabeza baja y la frente crispada. Matis habló:

—Es una opinión...

Con que eso era todo lo que se le ocurría al crítico de arte... Y qué tono de semidiós benévolo para decir aquella estupidez. María Teresa se inclinó hacia Durán:

—A mí me parece... No se puede ser absolutista. Con ese criterio sólo deberíamos escuchar a los muertos de hambre. Una minoría anormal...

—Sospecho que va a resultar más interesante escucharlos a ellos que a los que están hartos.

—Usted es un exagerado. No hay que extremar las cosas...

Tenía la nariz redonda y la luz ponía placas brillantes en su rostro. Vio que era hermosa y fuerte, tan segura de sí misma, y la odió. Bien vestida, con las poderosas piernas cruzadas, el pecho amplio y redondo, hablando tranquilamente de los que tenían hambre...

Landbleu, por fin, habló. Sin variar de postura, denunciando claramente la pose.

—El criterio de Durán no me resulta nuevo.

Jason lo miró a la cara con una sonrisa burlona y provocativa. Sin ningún escrúpulo hubiera terminado allí mismo su amistad con Landbleu, seguro de no arrepentirse. Pero este no se fijó en el y entonces Jason pensó que nadie lo tomaba en cuenta. Virginia jugaba con el libro que tenía en la falda. Estaba triste y rencoroso. Debía irse, debía haberse ido mucho antes. La garganta...

—Todos los escritores de última factura y en especial los novelistas, los que no experimentan dudas al llamarse a sí mismos obreros intelectuales, han manifestado opiniones idénticas. Personalmente, yo creo que están equivocados. Una sensibilidad fina, una inteligencia clara, son suficientes para alcanzar un conocimiento absoluto de la vida, sin necesidad de haberla sufrido de esa manera material que tanto lo enaltece a usted. No es difícil que un artista pase hambre, hambre de comida y todas las demás, y no obstante siga haciendo su obra con tal prescindencia de los terribles problemas actuales. Puede tener una conformación psíquica apta únicamente para las emociones abstractas; y no podrá salirse de ahí. Hay ejemplos... Es una cuestión de temperamento.

Durán se levantó y alargando un brazo:

—Ya dije que no quería discutir. Eso que dice usted está bien. Pero repito que un individuo así me resulta inútil...

—Yo creo que no se trata de utilidad. Spencer... —interrumpió Matis—. Pero Durán no le hizo caso.

—Cuando las gentes decentes estamos dedicadas a minar la sociedad, me resulta ridículo o algo peor esas sensibilidades exquisitas.

Landbleu se volvió a él sonriendo.

—Un momento, Durán. Quiero decirle una cosa. Usted puede escribir sobre lo que quiera, pero siempre va a necesitar el estilo. Ninguna persona por arriba de mediocre puede interesarse en la lectura de algo escrito vulgarmente. Es un disparate afirmar que hacer estilo es perder el tiempo. Es el mejor vehículo para una idea. Y aparte de eso: el individuo que ha nacido escritor, el que es naturalmente un artista, no puede escribir sin hacer estilo.

En cuanto a los otros, ¿no le parece mejor que no escriban?

Durán tomó el sombrero y, mientras lo hacía girar en una mano, habló rápidamente, en un tranquilo tono de conversación.

—Bueno, Landbleu. Yo escribo para el público y usted para sus amigos. Estamos hablando desde puntos de vista distintos. Lo que yo digo es de interés inmediato. Será propaganda, literatura política, lo que usted quiera. Tengo que hacerlo lo más rápidamente posible, publicar lo más que pueda. Ya ve usted: el capitalismo, la conciencia de clase, el imperialismo y todos los etcéteras. Usted, en cambio, hace obra de belleza pura. Es lamentable porque tiene talento algo más grande...

—Usted me adula, caballero... —intentó burlarse, pero los labios no pudieron evitar una sonrisa de contento.

—No, hace falta... En fin, siga hablando de los ángeles. Los párpados, la Cruz del Sur y Debussy. Al lado suyo se sufra en toda forma. Pero, la belleza de todo esto, la belleza del dolor y de la rebelión... sí, eso no lo comprenderá nunca.

Hizo una pausa colocándose el sombrero. Ahora tenía una alegre sonrisa.

—Bueno, les habré resultado un sermón de moral. Les pido disculpas.

Saludó con la mano. Lago lo detuvo:

—Me voy con usted. Tengo interés en hablarle por el camino. Vienen el jueves, ¿no?

Si lo ven a Ruiz, que venga...

Sonó un reloj. Landbleu sacó el suyo.

—Tienen media hora todavía. A ver si pierden éste también.

María Teresa gritó:

—No augura desgracias, Land. Imaginé la recepción en casa. Pero al fin y al cabo, espero que Lima nos daría hospedaje.

—Y mañana me aplicarían el Código Penal.

Cruzó las risas lentamente y fue a sentarse en el lugar que dejara Durán.

Por un rato estuvieron silenciosos. Luego Lima se levantó desperezándose.

—Ruego al honorable auditorio se expida sobre Durán, el sacrílego. Por mi parte declaro que resultó más interesante de lo que yo esperaba. Casi los perdono por tenerme despierto a estas horas. María Teresa abrió la cartera.

—Opino que el caballero Durán es un gran sujeto —y comenzó a pintarse.

—Terrible —dijo Matis.

Virginia sonrió un momento y volvió a hacer dar vueltas el libro. Jason se inclinó con disimulo: First Book. No había nada que hacer por ese lado. Se puede ser de muchas maneras distintas y estudiar idiomas. Y aun cuando el libro fuera más personal, la cuestión estaba en saber qué opinaba ella. Volvió a mirar el libro y vio las manos desnudas, sin anillos. Los dedos eran cómicos, afinado en las yemas, y tenían una extraña manera de moverse, con algo de tallos o pétalos. Una sensación vegetal. Una sensación vegetal. No era fea, Virginia Nosecuanto. Una literatilla, claro; pero no debía estar muy contaminada todavía.

—...en serio, los libros son buenos. Se ve que domina la novela. Caracteres, situaciones, acción.

—Bueno, pregúntele un día a Durán qué opina de la técnica y se va a reír un rato.

—Pero sí; ya le he dicho que ahí falla.

Los dedos, lianas retorcidas y ondulantes, seguían acariciando el libro. Los ojos bajos, la boca algo saliente. Pensó que acaso ella también tuviera sueño; y por más que imaginó rápidamente a la muchachita desnudándose, sentada en la cama, persistió en él una leve sensación de ternura. Quiso hacérselo saber de alguna manera y habló:

—Yo no estoy con ustedes. Quieren hacer algo intangible de eso que llaman técnica y lo convierten en un artificio —quedó satisfecho de la construcción de la frase; pero no era eso. Continuó—: No puede escribirse una novela sin basarse en la lógica de la vida. Los argumentos de ésta no se desarrollan nunca con esa famosa técnica. Hay situaciones de escasa importancia que tardan años en plantearse y definirse; otras, que se bastan para decidir un destino, se presentan de improviso y se resuelven en minutos...

—Bien; pero entonces, para que una novela fuera copia real de la vida tendría que componerse de trescientos tomos —dijo Matis.

—No, no quiero decir eso. Se trata de que el novelista tome lo que considere útil; pero que lo presente con más verdad, respetando la manera con que sucede en la vida.

Trabajo inútil. Las manos seguían resbalando por los cantos del libro y los ojos se mantenían inclinados.

—Pero eso es imposible. Comprenda que entonces cada uno haría lo que quisiera de la manera que le resultara más fácil. Haría un disparate incomprensible y lo justificaría diciendo que él siente la vida de esa manera.

María Teresa los miraba con atención. Sintió que ella estaba de acuerdo con Matis; pero esto no importaba, como no importaba tampoco que él tuviera o no razón. Se trataba de aquietar las manos, de ver la luz reflejada en los ojos. Pero la muchachita golpeaba ahora el libro con las uñas. Absorta o aburrida. Levantó un poco la voz.

—No, porque eso sería evidente. Todos nos daríamos cuenta de dónde estaba la verdad y dónde la pose...

Sin mirarla, tuvo la impresión de que los ojos se habían levantado.

—Es que yo no entiendo quién fabricó eso de la técnica. Si se pretende imitar la vida,

la imitación es pésima. No es ése el ritmo que emplea la vida. Poco le importa a ella la técnica novelística. No es difícil sorprenderla burlándose del principio, el medio y el fin. Se había equivocado; apenas si las manos estaban inmóviles, los dedos entrelazados encima del libro.

—Pero ¿hay o no una técnica en la vida?

—Posiblemente sí; pero no tiene nada que ver con la de las novelas. Es cambiante, indecisa... es decir: da a quien la observa la impresión de ser indecisa. Sí tiene lógica, es otra muy distinta. Si en ella puede encontrarse un plan o cosa semejante, es más sutil, sorprendente...

Ahora sí, estaba seguro; los ojos quietos descansaban plácidamente en él y obtuvo una visión fugaz de la cara ovalada y serena.

—...Sí, mucho más humana, infinitamente más... vital que esas historias armoniosas y sabiamente graduadas que se llaman novelas. Veá, algo así como una definición. Se llama una buena novela a un todo que surge, se eleva y cae. Como una parábola, un arco de puente. Pero cuando la vida se pone a hacer novelas resulta algo muy distinto. Claro que para el que mira, subsisten el principio y el fin. Pero entre uno y otro, qué riqueza de detalles, qué fantasía para trabajar fragmentos, pequeños finales, resurrecciones impensadas...

—Usted había hablado de una definición...

Se volvió a ella y se sonrieron un instante. Una blanca y brillante línea curvada entre los labios. Y la voz. Tenía una voz caliente, movediza, suave, como una mano.

—Sí. Era esto: la vida no hace de sus novelas un total. Es que, bien mirado, ni siquiera, hace novelas. No tiene alma de constructor. Para el que sabe sentirla. Es un orfebre. Nada de catedrales soberbias, terminadas. Mil cosas que encajan o no en lo que llamaremos el argumento central. Si después los hombres, en lugar de deleitarse en la contemplación de cada una, prefieren amontonarlas, deformándolas para poder unir las, allá ellos. Tanto peor.

—En cierto sentido, usted tiene razón. Pero es inevitable que haya siempre algo se convencional en la manera de presentar las cosas en una novela. Me parece totalmente imposible imitar la vida exactamente. Y, entonces, hay que fijar límites...

La vio moverse y quedó quieto, en espera. La muchacha se levantó y puso el libro bajo el brazo.

—Vamos, María Teresa. Debe ser muy tarde.

Para esto había hablado... Para que una chiquilina a quien no volvería a ver diera más importancia a la hora de salida de un ridículo tren... La otra se puso de pie alisándose el vestido.

—Cierto: ¿Qué hora, Land? Qué divertido si perdemos éste también.

Se despidieron rápidamente, Landbleu se puso junto a ellas, con el gran sombrero negro en la mano. La vio ajustarse el cinturón, los codos hacia atrás. De manera que se iba en el tren. La situó en un pedazo de campo, con un fondo verde y luminoso de árboles. Pero no podía concebirla con otras ropas: siempre conservaba ella el *English Book* bajo el brazo.

La mancha oscura de la cartera contra el vientre y el pequeño sombrero inclinado sobre una oreja. Lima habló de espaldas, junto a la ventana:

—...y os pronostico una violenta precipitación pluvial, mis damas y caballeros...

Alcanzó antes que ella el pomo blanco de la puerta. Era alta y miraba a los ojos. Pero su débil sonrisa, de la línea del cuello, del bulto de los senos, se desprendía una indefinible sensación de pequeñez, como un silencioso pedido de protección.

## IV

El chico tenía la redonda cara llena de pecas fruncida con un gesto de gato, como si el sol le diera de frente. Se balanceaba apenas, con un montón de sobres en la mano y la gorra azul en la otra. Cuando Jason lo miró, dijo con timidez:

—Son las siete... ¿Puedo irme?

Silbó con asombro. Las siete, ya.

—Sí, claro. Hasta mañana.

Lo vio encajarse la gorra girando sobre los tacos y empujar la puerta de vidrio. Esta, durante un rato, continuó abriéndose y cerrándose, mostrando cada vez más avaramente la silueta del chico que se alejaba por el corredor. Después llegó el ruido metálico del enrejado del ascensor y el zumbido de la máquina. Otro golpe allá abajo y nada más. Sintió materializarse el silencio y la soledad del edificio, rodeándolo en la oficina.

Guardó en el cajón los papeles que estaba leyendo y caminó hasta la ventana. No tenía nada que hacer aquella noche. Si supiera por qué se había asombrado cuando el chico le dijo la hora. Las siete ya...

El anochecer era tranquilo y caluroso. Más allá de los árboles y las luces del paseo, la mancha oscura del río y el azul del cielo que se ennegrecía por momentos. Se apoyó de codos en la ventana, retardando la operación. Moverse lo menos posible, no respirar.

Calma. Gradualmente fue abandonado el peso del cuerpo sobre los brazos y el pecho y remató con un suspiro. Exacto.

La noche se acercaba y él era el primer hombre que la veía. Sus ojos cazaron una estrella. Los cerró, respirando con fuerza. El aire fue saliendo en pedacitos. Bien. Hay un mamarracho dulzón de Offenbach... No recordaba; pero esto era secundario. Estaba extraordinariamente alegre; tranquilo, sin pensamientos. Comenzaban a temblar algunas estrellas y la brisa del ventilador lo tomaba por la espalda haciendo estremecer a intervalos los flancos de la camisa.

De acuerdo. Vagar por el lado de la ciudad, oír música en los cafetuchos, comer en el sótano del mercado. También podría ir hasta el centro. Un billete de cinco pesos y dos de uno en el bolsillo izquierdo del pantalón; un puñado de monedas en el saco. Era el descubridor de la noche; acaso ésta le otorgara en recompensa, la más bella mujer de sus colecciones. Yira, buscona, grulla, trotacalles, trotera, trotinera... Sí, la noche se la debía.

Qué sería de ti, oh noche si no estuviéramos nosotros... Y, además: *Gelobt sei was hart macht*. Así hablaba Zaratustra. Perfecto.

La reina de Saba echa a caminar por el asfalto, con un tintineo de ajorcas y un armonioso juego de caderas. La reconoce por el olor a nardo y la lleva de la mano, ante el asombro envidioso de la calle.

—Llévame en pos de ti; correremos...

Magnífico, camarada. Medio kilómetro bajo la luz eléctrica y la incomparable gracia bíblica... Magnífico, otra vez. Y luego un furtivo descenso en un hotel cerca del muelle.

CASA DE HUÉSPEDES. HABITACIONES DESDE \$ 1.

—Sábanas grises, lavatorio de hierro, paredes desconchadas, olor a viejo y humedad.

—Metióme el rey en sus cámaras...

Pero su Majestad tiene prisa:

—Si te apuraras... Calcúlate que no hice nada en todo el día.

Como rosa entre las espinas, así es mi amiga entre las doncellas. Sonrió, levantando el cuerpo, aferradas las manos en el alféizar. Las luces del puerto resaltaban en la oscuridad del cielo. Los árboles eran ya solamente una franja más negra en la penumbra. Miró las dos filas de coches corriendo allá abajo, aplastados como fichas por la distancia.



En realidad, podría suplir la majestad del Belkis con Cristina. Si procedía con habilidad... Un tranvía hizo una constelación de estrellitas azules. Un poco de tacto y de cinismo resolvería el problema de la noche durmiendo con ella.

—Como un manojito de mirra entre tus pechos...

Acaso sí, tal vez no. Recordó la última entrevista, la noche de la ruptura en el hall del teatro. Sacudió enérgicamente la cabeza. No; no valía la pena buscar complicaciones, turbar su vida. La vida tan tranquila, perezosa y alegre de aquella noche.

En el cielo retinto el palpitar de las estrellas se hacía más misterioso. Un espeso lienzo de aire caliente le cruzó la cara. Julio Jason, descubridor de la noche. En entrevista concedida especialmente a nuestro representante, el profesor Jason declaró estar en condiciones de afirmar que, luego de pacientes estudios...

Abandonó la ventana y rápidamente la oficina solitaria se apoderó de él. Comprendió que ya estaba iniciado en el misterio y en sus ritos. Fue hasta la llave de la luz y dejó la habitación en una semioscuridad que aumentó su indolencia. Quedó un momento inmóvil, sintiendo sus labios alargados en una sonrisa. Luego empujó un sillón junto a la ventana y se sentó, tirado hacia atrás, colocando muy cuidadosamente los pies sobre la mesa.

Giraban luces veloces en el cristal de la ventana. El zumbido del ventilador se poetizaba en un remedo de noche campesina. Cruzó las manos sobre el pubis y se aquietó.

La oficina comenzó a absorberlo hasta convertirlo en un mueble más. Di-so-lu-ción. Estaba colgado de los ojos; subsistía en el ardor de los ojos, atrás de los párpados. Un brusco temblor de vehículos en la calle. Gritos, ruido de campanas, silencio. Levantó la cabeza.

Silencio, otra vez. De sus zapatos no quedaban más que dos rayitas curvas formando paréntesis. Debía ser manuscrito, porque el signo final se estiraba incorrectamente hacia abajo. Guardando proporción con su tamaño, sería posible encerrar en ellos cuatro palabras.

Acaso cinco si dos de ellas fueran monosílabas.

Tratando de moverse lo menos posible, encendió un cigarrillo. Chupó el humo largamente y lo soltó de golpe, frunciendo las cejas.

Pensó: Tiempo, lluvia, escalera, el mar. Como si la imagen hubiera estado formándose desde unos segundos antes, recordó la cabeza de Clara sobre sus rodillas. Años atrás. El *Maryland* se balanceaba en el río. ¿Por qué ahora aquel recuerdo, precisamente aquel que ya no le provocaba ninguna emoción?

Los dos trajes blancos secándose en el aire. Clara y él junto al timón, solos en la cubierta. Sí; acaso el recuerdo había sido creado por tiempo, lluvia, escalera, el mar. La cabeza, el mar. La cabeza rubia de Clara, la malla negra.

Qué cosa tan extraña el recuerdo, el mecanismo de los recuerdos... Simples remedos de la realidad. Falsos, artificiales y tristes remedos. Cultivar los recuerdos queridos, los que un día lo habían estremecido, era un acto sacrílego. Una tarea intelectual inferior. Amigo Jason. Era necesario agregar muchos elementos extraños al recuerdo mismo para que éste alcanzara apariencia de cosa viva. Como en la masturbación, camarada. De lo contrario, no llegaba a obtener más que una vaga imagen, velada y borrosa como un ensueño. Era necesario repasar cuidadosamente las sombras y los colores. Con mucho cuidado; porque un exceso de luz o de color transformaba una escena que había sido bella e intensa, en una lastimosa tricromía de comercio de arrabal. Y la distribución de los planos requería un instinto especial para que las figuras fueran colocadas de primera intención exactamente donde debían ir; los repetidos intentos, además de marchitar la frescura del conjunto, dejaban siempre huellas. En estos casos, el recuerdo le resultaba confuso; como esas fotografías en que las personas se han movido en el momento de tomarlas y presentan dos o tres cabezas, o unas líneas temblorosas rodeando los contornos.

—Lo de Pelayo fue una mentira... Yo siempre te quise, Julio...

Sí; aquéllas habían sido las palabras. Algunas veces, repitiéndolas, hasta podía emocionarse, aunque cada vez menos. Pero su memoria no era capaz de dar la doble sensación de la cara de la muchacha y de su voz. No lograba obtenerlas simultáneamente. Los recuerdos no le traían más que una imagen mutilada de lo que una vez se le había entrado por los sentidos. En tal fecha, hacia tantos años, a bordo del *Maryland*, a tantos grados de latitud y longitud, Clara había puesto de improviso la dorada cabeza en sus rodillas. Sí; haciendo trabajar el cerebro podía precisar, uno a uno, todos los detalles. Su sorpresa gozosa; el gesto de duda de la muchacha; la sensación de los cabellos en sus manos; el bulto de los senos; las tostadas piernas con las rayitas de oro del vello; las sombras de las islas; el inquieto viento del mar; el balanceo de la embarcación que hacía oscilar el horizonte; la frescura del aire; el temor de que alguno subiera; el sentido de aquella escena en relación a sucesos anteriores... Pero querer reeditar todo esto contenido en un momento de pocos segundos, en un momento único que no podría repetirse, constituía un trabajo inútil y doloroso.

Inútilmente doloroso, dolorosamente inútil, mi joven amigo. Sería interesante saber qué había sido de Clara. Acaso el inglés se hubiera resuelto... Bah, todo inútil y doloroso.

La vida era inútil y dolorosa; pero una pereza de Mar de las Antillas —palmeras, chozas, uniformes blancos— lo retenía indiferente y calmo en el sillón, las piernas estiradas sobre la mesa.

—A solas, sin testigos, libre de amor, de celo, de odios, de esperanzas, de recelo...

Pero se sintió atraído por las oscilaciones despaciosas del ventilador que iba y venía, con un extraño e indeciso movimiento de oruga. Y de pronto descubrió que en el clima propicio de la soledad y del pesado aire de la noche, el deseo se había elevado como una planta lujuriosa.

Volvió a la ventana nerviosamente. Ganas de llenar la noche con cosas extraordinarias.

Todos los deseos vagos que en el curso de los días nacieran en él y que apartara por no atenderlos, resurgían ahora, turbándolo con su prestigio de fantasía y absurdo. Todo lo incitaba a ir. La música que le llegaba en recortes desde la puerta del bar. La canasta de flores en el ángulo de la esquina. La marcha ágil de una mujer que pasaba entre los árboles. El quejido de un tranvía al girar la curva lejana.

Bajó la ventana con un ademán resuelto; pero quedó todavía un rato haciendo repicar las uñas en el vidrio.

Al abrocharse el saco en la oscuridad recordó aquel peculiar movimiento de hombros de Cristina, que tanto lo molestaba cuando ella estaba vestida.

Cuando salió del ascensor se vio pasar en los espejos de las columnas. Tenía el sombrero hacia la nuca, la cara lustrosa y un algo simpático, nervioso y jovial en la manera de andar. Se detuvo en la esquina a comparar cigarrillos. Sin moverse de su asiento la viejita hundió la cabeza en el pequeño mueble blanco.

Las revistas lo miraban con sus caras alegres. Colgadas de finos alambres, como ropas multicolores secándose a la luz de los focos de la calle. Esparcidas en la vereda, naipes de un extraño solitario que recién se resolvería en el alba, cuando cayera la cortina del último café de la cuadra. Todas pintadas, relucientes, con aire de promesa.

Las revistas extranjeras. Climas lejanos. Una alemana robusta sosteniendo una raqueta contra el pecho. Los reyes en carroza, yendo hacia Westminster. El nuevo gabinete en su primera reunión. De izquierda a derecha...

Mientras buscaba las monedas, pensó que las revistas mostraban caras y paisajes, indiferentes a las sensaciones que provocaban. Le resultaba extraordinariamente curioso que todo aquel mundo extraño que se fragmentaba en sus tapas fuera familiar para ellas. Lo corriente en Berlín, Londres, Madrid.

Abrió la cajilla y encendió un cigarrillo. Las revistas eran pasajes para ultramar.

Quieto en la esquina que la noche hacía desierta, se iba, en golpes rápidos como estocadas, hasta Piccadilly, la estatua de Federico el Grande, la Puerta del Sol, las vidrieras de la Rue de la Paix.

Caminó unos pasos. Por la puerta del teatro la gente comenzaba a llegar a la calle.

Cristina le hizo una sonrisa abierta, desbordando alegría los ojos y la boca como vasos colmados. Brillaron húmedos los dientes y las pupilas. Luego se puso de costado, arreglándose los rizos que le cubrían las orejas, con rápidos golpecitos de los dedos, frente a la estrecha tira de espejo del ascensor.

Un pedazo de pared con letras negras. PRIMERO. Bueno; ya estaba lejana la medianoche y volvía a tenerla. Ella continuaba mirándose en el espejo. Se apoyó en la puerta enrejada, siguiendo con la vista los gruesos cables negros que se estiraban lentamente hacia abajo.

Su interés por recuperar a Cristina no era ya tan intenso. Desde el momento en que ella había cedido, abandonando su táctica y adoptando el tuteo, volvió a tener de inmediato los movimientos de siempre, el paso conocido, la vieja personalidad. Y, detrás de ésta, él podía adivinar con clara certeza todas las reacciones de ella ante cualquier situación que se le antojara plantearle. La mujer era otra vez Cristina. No necesitaba usar conscientemente el recuerdo para saber cuál era su manera de besar, su táctica al desvestirse, sus preferencias amorosas. Como meses atrás, solo y aburrido junto a ella.

Encontró sus ojos sonrientes y apretó con fuerza la mano que se le acercó.

—¿Te acordás de todo? ¿Cuánto tiempo hacía...?

—No sé. Un siglo, por lo menos...

De pronto se sintió ante la imagen de la mujer desnuda, sabía, apasionada. Pero comprendió que sentía con mayor fuerza la frecuente imagen de Cristina despeinada, llorando encima de la cama luego de alguna discusión. La nariz enrojecida y el pañuelo apretado contra la boca.

—¿De veras que todo...?

Le sonrió cariñosamente, pensando en que aquellas ocasiones el temperamento de Cristina triunfaba de su vocación artística y de sus años de Conservatorio.

El ascensor se detuvo, con una breve sacudida. Mientras buscaba el llavín en los bolsillos, el cubo iluminado se fue hundiendo en el silencio. Debía aprovechar la semioscuridad del corredor para demostrar impaciencia de recién casado. La besó y entraron.

Tenía en la lengua la sensación de los dientes irregulares de Cristina. Los sorprendió el olor de la casa y adivinó entre las sombras la disposición de los muebles. Estaba en casa. Si hubiera venido solo... Tirarse a oscuras en el diván. Los tacos sobre la mesa, la mano rozando la alfombra. El sombrero en la cara, para esconder los ojos de las luces del balcón. Adormecerse con el olor de su cabeza, solo y libre detrás de la puerta.

Encendió la luz. Cristina estaba ya en mitad de la habitación. Miraba a los rincones con aire de examen, mientras tironeaba mecánicamente de las puntas de los guantes. Se inquietó, pensando si estaría visible algún objeto cuya historia fuera necesario alterar. El libro, no. La caja de corbatas, sería ridículo.

Hizo aterrizar el sombrero en el otro extremo del cuarto y avanzó. Caminó despacio, los brazos junto al cuerpo, la cabeza alta. Queriendo construirse una actitud de seguridad y aplomo. Estaba cansado, sin interés ya por tomar la iniciativa y quería disimularlo. Efectuó unos cuantos movimientos inútiles junto a la mesa, amontonando libros, acercando el pesado cenicero. Acarició el lomo del elefante de bronce, con la trompa en U. Se volvió bruscamente hacia ella, como si confiara a un golpe de suerte la solución de un fastidioso juego de ingenio. Fracasó en la actitud de Cristina, quieta con una estatuilla en la mano. Le oyó una tierna risa maternal.

—Pero si es la Chabelita...

Se fue agachando hasta quedar sentado en el diván. ¿Por qué diablos habían bautizado aquello con el nombre de Chabela? Isabel en enaguas con Lima, la noche que estuvieron en la casita. Había sido por ella; pero ¿por qué? ¿Qué relación entre aquella mujer flaca y chillona y la estatuita?

Bien; que se fueran al cuerno Isabel, Cristina y la Chabela, Chabelita. Construyó una sonrisa cordial y esperó. La ocurrencia de llamar Chabela...

Cristina bordeaba despacio los estantes. De vez en cuando tomaba algo y lo acercaba a los ojos. Sonreía, más o menos, según el poder evocador de cada objeto, y volvía a dejarlo.

—Esto es nuevo, ¿no? No lo tenías en la casita.

Apoyaba la mano en la pared, junto al grabado, mirándolo con un gesto infantil de sorpresa. Los pesados pájaros negros flotando encima de las rocas del faro.

—Ah, sí... Regalo de Socas. Lo hizo él.

—¿Y es pintor?

—Claro que sí. Pinta grabados en madera.

—¿Cuál es Socas? ¿Aquel rubio, bajito... de los lentes...? Lo vi hace una semana. A ver... sí; una semana justa. Fui a cenar al Lacour con los muchachos, después del teatro, y en cuanto nos sentamos lo veo en la mesa de al lado. De perfil, con un traje azul que debía ser recién hecho. Estaba con una mujer; bastante linda, mucho más alta que él. Morocha, blanca. Me saludó muy sonriente... En cuanto lo vi estuve segura de que lo conocía. Y eso que me lo presentaste una sola vez, ¿te acordás?

—Es una vieja costumbre mía.

Vio que ella no había entendido; pero que intuyendo, por lo mismo, que en la frase se ocultaba algo muy ingenioso, quiso alcanzarlo:

—¿Socas...?

—No; a ese todavía no me acostumbré. Me refiero a presentar una sola vez las personas.

Ella rió con fuerza.

—Qué idiota. Sabés qué quise decir...

Y quedó mirándolo, quieta y alegre. Pareció encontrarlo totalmente en la burla, como él acababa de encontrarla en su simpleza. Mantenía su gran sonrisa. La primera sonrisa de las antiguas que lucía en la noche. Se quitó los guantes blancos, sonriendo. Arregló rápidamente las ondas del peinado. Sonriendo. Luego se acercó con un gesto mimoso.

—¿Vivís solo, aquí?

—Claro. Esto y el Palacio del Gobierno y la Catedral de San Pedro.

Ella lo empujó suavemente con la rodilla, riendo.

—Estás gracioso, nene...

—No. Lo tengo con Lima. Pero casi siempre voy a dormir a casa.

—Mirá. Qué juicioso estás...

La miró sonriendo. Exactamente en aquel momento acababa de morir para ella el período de separación. Ahora, con los movimientos, las risas, las palabras, iba juntando la última entrevista con aquella. De pie junto a él, lo miraba con turbios ojos mareados.

—Te encuentro más... no sé; algo distinto. De veras que pareces más hombre.

Se sentó de improviso en sus rodillas, besándolo con fuerza. Revolviendo las manos entre el pelo de él.

—Qué hombre ni hombre. Sos mi nene, mi chiquilín. Te quiero, chiquilincito. Te quiero, te quiero y te quiero.

Él la sujetó por los hombros, apartándola un poco. Luego aproximando la boca. En la piel lechosa resaltaban pequeños puntos en relieve, cubriendo la nariz y las mejillas. Los ojos se balanceaban lentamente entornando los párpados. La besó hasta doblarla hacia atrás la cabeza, excitado por la caliente piel del cuello y el aroma del cuerpo. Rodeó los hombros con un brazo, mientras hundía la mano en las faldas. Ella se abandonó, ayudándolo con una

oportuna torsión del cuerpo, abriendo algo las piernas. La mano subía en el calor. Pero Cristina se enderezó en seguida, separándose.

—Quieto. No tan ligero, Julito.

Se levantó para ordenar las ropas y volvió a sentarse en el diván. Junto a él. Tenía los ojos brillantes, llenos de sangre las mejillas y las orejas.

—Es usted un individuo muy... Si hubiera sabido esto...

Reía con sus sonoras carcajadas y volvió a besarlo.

—Esta noche merece algo más que una improvisación. ¿No te parece, nene?

—Sí, querida. Ahora le telefono a Villar para que venga a dirigirnos. Ensayo general.

Sonrió a la bofetada con que ella le acarició la mejilla y al alegre:

—Estúpido.

Estaba seguro de que “una improvisación”, usada en aquel sentido, había sido adoptada recientemente por ella. Y quién sabe en qué improvisación la había encontrado.

Pensó extrañado que nunca se le había ocurrido imaginar con qué aventuras había llenado Cristina el tiempo de la separación.

—Bueno, animalito. A propósito de ensayo general. Lo que te tenía que contar de la gorda.

Fue estupendo. Estábamos ensayando y ya sabés la manía de ella: que se debe proceder en los ensayos como si estuviéramos ante el público. Bueno. Después de una escena yo tenía que irme por la izquierda. Una cosa nueva, no me acuerdo cómo se llama,

traducida al francés. Algo de sombras, o de tinieblas, es el título. Bueno. Terminó de hablar, me doy vuelta y voy a sentarme en la primera silla que encontré. Elizalde estaba esperando turno y se puso a charlar conmigo. Te juro que estaba olvidada por completo de la gorda. Y de repente agarra y deja de hablar. Le grita a Villar: Si no hay un poco de seriedad, me voy a casa. Todos la miramos y entonces la muy vaca me señala: Cuando la señorita termina su parte debe retirarse del perímetro. Te imaginarás... una de carcajadas.

El perímetro... Si será ridícula, la pobre...

Volvió a reír con todo el cuerpo, recostándose en el respaldo, temblorosos los grandes senos. El sonrió, mirando el triángulo del escote que la posición de la mujer agrandaba.

Sostuvo la sonrisa, por si ella llegaba a mirarlo, mientras aumentaba exageradamente su arrepentimiento por haber ido a buscarla.

Si él fuera realmente sincero, debía decirle que se callara y comenzara a desnudarse.

No quería de ella nada más que su cuerpo. Y, sin embargo, debía fingir el mayor interés por todas las simplezas que ella dijera. Soportar con cara de contento sus frases vulgares,

escuchar sus carcajadas groseras. Era admisible que él se resolviera a padecerla a cambio de acostarse con ella. “Business is business”, camarada... Pero ahora ni siquiera lo deseaba.

Estaba triste, amargado, con ganas de estar solo. Y no se animaba a decírselo, rogarle que volviera mañana. Es que era imposible hacerle entender que no era más que eso. Unas grandes ganas de estar solo...

Ella regresó de la risa con los ojos húmedos, arreglándose el peinado. Qué extraordinariamente blancos eran sus dientes. Alargó una mano a los senos. Cristina volvió a reír, levantándose.

Magnífico. Cualquier gesto que él hiciera, una carcajada. A ver si aquella idiota iba a seguir riéndose también en la cama.

—Voy a conocer la casa. Por mi cuenta, en vista de que estás tan poco galante...

Se estiró el vestido sobre el estómago, mirando hacia abajo.

—Ah, decime, ¿seguís con la literatura? Me vas a mostrar algo. ¿Si?

—Claro, ¿para qué vinimos?

Al oírlo reír, ella comprendió bruscamente. Lo miró con cara de insulto. Pero hizo una mueca y le dijo lentamente, entornando los ojos:

—Estás... ¿eh?

Caminó y se detuvo de golpe, vacilante, sonriendo con las cejas fruncidas.

—Lima... ¿no estará, supongo...?

—Oh, no, querida. Podés estar tranquila. No somos triangulistas.

—¿Trián qué? Seguro que alguna otra idiotez. Estás... nene, ¿eh?

Volvió a reírse abriendo la puerta y entró en el dormitorio. El sonrió: había otra puerta igual pero ella no había vacilado.

¿Y si todos los obstáculos que le había puesto Cristina, sus vacilaciones, su pesimismo, se debieran —en lugar de simple coquetería— a que tenía otro amigo? Lo de Valle era historia concluida, estaba seguro. Pero otro, uno nuevo, conocido durante la separación... Su amistad con Valle no le preocupaba. La había conocido con él y Valle no era más que uno de los tantos elementos que formaban la personalidad de Cristina. Algo se alteraba en ella. Como si repentinamente prefiriera el dulce a las frutas o cambiara ostensiblemente su peinado. ¿Y hasta dónde podría haber influido el otro en Cristina?

¿Hasta qué punto y en qué sentido podría haber modificado su naturaleza?

—¿Se puede saber dónde está la luz?

Porque ella había demorado más de lo razonable en retomar su vieja manera de ser, su antigua soltura familiar. Acaso su Cristina, la que él había hecho resurgir en la mujer, hubiera tenido que luchar con otra Cristina de reciente formación, modelada por otra manos, con distinta técnica...

Se levantó pesadamente y fue hasta el dormitorio. Encendió la lámpara. Una suave claridad se estiró sobre la colcha gris, hizo brillar el cenicero y la lata de tabaco encima de la mesita. Mientras ella caminaba de un lado a otro, abriendo los muebles:

—...no te imaginas lo que me gusta revolver...

Divisó la línea negra y curvada de la pipa. La acarició lentamente, lleno de un pueril sentimiento de cariño. La colocó vacía entre los dientes, chupando con fuerza el aire impregnado de tabaco. Si aquella molesta criatura se fuera, con qué infinita calma se tiraría a fumar, a oscuras. Los ojos cerrados sintiendo en los dedos el calor confortante de la pipa. Comenzó a llenarla cuidadosamente, sentado en el borde de la cama. El primer chorro de humo le endulzó el corazón.

Ya era un poco tardío su arrepentimiento. La gloriosa reconquista de Cristina era un hecho consumado. Y puesto que ella estaba allí... volvió a chupar el humo y se recostó en la cabecera.

Levantó los ojos, extrañado de no oír a Cristina. Estaba inclinada sobre el escritorio, apoyado el cuerpo en las manos. Recorrió la forma de las nalgas, apretadas en el rojo sangriento del vestido. Divisaba un brazo desnudo, redondo, blanco, sugiriendo fuerza y calor. Era un idiota inconformable. Estaban solos y ahora ella iba a venir hasta la cama.

Lleno de resolución, se levantó y fue hasta la sala. Antes de apagar la luz miró el montón que hacían sobre la mesa el sombrero y los guantes. Siguió mirando bajo el zigzag de los filamentos enrojecidos. Llevándose aquella imagen entró en el dormitorio y cerró la puerta. Ahora, nada más que el pequeño dormitorio que casi llenaba la cama.

Volvió a mirar el tenso vestido rojo y comenzó a acercarse, hasta que la mano resbaló suavemente por el calor del brazo. Pero ella lo detuvo con la dura expresión de la cara.

Enderezó el cuerpo.

—Tenés una interesante colección de recuerdos.

Sobre la mesa estaba un gran retrato en sepia, cruzado por letras negras. El que le diera la alemana a Lima con la promesa autógrafa de amor eterno. Rió burlonamente, tentado de prolongar el juego. Darle a entender que, efectivamente, el retrato se lo habían regalado a él. Celos, confianza, reconciliación. Tres escalones que la llevarían insensiblemente hasta la cama. Ella guardó ruidosamente el retrato e intentó pasar frente a él.

—Pero Cristina...

—Sí, ya sé. Pero ahí está la fecha. El once, hace tres días. Mi amor querido...

—Pero si eso es de Lima. El último amor de Lima.

Ella dibujó una exacta mueca desdeñosa. Usó un tono de voz que delataba la nota puesta al margen: con intención.

—Ah... Y usted se encarga de guardar los recuerdos amorosos de su amigo. Porque eso estaba entre sus papeles.

Todavía era capaz de estropearle la noche. Precisamente cuando estaba resuelto...

—Pero no seas tonta, Cristina... ¿Es que ya vas a empezar?

Ella lo miró rabiosa.

—Ya vas a empezar, ya vas a empezar... Estáte tranquilo que no voy a empezar nada.

Hizo un ademán de irse, pero él no la dejó pasar. Estaba resuelto a no dejarla ir. No se había estado dos horas suplicándole para terminar de esta manera. Se colocó otra vez frente a ella, casi tocándola. No pudo hallar los ojos, tercamente escondidos. La boca se curvaba hacia abajo y la luz reflejada en el vestido le extendía por la cara un tinte sonrosado. Los senos subían y bajaban suavemente. No; ahora no se iba. Aunque tuviera que ser a la fuerza.

Encima del hombro izquierdo de la mujer, la ventana mostraba un cuadrado de noche.

La sombra de una casa, una franja de cielo. Allí encontró tristeza para su voz.

—Pero querida... Te juro que el retrato no es mío. Como pudiste creer... Te parece que sería capaz...

La sugerencia de las frases inconclusas moría en la actitud indiferente de ella.

Necesidad de un urgente cambio de táctica. Continuó:

—Yo te hablé claramente esta noche. Te dije que te necesitaba y es cierto. Te pido que me escuches. No vamos a echar a perder todo por una tontería.

Rápidamente, el preparó un rostro suplicante y alargó un brazo:

—Cristina...

Pero lo ojos no se levantaron y la mujer continuó rígida e inmóvil. Entonces dejó caer los brazos y la cabeza, ostensiblemente, traduciendo un infinito desaliento. Nada. Suspiró largamente, mirando el velado brillo de las medias de seda. Acaso un poco gruesos los tobillos; pero recordaba que unos centímetros más arriba...

—Vamos. Déjame ir. No voy a creer esas historias.

La falda oscilaba acompasadamente. Subió hasta la cara manteniendo aquel dolorido gesto de fracaso. Ahora ella lo miraba serenamente, balanceando los hombros. Comprendió que iba a quedarse. Tuvo la intuición de que había llegado el momento preciso de atacar y la tomó por los hombros. Pero mientras ejecutaba el movimiento, sintió oscuramente que lo había efectuado mostrando una seguridad excesiva e inoportuna. Ella se sacudió con fuerza,

retrocediendo. Rabioso por su propia torpeza, se descargó en ella:

Como siempre, encantada con estas escenas idiotas. Conservás tu gusto refinado...

—¿Querés dejarme ir?

Sintió la forzada indiferencia de la voz y toda la vulgaridad de ella resumida en su terquedad. Deseando quedarse; pero aquella estúpida coquetería de hembra... Se apartó y abrió la puerta por completo. Luego cruzó frente a ella sin mirarla y fue a recostarse en la ventana. Que se fuera de una vez. Encendería la pipa... Pero reconoció que aquella idea ya no lo entusiasmaba. Se pasó la mano nerviosamente por la cabeza. La inconfundible mímica del hombre desesperado. Pero acaso ella no mirara. Volvió a hundir los dedos en el pelo.

Es increíble... tanta torpeza...

Había hablado atropelladamente, con la voz temblorosa. Ya no podía ir más lejos sin descubrir su juego. Sacudió el busto con impaciencia y asomó la cabeza por la ventana,

escuchando atentamente hacia adentro.

¿Para esto me trajiste...? ¿Para...?

Le adivinó una mueca de llanto en la cara. Oyó que caminaba, acercándose, y luego volvía hacia la puerta. Después, nada. Pero estaba seguro de que no se había ido. La sentía inmóvil a sus espaldas. Era indudable que si no la ayudaba a quedarse, ella se iría. Acaso bastara con una sola palabra. Pero una extraña abulia lo retenía allí, apoyado en la ventana. Perezoso e indiferente. Se dejaba estar con la cabeza en la noche, estirando el oído hacia adentro. La oyó caminar. Detenerse. Rozar un mueble con el vestido. Pasos otra vez. Se iba. Nada le hubiera costado apaciguarla con una caricia, una frase amable.

La luz del dormitorio murió, repentina y silenciosa. Se sintió solo en la noche, fuera del dormitorio. No podía saber si ella estaba o no. Posiblemente hubiera apagado la luz para atraer su atención sobre ella.

Pero la habitación no existía. Era el pasado; un simple recuerdo. Allí estaban sus ojos quietos en la noche. Una hilera de casas, levemente inclinada. Se alternaban las manchas negras de las puertas y pedazos de muro gris. La calle recién lavada, donde se invertían los faroles y las casas. Y, de vez en cuando, el último paseante que se renovaba siempre. Un hombre silbando, una mujer veloz, una policía de andar aburrido. Al fondo, a la derecha, cortado por los hilos telefónicos el gran hotel. Alto y cuadrado, con mil roturas de luz. Cada cuadrilongo amarillento, una habitación. ¿Quiénes estarían, qué estaría sucediendo en cada una?

Bajo aquella tranquila apariencia de hogar, hombres y mujeres comiendo, amando, disputando. Toda la torpeza humana, todas las pasiones, libres en el interior de las discretas alcobas. Hombres y mujeres. Mujeres y hombres. Vestidos, semidesnudos, desnudos, amontonados en el edificio. Unos sobre otros, al costado de otros, abajo de otros. Trenzados sudorosamente encima de las camas. Dirigiendo en mullidos sillones de cuero. Bostezando a la música de las radios. Usando los brillantes waterclós.

Cuartos donde la espera sufriente y desvelada iba a estirarse hasta el alba. Cuartos donde se acababa de llegar y él se apoderó impaciente de las ropas de ella. Cuartos donde el odio y el aburrimiento no se bastaban para vencer la costumbre. Cuartos donde la bestia humana se tomaba la revancha de las forzosas hipocresías de la jornada. Cuartos, pequeños y confortables cuartos. Pensión completa. Baños independientes. Todas las comodidades.

Todo el confort. Toda la civilización.

Y encima de todo aquello, el fino polvo de oro de las estrellas y la violenta luz sincopada del enorme letrero. AMERICA HOTEL.

Bruscamente un roce de pies desnudos resucitó el dormitorio. Cuando quiso girar tuvo un seno en la mano. El cuerpo desnudo se apretaba contra sus ropas. Caliente, macizo, con un agresivo olor de hembra joven.

## V

Virginia sonreía con los ojos tranquilos; tenía los dientes chicos y la mano caliente.

Ahora iba delante suyo por el sendero sinuoso. Y de pronto le pareció que aquello era una estampa que él contemplaba. Ya no caminaba por el torcido camino de un jardín, aplastando, a cada paso, el balasto crujiente y resbaladizo.

Por un momento, todo tomó una fijeza repentina, como sucede en el cine cuando se detiene el deslizamiento de una película. En aquella instantánea, Virginia Cras estaba quieta, de espaldas. Un poco inclinado el cuerpo hacia la izquierda, arqueada como una flor la mano del mismo lado. Las oscuras manchas de hiedra en la pared de la casa, con un suave brillo



de pelo recién lavado. Encima de la cabeza de la muchacha, brillaba al sol el cuadrilongo de la ventana.

Estaba dispuesto a admitir que aquello era óleo, acuarela o cualquier cosa. Pero estaba seguro de que Virginia era un dibujo a pluma. Una muchacha caminando de espaldas al artista, llena de gracia la pierna, la línea del cuello, la mano replegada junto al muslo. Se adivinaba el trabajo del pelo, hecho con miles de rayitas de tinta china. Otras líneas, cambiantes y entrecortadas, marcaban el indeciso contorno de la silueta. Una cinta, invisible para él, apretaba los cabellos con un hondo tajo, aumentando la apariencia infantil de la muchacha. Y esta infantilidad de la cabeza de Virginia y de sus movimientos, del vestido rosa y los claros zapatos, contrastaba con dos elementos ya demasiado seguros: el paso firme y ágil y la curva generosa de las nalgas. Miró rápidamente aquella forma rotunda y maciza en que se resolvían los muslos, y que estaba tan cerca suyo, tan cerca de sus manos, llenando total y suavemente la falda.

Sonrió cariñosamente a las faldas de Virginia Cras, mientras la muchachita caminaba delante suyo por el sendero soleado del jardín; con la actitud resuelta de la marcha, un poco inclinado el cuerpo hacia la izquierda, la mano curvada como una flor junto al muslo. Su voz era fresca e íntima. Se detenía sin brusquedad detrás de las ideas que iba expresando, como las gaviotas que escoltaban los barcos en las mañanas del puerto.

Mientras hablaba, las manos multiplicaban sus perfiles sobre el fondo claro del vestido.

De pronto se echó hacia atrás, riendo con un susurro. En la pared violeta y en el sillón oscuro se abría la mancha sonrosada del vestido. El cuello largo y débil palpitaba suavemente. Dos líneas caían de las orejas, haciendo un camino que el recorrió con la mirada, hacia arriba y hacia abajo, acariciándolo en lentas pinceladas.

Estaba seguro de que él conocía algo —una frase, un verso, un cuadro— que armonizaba exactamente con la alegre muchachita abandonada en el sillón. Acaso... Pero ella trajo nuevamente la cara hacia él, la boca otra vez seria y dos chispas en los ojos.

—Debe ser horrible eso de pasarse metido en una oficina. Sobre todo en un día como éste.

Cruzó frente a él y abrió la ventana.

—Sentir que afuera hay sol...

—Siempre es molesto. También en los días de lluvia. A uno le nacen amores de gato.

Se piensa en lo bien que se estaría metido en casa... Sí; nada más que la sensación de estar en casa, aislado del agua y del frío.

—Es un pensamiento de viejo, ése.

—Puede ser. Tengo muchos pensamientos así.

Ella volvió indecisa hasta la mesa. Se balanceó un momento con las manos en la espalda. La criatura...; hablando de la tristeza de los días en las oficinas. Sería interesante saber cómo hacía para no tener senos. Sonreía:

—Sí se compromete por su honor a vigilar esa puerta. Le acepto un cigarrillo. Pero cuidado: a la primear alarma...

Encendió y fue lentamente hasta el sillón. Antes de sentarse sacudió la cabeza con una risa nerviosa.

—¿No lo molestó que le dijera viejo?

—¿Eh? No. Si yo sé que tiene razón. Y, francamente me gusta. Imprevisión de la juventud, audacia y etcétera. Muy hermoso. Pero no me entusiasma; a no ser a veces, como espectáculo. Prefiero las gentes tranquilas.

—¿Y quién le ha dicho que no se puede ser así... audaz y etcétera y tranquilo? Pero no le hago caso. Es pose. ¿No?

El sonrió, alzando los hombros. Un timbre sonó tres veces. Virginia se levantó y puso el cigarrillo en el borde de la mesa.

—A cargo Jason. Tiene razón. Por lo menos en los días lluviosos nadie hace visitas.

Salió, dejando la puerta entreabierta. Un momento brillaron las medias, como engrasadas, en la luz del corredor.

Veía un pedazo de sol y llegaban voces agudas de adentro de la casa. En aquellas palabras incomprensibles que se mezclaban en su cerebro con el amarillo chorro de sol, como partículas de polvo flotando en el aire, sintió de improviso la vida de la muchacha.

Todo aquello a que estaba ligada, todos los menudos detalles cotidianos que hacían su existencia. La vida de Virginia como un círculo dentro del cual iba y venía tan naturalmente mientras él se detenía junto a sus bordes, lleno de asombro y de sensaciones falsas. Aunque acertara a imaginar exactamente cómo vivía ella, jamás podría saber cómo sentía ella esta vida.

Era extraño que demorara tanto. Se levantó y fue hasta los libros del estante. La estúpida idea de esconder los volúmenes con el forro de papel rameado. Lo atrajeron las desesperadas curvas del humo del cigarrillo. Iba a quemar la mesa. Lo tomó entre los dedos. Tenía la punta humedecida. Las mujeres no saben fumar.

Lo alzó hasta la boca con la intención de darle una pitada; pero sonrió y volvió a dejarlo. Y de pronto pensó, triste y rabiosamente, que todo estaba perdido.

Hubiera sido necesario un principio más hermoso y extraordinario para su conocimiento. Cualquier cosa rara e inaudita. Un salvamento de novela romántica, con peligro de su vida, vítores y padres agradecidos. Un flechazo con sensación de milagro, una antesala de medio minuto antes de la absoluta intimidad. Cualquier cosa menos la tontería de venir a visitarla, de construir a fuerza de paciencia un puente para alcanzar su alma. ¿Le gustan las flores, señorita? ¿Cuál es su poeta? ¿De qué número son sus calzones? Ah, la estupidez de la vida...

Ya todo perdido. Ahora, todo lo que pasara entre ellos estaría maculado por la vulgaridad del comienzo. Por qué no haberla encontrado como a un camarada, en una noche cualquiera, vagabundeando por el barrio de los prostíbulos...

—No era nada. ¿Mi cigarrillo?

—Estaba pensando que usted es extraña. Un poco difícil de reconocer...

—Siga.

—Nada más. Ya le digo que es difícil.

—¿Por qué, difícil?

—Difícil, distinta...

Ella se sentó, con una pequeña sonrisa que le ajaponesaba los ojos. ¿Qué quiere que le diga? ¿No ve que no va a entender nada, que nadie entiende nada? Golpeaba el índice para hacer caer la ceniza, distraída y pensativa.

Virginia apoyó la barbilla en la mano, haciendo repicar las uñas contra la cara. En las puntas de la boca asomaba una sonrisa como dos gotas de miel.

—Landleu es un gran muchacho. Pero está enfermo de versos. Se pone triste cuando paso la tarde en la cancha o me descubre hablando de vestidos.

Mostró los dientes, blancos y frescos en la cara morena.

—Hasta dice, en serio, que me estoy malogrando...

Se sacudió en la risa. No; no encontraba aquello a que Virginia se parecía. Pero los dientes blancos y la piel canela y un algo de húmedo, dulce y tibio de su expresión en la risa, le trajeron caprichosas sensaciones tropicales.

Plátanos, plátanos, plátanos, con un lánguido susurro de hojas como abanicos de plumas. Negros gigantes y semidesnudos se mueven en silencio, penetrando trabajosamente en el espeso calor del anochecer. Polvo de diamantes en una bolsita de cuero de boa.

Leyendas inverosímiles del Koh-i-nur, la Estrella del Sur y el Gran Mogol. Calor. Una lejana música de guitarras, soñolienta como el vaho de la tierra reseca. La que tocaban en Pasaje de ida. Calor. Los negros pasan en silencio, con enormes cestas al hombro y

sombreros del valle del Nilo. Morris se quita el saco y pone la caña de la bota sobre la rodilla. Está ya medio borracho. Empieza a contar por centésima vez la historia de Loola y el pastor Sunder. Enormes negros silenciosos remontan el río canoas de forma de banana. Calor...

—Hace tiempo que Land no viene por acá. ¿Usted lo sigue viendo?

—Sí, precisamente hoy... Anda envenenado por la crítica aquella...

Y aquella voz de jarabe y relenti... Volvió a mirarla y pensó que se resignaría a tenerla, desnuda y lenta, allí mismo, en alguna siesta calurosa.

Reía de pie, un poco curvada por el peso de la tetera panzuda. La otra mano se apoyaba en la mesa con inquietud de pájaro.

En el pedazo de cielo de la ventana se había encendido una luz pobre y fría.

Aprovecho que ella vigilaba el canto del pico de la tetera encima de las tazas, para deslizarse astutamente hasta las piernas en una traidora mirada de soslayo. Pero sus intenciones fracasaron en la gracia de los zapatos. Quedó fijo en las manchas de los zapatitos, en los pequeños tacos y las grandes moñas de las cintas.

Uno apoyado totalmente en el suelo. El otro descansando en la punta, la suela fuertemente doblada. Giraba hacia fuera, subía y bajaba, nerviosamente. Como si el pie tuviera existencia propia, independiente de la muchacha. Un pequeño animal inquieto y palpitante...

—¿Fuerte?

—Sí.

Estaba llena su alma del encanto de la pequeña habitación. El fin de la tarde. El gesto de niña juiciosa de la muchacha. Las serenas líneas de luz que brillaban en las tazas.

Oía vibrar los grillos. Lejanos gritos de niños y el follaje de los árboles colando el viento.

Sonrió con extraña ternura a las espaldas del vestido rosa. Unas infinitas ganas de aislarse en el sillón, cerrar los ojos y seguir escuchando aquella voz dulce y desvaída como un recuerdo amable. Y de vez en cuando como islotes en el calmo mar de la voz, la excomuniación de la literatura autoanalítica, las virtudes de Landbleu, los eucaliptos del pueblo, la amiga inglesa, aquella vez que llovió tanto, que papá tuvo que ir a buscarla a la estación cerca de las dos de la mañana.

## VI

Veía empequeñecerse lentamente la última plataforma del tren que se alejaba entre dos anchas líneas verdes, segregando la doble estela de los rieles, fulgurantes bajo el sol de la tarde. Estaba casi sólo en el andén. Al fondo un hombre con blusa azul hacía rodar unos bultos hasta las balanzas. Alguien conversaba en la sala de espera, invisible tras los vidrios esmerilados.

—...al principio se quejaban de la comida. Pero la han mejorado mucho...

Frente a él, del otro lado de la vías, un hilera de chalets, jardines, los terrones de la calle. Más lejos, ya en el último cielo azul, un pedazo verde oscuro de eucaliptos. A la derecha la plaza desierta, la iglesia de ladrillos, vieja y severa, con el enorme disco del reloj.

—...este médico de ahora es muy bueno, se preocupa mucho... Me decía Elena que cuando entra en la sala...

El aspecto del pueblo lo entristecía. Había pagado 0.40 por aquel pedazo de cartón cuyas aristas acariciaba en el bolsillo. Ida y vuelta, segunda, 0,40. Acaso fuera la ciudad la causa de su tristeza. Una pequeña evasión, unas horas olvidado de las casas se comercio, de los

apresurados hombres de la calle, de las músicas de los cafés, de las multitudes de los espectáculos...

Pero no era allí donde quería ir. No encontraría lo que buscaba en las viejas casas de piedra que rodeaban la plaza; en la fila de coches en escombros; en el grupo que discutía frente al almacén de paredes rosadas. No, no era aquello. Campo quería él. Había comprado 0.40 de campo e iba a caminar hasta encontrarlo.

—...yo le dije que mirara bien, que se iba a arrepentir...

Hizo girar una cruz horizontal de palo y tomó una calle pendiente. A un lado, una quinta enorme, con árboles asomando sobre el muro. A ratos podía ver para adentro, por los grandes portones de madera. Un gran pedazo de césped grisáceo rodeado de pinos; bancos de piedra junto a la fuente sin agua. Pero al otro lado tenía, separado de él por las cinco líneas de alambre, un principio de campo. Un pasto amarillento curvado por la brisa y, más atrás los enormes cuadrilongos de los plantíos. La casa ennegrecida y vieja junto al pozo de ladrillos, la carreta descansando sobre las caras. Se acercó a los alambres arrancando un largo tallo que empezó a masticar lentamente. Alguien cantaba; una extranjera voz de mujer. Siguió caminando despacio, las manos hundidas en los bolsillos del pantalón, el sombrero hacia atrás, al aire la frente sudorosa.

La voz aguda y alegre que se acercaba a él desde las tupidas enredaderas como si fuese el simple saludo de la naturaleza.

—...ya todos duermen en mi canto que la montañaaaa repite...

Acaso no fuera posible vivir siempre allí. Pero en cuanto comenzara a insinuarse la primavera... Huir de la ciudad, meterse en una casita cualquiera, perdida en los costados de la cuchilla que se azulaba en la distancia. Solo. Hacerse la comida con sus manos, cuidar los árboles... Se veía, medio cuerpo desnudo, altas botas, tostado el rostro dentro de la barba. ¿Qué necesitaría? Un caballo, tal vez un perro, una escopeta, su pipa, libros. Trabajar por la mañana en lo que quisiera; dulzura de las uvas, piel de durazno, aroma de plantas y tierras bajo el sol. Dejarse llevar por el caballo lejos, tirándose a descansar en la sombra que encontrara propicia. Hacer correr el animal sudoroso, suelto su pelo al aire, la camisa abierta, excitándose con el golpear de los cascos. Desensillar con las primeras estrellas en la pureza del cielo, una mueca de cansancio feliz en la boca. El sillón junto a la noche campesina, llena de estremecimientos, que se extendía por la tierra en descanso, abandonado en los pliegues del terreno, en las charcas vidriosas de la blancura de los caminos silenciosos de luna. La pipa y un libro. Absoluta soledad de su alma, fantástica libertad de todo su ser, purificado y virgen como si comenzara a divisar el mundo. Paz; no paz de tregua, sino total y definitiva. Paz como una dulzura resbalando en las venas, mientras el sueño iba aflojándole el cuerpo encima del sillón y los ojos perezosos dejaban el libro para seguir la curva de los escarabajos alrededor de la luz amarillenta.

Junto a la puertita medio tumbada, dos niños rubios lo contemplaban curiosamente. El mayor acariciaba el suelo con los sucios pies descalzos, mientras el otro, con una camisa blanca que se adivinaba recién lavada, desnudas las piernas y el vientre, levantaba hasta él, los grandes ojos azules, como dos flores de la enredadera que envolvía firmemente el cerco.

Descubrió la mujer que cantaba. Tenía un pañuelo rojo en la cabeza y los cobrizos brazos desnudos se movían sin tregua encima de la tina.

Sonrió alegremente, como si la escena que se le había revelado de improviso, llena de poesía lejana y primitiva, le hubiera sonreído primeramente y él contestara ahora. Sintió su propia sonrisa sencilla como un trazo, estirándole la boca. Una tenue sensación de sosiego se levantó en su alma, suavemente, suavemente, como asciende por los cielos la gran luna llena de color naranja.

Marchaba por la tierra seca, pisando la huella dejada por pesados carros. Carros cargados de verduras y frutas, que pasaban tambaleantes hacia la ciudad cuando recién el día tentaba una rayita de luz en el horizonte. Carros con tres caballos viejos y corpulentos, con el conductor dormitando en el pescante y un rojizo farol oscilando entre las ruedas. Se sentó la vereda de pasto, bajo la sombra cambiante de una hilera de árboles. Tiró el sombrero a un lado e hizo una almohada con el saco. El último recuerdo suyo que se llevó, antes de irse tras su mirada al cielo luminoso, fueron sus zapatos opacos de polvo.

Nubecillas de contornos indecisos que se transformaban a cada instante, rodaban por el cielo como pelotones de humo. A veces formaban bandadas de cisnes curvando lentamente los largos cuellos. Otras, pájaros fabulosos; albos veleros con viento de popa; caballeros de lances medioevales; manos enormes con exceso de dedos; desmelenados perfiles femeninos; almenas de ciudades brumosas tras la niebla del amanecer; bosques de lanzas en tiempo de gesta; graciosas figuras danzando junto al mar, flotando blandamente los cándido velos.

Aflojó la corbata con un movimiento maquinal y aspiró el aire fuerte y áspero. Esta era la vida. Todo lo demás mentira. Monstruosa mentira la civilización, la farsa y sórdida civilización de los mercaderes. Tan burda la mentira que bastaba llenarse un momento los pulmones y el cerebro con la atmósfera de un pedazo de campo, para que apareciera evidente. Mentira los edificios grotescos con el guiño de los sangrientos letreros luminosos.

Mentira la superficie pulida de las calles. Mentira los trenes veloces y trepidantes. Mentira las fábricas de chimeneas audaces, ensuciando día y noche los arrabales. Mentira las máquinas brillantes, mostrando con impudicia sus extrañas de acero. Mentira las calmas veladas de familia, bajo la dorada araña eléctrica del comedor. Mentira el juego estúpido de los ascensores, rebotando incansables en la planta baja para subir hasta el 9ª o 22ª y volver a caer. Mentira las ediciones milenarias de los periódicos, con sus groseros titulares retintos. Mentira los movimientos acompasados de las grúas eléctricas encima de los barcos de carga. Mentira la lluvia metálica de las máquinas de escribir en las oficinas. Mentira la multitud de las calles, de los campos de deportes, de los hipódromos, de los teatros, de las manifestaciones erizadas de estandartes, de los lentos paseos crepusculares por las calles de moda. Toda una canallesca mentira, una farsa hábilmente dirigida. Pioneers, progreso,

cultura, directores, honestidad comercial, hombres austeros, mujeres honestas... Río sin maldad ni odio, bajo la transparencia del cielo redondo.

El viento le movía el cabello como la caricia de una mano distraída. Sí, camarada. En la ciudad no se vivía. Se producía dinero, se ganaba dinero, se compraba, se vendía... La verdad estaba allí, en la naturaleza. En los frutos de los árboles, en las tetas de las vacas, en la miel de los panales. Tener la fuerza de huir de la ciudad, romper con ella, para siempre.

Reintegrarse a la tierra, negra, al pasto verde, el cielo azul. Ir arrancándose a pedazos, día a día, las costras que la ciudad había segregado sobre su alma, lavarse en el aire limpio las mugres ciudadanas. Y levantarse una mañana, intacto, puro, fuerte, delante del paisaje luminoso y dilatado. Ser él íntegramente. Recordar el Jason cien por ciento de la infancia, sin urbanidad, sin falsas maneras corteses, sin convenciones, sin influencia, sin literatura.

Limpia la cabeza, alegre el corazón, cosquilleante la audacia en los testículos.

Quitóse un insecto de la mejilla y se acarició el rostro con la mano. Sí; más audacia en los testículos. La ciudad iba castrando a los hombres, neutralizando su virilidad, domesticando sus almas. Se nacía y la ciudad lo tomaba a uno y lo iba haciendo a su antojo.

Sí, erguirse un amanecer en el campo, desnudo, cobrizo, musculoso, lleno de una sencilla alegría animal explotando en carcajadas. Fuerte y alegre, desnudo y musculoso...

Sentía el viento tocarle la cara como un fino lienzo. Se movió un poco, restregando la espalda en la tierra, tragando fuertemente el aire. Veía entre sueños un paisaje soleado en la mañana, cerca de una playa. Techos brillantes y, al fondo, el mar con los extraños dibujos de las corrientes. Por la anchísima rambla corrían automóviles pequeños, muy pequeños. Y un barco gris, en el mar...

Se puso de costado, aspirando calmamente el olor de la tierra. Algo se había metido en sus pulmones y lo fue dejando escapar poco a poco. Algo de perfume de pasto, tierra húmeda, un viento muy suave, la frescura de la sombra y el cuchicheo de las hojas más altas de los árboles. Sonrió apenas. Él era un niño durmiendo y él era el padre inclinado sobre el lecho, sin respirar, contemplando aquella sonrisa feliz, inocente, tranquila... Sí; era eso, precisamente. Su cuerpo desnudo en mitad del paisaje, como si él fuera el centro de la naturaleza, el núcleo creador. Y como si la naturaleza toda, los árboles rumorosos, la cuchilla de lomo curvado, la tierra de los caminos ondulantes, estuviera fluyendo de él, de su cuerpo desnudo y musculoso bajo la matemática curva del cielo. Desnudo en el centro del paisaje. La imagen del cuerpo moreno, aquietado en una actitud llena de sosiego y naturalidad. Plenitud; una paz que era casi pereza, contento de corazón y unas ganas de abandonarse para siempre. Aflojaba los dedos con lentitud refinada, hasta que el cuerpo se desprendió suavemente, como un barco que botan al agua. La multitud rodeaba el barco empavesado y blanco de marineros. Con un traje lila y un ancho sombrero de paja, Virginia Cras rompía una botella contra la proa. Alguien cantaba con melancólica voz un canto de otros climas. Su cuerpo se desliza por los rieles engrasados, muy despacio, bajo el sol que le pica en las tetillas y en los muslos y hace transparente como el aire y él nada en el aire con movimientos fáciles y graciosos. Flota sin esfuerzo en las plateadas manchas de las corrientes marinas. En la terraza hay música y unas cuantas mesitas con manteles cuadriculados. El campeón de box mira distraído el mar, mientras las risas de las mujeres se parten con ruido de vasos. Si tocan un blue ella iba a darse cuenta de su tristeza. Tuvo una larga mirada para la flor que ella sujetaba en el pelo. Una blanca rosa junto a la oreja. Mientras bailaban notó que la flor no olía a nada y los cabellos eran renegridos, brillantes, dibujando eses y círculos como el vello del vientre. Desde la terraza se veían los rascacielos y el mar; un barco gris y las amplias manchas de las corrientes marinas, formadas por las escenas de los peces de plata.

Atrás suyo había quedado el terraplén. Terminaba el suelo arenoso y tenía que caminar con cuidado entre las piedras de aristas aguzadas. Junto al borde de los canteros, cortado casi verticalmente, un hombre de espaldas golpeaba el suelo con un pico sonoro. Unos veinte metros más abajo, continuaba el verde de los pastos y los cuadros de las plantaciones, a los costados del ancho camino de hormigón. Caminó lentamente y se sentó a fumar sobre una piedra cortada en cubo. Los golpes se repetían acompasados, terminando en alegres vibraciones, como chispas de un cohete. Estaba cansado y contento. Miró con simpatía la silueta ancha del hombre, el cinturón de tejido amarillo, la camisa gris. Sin haberlo oído seguía trabajando rítmicamente, volteando firme y diestramente el pico luciente. Aprovechó una pausa y gritó:

—Eh, compañero... ¿Quiere fumar?

El otro se dio vuelta, apoyado en el mango de la herramienta, mientras se pasaba por la frente el dorso de la mano. Encogió los hombros con una sonrisa y dijo lentamente:

—Y bueno... Se encontraron a mitad de camino.

El hombre observó atentamente el cigarrillo y lo encajó en un costado de la boca. Jason encendió un fósforo y el otro juntó las manos alrededor de la llama, defendiéndola del viento. Tenía los dedos lisos, enrojecido, como hechos en madera. Luego se irguió echando un chorro de humo, y con los pulgares calzados en la cintura miró hacia abajo.

—Está bravo el sol...

Dilató el pecho, haciendo salir el humo por la nariz:

—¿No tiene hora, por una casualidad...?

—No; pero serán...

Lo interrumpió, mientras se frotaba la nuca con la mano abierta:

—Ahora no más deben llegar los camiones. Es el último viaje. Un poco molesto, quiso buscar un camino para conversar:

—¿Trabaja solo?

—Sí; ahora sí... Estoy aflojando un poco las piedras —explicó sonriendo.

—¿Pagan bien?

El hombre volvió a sonreír, alzando los hombros con indiferencia:

—Que quiere que paguen...

Tenía razón. ¿Qué quiere que paguen? Sintió que aumentaba su simpatía por el hombre grandote y su gesto resignado y escéptico. Hubo un silencio en el que revoloteó una bandada de gritos lejanos. Como si resumiera una larga conversación, Jason dijo con naturalidad, mirando la cinta del camino:

—Ya llegará el día en que los degollemos a todos...

Con el cigarrillo entre los labios, el hombre comentó:

—Puede...

Presintió una poderosa fuerza escondida en el tono opaco y cansado de la voz. Miró la cara ancha del hombre, oscurecida por el sol; los ojos pequeños y claros; la línea firme de la boca. De todo el macizo cuerpo en reposo fluía una sensación de madurez, de confianza en sí mismo.

Vio una rápida mirada recelosa y el hombre volvió a abstraerse en la lejanía.

Comprendió que no conseguiría nada más.

—Bueno compañero, hasta la vista.

—Adiós.

Siguió caminando junto al borde. El hombre había desconfiado; posiblemente por culpa de su traje. En realidad, lo había echado como a un perro; y acaso tuviera razón. El vestía como los otros. Las mismas palabras, los mismos modales. Era justo que el otro hubiera desconfiado y hasta que se hubiera burlado. Ahora comprendía la maliciosa atención con que había examinado la marca del cigarrillo, y encontraba que todos los gestos del hombre, hasta su inmovilidad, habían estado sombreados de idéntica malicia.

Volvió a sentir los golpes rítmicos en la piedra, saltando veloces hacia el cielo. Se detuvo, quitándose el sombrero. Un automóvil corría allá lejos, por el camino blanqueado de sol. Corría, negro y pequeño como un insecto, hasta esconderse en la curva, detrás de las arboledas. Pasó la mirada por el camino ondulante y se sintió golpeado bruscamente por un pensamiento. De improviso, sin preverlo, se encontraba frente a la palabra que escribía para él la carretera. Partir. Una vida tan libre como nunca había soñado. Dejar todo a las espaldas, definitivamente, para siempre. Dudas, vacilaciones, tristezas. Todo su pasado de tanteos y búsquedas quedaría en la ciudad. Tirado como un caballo muerto de improviso en mitad de la jornada. Sentía saltar el corazón en su pecho, como si los golpes alegres del pico hallaran eco en su interior. Le parecía que toda su vida no había sido más que la lenta preparación de aquel momento. Todas sus meditaciones, el prólogo de aquella sencilla idea.

Irse. Jason el vagabundo, sobre el camino público. Los maizales de oro, los arroyos veloces, los chiquillos sucios de las chacras, las tropas mugientes, la fruta robada en la noche, la sed satisfecha boca abajo, el sueño cubierto por las estrellas temblorosas, el despertar con el sol lamiéndole la cara. Todo eso era el camino ancho y sin vereda. Eso era partir, tener la sinceridad de irse, romper con su vida estúpida y sin color. Trazar con la mano un amplio y rotundo adiós al recuerdo de sus días y salir en busca de otros.

Oyó que el camión trepaba fatigosamente por el costado de la cantera. El hombre tiró la herramienta y se enderezó con las manos en los riñones. Después saludó con el brazo a los que llegaban.

—Podían haber demorado más, carajo...

Parecía que el verde de las arboledas y los pastos vibrara a la luz del sol. Abajo, muy lejos, una casa blanca se estiraba en una delgada columna de humo.

## VII

—Todo eso es idiota. Enfermizo —rezongó Virginia—. La vida es otra cosa y nadie lo comprende.

Si uno pudiera... Un suspiro de fastidio que lo molestó. Cansada de las gentes, entonces... ¿Y sin excepción?

—Solamente usted, ¿verdad? —Se burló él.

—No, no se ría... Pero no importa; aunque se burle es así, estoy convencida de que es así. Vivo golpeándome con las personas. Todos iguales; hasta hacerme pensar si vine nada más que para ver el fin de las gentes, para varias momificadas, sin nervios, dejándose llevar...

Si uno pudiera hacerse entender por completo, sin discursos... Tenía una boca casi obscena, saliente, entre mimosa y enfurruñada. Sí; con aquella manera de ser era seguro que se habría besado con todos sus amigotes. Y qué besos se podrían dar allí, mordiendo despacito el labio. Pero si uno pudiera mostrar el alma como quien desnuda un brazo...

—Me enferman, Jason. Siempre tristezas, preocupaciones, lamentos.

Sacudió la cabeza, inclinándose sobre las tazas vacías. Empezó a mordisquear un terrón de azúcar, torciendo los ojos bajos para mirarlo. ¿Se pondría bizca también?...

Continuó:

—Ufff... Piense lo que quiera. Pero a mí no me convencen esas tragedias caseras, tragedias sin belleza. Dramones. Me dan rabia. Como si todos estuvieran de acuerdo para tirarme agua helada encima. Qué lástima... Asco, me dan. Suspiros, quejas... Peleen, caramba. Háganse matar por lo que desean...

—Bah... Se puede pensar que nada valga la pena.

—¿No ve? Usted también, como todos. Y bueno; los que piensen así, que el esfuerzo es inútil, deberían arrinconarse. No molestar con lamentaciones a los que nos gusta vivir.

Se golpeó las manos para sacudirse el azúcar de los dedos. Estaba francamente insoportable. Si encontrara una grosería no excesiva, para decírsela con indiferencia... ¿No quiere acostarse conmigo? Tengo unas ganas de morderle los senos. Quién fue...

Reía balanceándose, con un temblor en la cabeza. Cruzó las piernas, enganchando un zapato en el tobillo.

—Son maravillosos... Qué estúpidos...

Maldita risa, susurrando en el cuello, tan segura, tan espontánea. Y ella tenía razón; las gentes eran bestias melancólicas y cobardes. Bestias cansadas y uncidas. Y él, que ya comenzaba a odiarla porque reía, porque era mujer.

—Sería tan lindo vivir entre gentes sanas. Que no piensan las cosas, que no calcularan. Hacer naturalmente todo lo lindo que uno desea, sin la malicia de los demás.

Se apoyó en el respaldo, trenzando los dedos en la rodilla, la cara vuelta al cielo frío de la ventana.

—Pero todos están muertos. No tienen imaginación, ni audacia, ni nada...



Jauría de perros castrados. ¿Por qué no se le ocurrían más que palabras tristes para decirle que la quería? También él. Un sucio sentimentalismo en las almas, como aguas servidas. Triste el amor; el coito, la vida. Una puerca salsa de lágrimas untándolo todo.

Ahora mismo si se abandonara a su impulso, no iría a levantarla de un tirón para tomarla en brazos. Iría a recostar la cabeza en sus rodillas, suplicando ridícula placidez, convirtiendo en quietud de muerte el dichoso juego del amor.

La muchachita quieta. Palidecida por la luz del crepúsculo lluvioso. Tal vez a ella también la convirtieran en una sombra melancólica, en una pobre mujer resignada. Pero...

tirar un millón de Virginias Cras sobre la ciudad. Un ejército de muchachas decididas y burlonas, que rompieran todo, que tiraran patas arriba la estúpida vida de las gentes. Que alegremente hicieran astillas la moral, el pecado, la decencia, el temor. Todos los mamarrachos que hacían retroceder a los hombres, como espantapájaros.

Como un ruido de fusilería lejana. Ella se levantó de un salto, corriendo hasta la ventana. Sacó una mano afuera y reía, temblándole el cuerpo, encogiendo los hombros.

—Granizo.

Quieto en el sillón, miró el cielo. Era un fastidio haber olvidado el impermeable.

Virginia cerró los vidrios.

—¿Cazó alguno?

—Uno chiquitito. Se deshizo en seguida.

Seguía junto a la ventana, cruzadas las manos atrás, sobre las caderas. Se deshizo en seguida... Con una voz tan dulce. Seguía mirando al jardín, inmóvil entre las sombras de la tarde que se derrumbaba. De espaldas a él, un poco inclinada la cabeza hacia delante.

Bajó despacio desde el pelo trenzado hasta el sinuoso borde de las faldas. Y sintió que lo agitaba una brusca ternura, un profundo sentimiento de simpatía por las medias negras de la muchacha. Una noche también Cristina había estado desnuda, cubiertas las piernas por unas tenues medias negras que casi le rozaban el vientre. ¿Cómo quedaría Virginia si se desnudara dejándose las medias? Debía tener el cuerpo demasiado caliente.

Ya no oía la lluvia. Nada. Suavidad del silencio. Largas virutas de silencio se alargaban de los muebles, del techo, de la muchacha inmóvil en la ventana. Y en aquel silencio él flotaba, milagrosamente ágil y libre. Salía de la oscura cárcel de su cuerpo, se evadía del ángulo en sombras del sillón y se alargaba hasta ella, acariciando, rodeando dulcemente la silueta de la muchacha. Como un lento anillo de humo que se fuera estrechando contra su soledad, contra la actitud melancólica y olvidada con que ella doblaba la frente junto a los vidrios.

Bruscamente sintió que recién ahora, en aquella profunda pausa de silencio, comprendía algo de Virginia, lograba rozar su alma con tímidos dedos vacilantes. Mirando el débil cuerpo de la muchacha, comenzó a recordarla. Sus sonrisas, sus movimientos, la cabeza negando terca de la reciente discusión. Cuando hablaban, la distancia que separaba sus asientos se iba tornando espesa y palpable. Como si los metros de aire colocados entre ellos se endurecieran. La muchacha enérgica y segura, la muchacha otra persona, era como el mal movimiento hecho con un puzzle. Debía reanudar pacientemente el lento trabajo, justo cuando estaba a punto de triunfar, de alcanzarla.

De pie, quieta y callada junto a los vidrios. Entonces sus ojos se iban deslizando lentamente por el contorno de la cabeza, los pliegues del vestido, la curva de las medias negras.

Se levantó y fue caminando despacio hasta casi tocar con la boca la mano colgada del pestillo de la ventana. Ella lo miró rápidamente, balanceando las cejas. Se estremeció, lleno de un inexplicable miedo de que la muchacha fuera a hablar, a deshacer el instante bajo el peso de alguna inútil palabra susurrada. Pero la cabeza volvió al vidrio, rectos hacía

adelante los ojos. Charcos en el jardín como pedazos de un espejo roto. Cruzó la calle un lustroso lomo de paraguas.

Sentía crecer a sus espaldas el silencio. Llenaba la habitación, se recostaba a ellos. El hondo silencio que borraba todo e iba desnudando sus almas, increíblemente solas y cada vez más juntas en el principio de la noche. La lenta marea de silencio cubriendo la mano que se movía en pequeñas contracciones, rodeando el pestillo. Miró la pequeña mano morena y desnuda, tan suave y solitaria, abandonada al lado de su boca. Un animalito cálido aquietado en las sombras.

Y de golpe tuvo ahora miedo de la soledad de aquella mano en el silencio. Miedo al indescifrable misterio del silencio. Miedo de sus almas balanceadas en las curvas hondas del silencio que crecía incesante detrás de ellos, suprimiéndolo todo, esponjándose, creciendo, creciendo... Miedo, y habló con una baja voz sin matices.

—Hace medio minuto que lucho con la tentación de besarle la mano.

Sintió que ella se estremecía rápidamente como si la despertaran de improviso. No se movió la mano; pero ya algo hostil, frío y severo se alzaba entre ellos.

—Por eso... la dejé. Para no aumentar la tentación...

Entonces el sintió un repentino odio, una salvaje fiereza instintiva ante la hembra tan quieta a su lado, ante su tranquila voz ante la oscura mano que no huía. La tomó por los hombros, ciego, rabioso.

—Entonces... tampoco va a esconder la boca. Para no aumentar mi tentación. Tampoco la vas a esconder...

La besó con fuerza, restregándose en los labios humedecidos, con un vago deseo de humillarla, de hacer que lo odiara, que le golpeará enfurecida en la cara. Pero cuando comprendió que ella se abandonaba temblando entre sus manos y que no tenía contra él más que una dulce muchachita que abría ansiosamente la boca, cerró los ojos como si se entregara al sueño, muerto de cansancio.

Luego apoyó la cara en la cabeza de la muchacha. Un olor a ternura. Mansamente se fue acercando otra vez al silencio.

## VIII

La ocurrencia de haber dejado la ventana abierta toda la tarde con semejante calor.

Tiró el saco en el respaldo de una silla y pasó al cuarto de Lima.

—Se os saluda, caballero Jason.

Acostado en la cama, bajo el ala formada por el estante de libros, leía boca arriba, las manos en la nuca y el libro apoyado en las piernas dobladas.

—¿Y...? —preguntó Jason.

—Lucrecio —contestó alargándole el libro.

—Al cuerno. ¿Hay noticias?

Lima rió despacio, con pereza, como limitándose a prestar la garganta par que la risa saltara en ella con un opaco ruido de canilla mal cerrada.

Jason dio unos pasos, con las manos hundidas en los bolsillos. La cortina que tapaba la ventana exhalaba un olor penetrante de tela caliente, y la penumbra y la pasada atmósfera del cuarto invitaban a la siesta. Había sido un imbécil no acostándose anoche; y si lo hacía ahora, era seguro que hasta mañana bien tarde... Lima murmuró:

—Si el malhumor no alterara vuestras facultades deductivas, comprenderíais que fortifico mi espíritu frecuentando los filósofos. Es la más juiciosa actitud en las circunstancias desgraciadas...

Se echó en un sillón y encendió un cigarrillo. De manera que el puerco de Siles... Contempló un rato el vuelo de las moscas junto al botellón de agua que brillaba gratamente al lado de la cama; una fina capa de polvo lo cubría. Se recostó suavemente, mientras preguntaba:

—¿Pudiste ver a Siles...?

—Vilo, caballero Jason. Vilo y hallé que es marmóreo su corazón.

Bueno; por ese lado no había nada que hacer. Ya sabía él que iba a resultar eso de la entrevista. ¿Qué se podía esperar de un cretino...? Pero había que buscar, fuera donde fuera.

Posiblemente a fin de mes tendría la mitad del dinero, y si Lima consiguiera otro tanto...

—Ergo, caballero, gozamos de tres días...

—¿Tres días de qué?

Tregua. Tres días para romper vidrios, desconchar paredes, obstruir cañerías. Si no fuera por este insoportable calor, yo ya habría comenzado. Pero la temperatura me inhibe.

Inhíbeme para toda acción, mi entristecido caballero.

—Desalojo, entonces. Perfectísimamente.

—¿Qué vas a hacer?

Lima bostezó, estirando los brazos. Volvió las manos bajo la cabeza y cruzó una pierna sobre otra.

—Y... ya ves lo que hago. No creas, reflexioné toda la mañana sobre el asunto. Y en verdad os digo que sólo restan dos caminos: la resignación filosófica, o delenda Silesópolis.

A usted corresponde elegir.

—Digo, si vas a dejar los muebles...

—Y claro está. Estos cachivaches no alcanzan a pagar cinco meses de alquiler. Pero, por lo menos, amortiguamos en lo posible la deuda...

Tiró el cigarrillo y se puso de pie.

—No, si estás loco, yo no. Prefiero regalar los muebles antes de que Siles se quede con ellos. Aunque tenga que sacarlos de madrugada por la ventana...

Lima volvió a reír:

—Perdón. Eso era la teoría; exposición de una inflexible doctrina moral. Pero la práctica, caballero... Mirá: en el bolsillo tengo la tarjeta del mercader. Mañana por la mañana desnudan la casa.

Volvió a sentarse. Y bien: *Tout passe...* En realidad, ya casi no venís al departamento; apenas si con Cristina y ahora cada vez menos.

—¿Y adónde vas a ir?

—Oh... Una tranquila pensión familiar...

—¿Cuánto dan por los muebles?

—Mañana se discutirá. Pero no te hagas ilusiones porque infaliblemente nos van a robar.

Lima recogió el libro y volvió a abrirlo. Jason resbaló en el sillón hasta encontrar apoyo para la cabeza. Bueno, al diablo Siles y la casa. Aspiró el aire y se abandonó con los ojos cerrados: Decíamos ayer... Sí, Virginia y aquel incomprensible. Sumamente difícil marcar fronteras entre lo que era realmente de la muchacha y lo que su amor imaginaba en ella. No se enceguecía, pero sin embargo...

—¿Siguieron, anoche...?

—¿Eh...? Sí. Y me aburrí bastante. Después fuimos a comer al Rincón.

Lima volvió a bostezar y reanudó la lectura. Jason se incorporó, girando el cuerpo; calzó las rodillas encima de uno de los brazos de sillón y la nuca en el otro. Aquella muchachita de Virginia Cras... Era curioso que no le hubiera hablado todavía a Lima de ella. A pesar de los años de amistad, de la ilimitada confianza que había entre ellos. Y

estaba resuelto a no hacerlo, al menos por ahora. Temía que le fuera difícil hacerle entender que Virginia era algo muy distinto a todo lo anterior; y en cuanto a poder transmitirle ni siquiera aproximadamente su manera de sentir a Virginia...

Reconstruía las expresiones de la adolescente, su voz, la sensación de sus vestidos, y la misma inquietud dolorosa y deseable que lo poseía en su presencia, volvía a él, llenándolo totalmente. Bien; estaba enamorado de Virginia, pero no era esto. No podía ser solamente la causa de aquella emoción nueva. Había algo en la personalidad de la muchacha; una cosa vaga y aún no comprendida, que se le mostraba en el aleteo de sus manos, en la seguridad de sus movimientos y en el sonido de las palabras. Porque la voz era como ella; niebla de ternura a veces, claridad de metal otras. No, no, no, no, no... A veces un no quedaba en el aire, separado de ella, exento. O un no pronunciado con fríos ojos brillantes, que dejaba huella en la boca. O un no lento arrastrándose entre los labios, bajo la caricia de los párpados caídos. O un no que subía en diagonal como una flecha, alargando en la vacilación de la o. O un no que la cabeza repartía con un lento balanceo. O un no que era solamente la n vibrante como una campanita en la nariz. Sí; en Virginia había algo nuevo y distinto; no sabía qué, pero estaba seguro. Y precisamente esa convicción de novedad, de cosa extraordinaria, creaba el problema. Estaba resuelto a no estropear la sensación que le daba la muchacha convirtiéndola en una novia. Antes de tolerar que su amor se fuera cultivando en pacíficas veladas en casa de Virginia, en el ambiente familiar que acabaría por limar la belleza de las palabras, la sinceridad de los ojos, la inteligencia de la sonrisa, la espontaneidad de las manos; antes de que su amor fuera deformado brutalmente para poder encajar en los límites del noviazgo, prefería renunciar a Virginia. O se amarían en una forma absolutamente personal —de él a ella y de Virginia a él, sin consejos, vigilancia y toda la interminable serie de elementos familiares que van ensuciando el amor hasta hacerlo costumbre— o todo quedaría en la parte del prólogo que habían vivido hasta ahora. Acostarse con Virginia. Sintió una fugaz sensación de calor en la cara. En fin: se trataba de planear las cosas claramente. Transó con tomar a Virginia. Bien; tomar a Virginia. Aquel elemento extraordinario que intuía en la muchacha —aun cuando no acertara a definirlo— le daba una irrazonable seguridad que solamente así, en la forma limpia y pura en que él lo deseaba concebía ella el futuro de su amor. Pero... Dejó caer el cigarrillo que le quemaba los dedos y se alisó el pelo.

Pero a pesar de esta instintiva seguridad, era necesario, tenía el deber de dudar.

Encontrar ahora en aquella etapa de hastío y desesperanza en su vida, la mujer que había imaginado siempre, libre por propia voluntad de una muchachita de dieciséis años, era en realidad una buena suerte, sospechosamente perfecta. Acaso una gran parte de la manera de ser que le mostraba la adolescente fuera producto cerebral. Y luego, si los años deformaran a Virginia, y a la muchachita fresca e incontaminada sucediera la señorita honesta,

arrepentida de aquel extravío de la adolescencia —“Imagínate: sólo dieciséis años...” —...”

Le cayó sobre el vientre el libro, abierto, que resbaló hasta el suelo.

—¿Madurabas la venganza...?

—¿Qué? No; pensaba en cosas más interesantes que el inmundo Siles.

Sonrió, mientras Lima silbaba largamente.

—Ay, ay... ¿Rubia o morena?

—Rubia, morena y pelirroja. Y, como la verdad, blanca.

—Magnífico, señor Jason. ¿Cóctel habemos?

Volvió a reír sin contestarle. Por un momento estuvo tentado de franquearse. Pero inútilmente construía preámbulos para la confidencia; cierta sensación de pudor, un leve miedo de colocar la imagen de Virginia en el cuarto, lo contenían siempre, como sí el

recuerdo de la muchacha fuera una frágil porcelana que pudiera ser herida al pasar de unas manos a otras.

Desanudó la corbata y llevo los ojos al techo. La frescura del sillón ya había sido invadida por el calor del cuerpo; sentía golpearle las arterias en el cuello y una pesada somnolencia lo invadía. Estaba ahora con La Virginia de la última entrevista; rodeada de árboles en la tarde tibia y luminosa.

Lima comenzó a cantar lentamente, con una vieja dulzona música de barcarola:

—*Boga, boga barquero hacia la isla Fernando Poo...*

Los dos primeros versos, al encontrarlo abandonado a sus pensamientos y, por lo tanto, completamente desprevenido, lo impulsaron un poco a una sensación de aventura. Aunque no recordaba ni las características ni la situación geográfica de la isla, su nombre bastaba para resucitar como un leve soplo las imaginaciones de la infancia. Las inolvidables novelas de piratería leídas en la noche, clandestinamente, cuando la respiración de los mayores durmiendo en la habitación vecina, era garantía de que los sueños podrían crecer libremente y sucederse las páginas bajo los ojos ávidos.

—...y al llegar a Calcuta cambias la ruta...

Calcuta le pareció absurdo y se puso en guardia. Tampoco sabía dónde estaba aquella;

no podía asegurar que yendo hacia Fernando Poo fuera posible o no encontrar a Calcuta.

Pero Fernando Poo y Calcuta le producían una sensación de climas y ambientes distintos, y,

para unirlos, le era necesario efectuar un esfuerzo visible. Sentía, además, la inevitable proximidad del consonante y, en aquel momento, uno entre todos le parecía forzoso.

—...y vas a la puta...

*que te parió...*

No obstante estar preparado por la sospecha, las sonoras palabras que cerraron el canto le produjeron una sensación de desconcierto. La brusca transición de las coloridas imágenes de la infancia —blandamente acunadas por la música lánguida— a la frase última, desnuda y rotunda, lo sorprendió de manera ingrata. Como si realmente se hubiera encontrado a los doce años leyendo boca abajo en la cama y, de improviso, la voz de su padre le hubiera ordenado apagar la luz y dormirse. Golpeados el recuerdo de Virginia y los recuerdos de la infancia por la frase última, como una superficie de agua herida por una piedra, sintió nacer en él un vivo rencor hacia Lima. Injustamente, lo culpaba de no haber intuido la calidad de sus reflexiones; y se felicitaba de no haberle hablado de Virginia, aun cuando sabía bien que, de haberlo hecho, Lima no habría cantado la barcarola. A pesar de que ésta comenzaba a hacerle gracia a medida que la impresión de contraste que le causara se iba aminorando,

no se dio por enterado, buscando castigar a Lima con una actitud de indiferencia.

Aprovecho el silencio que siguió al canto para desplegar nuevamente sus recuerdos.

Análisis de la psicología de Virginia. Establecer si serían calculados o espontáneos los factores determinados en su futura e hipotética entrega. Bien; uno de los datos más importantes que debía tener en cuenta eran los dieciséis años de la muchacha; pero aquí se ramificaba el problema. Por un lado, podía creer que la adolescencia daba a su personalidad un aliento poderoso, salvaje y natural, al que no podían contaminar aún los elementos extraños de una segunda naturaleza formada de literatura y snobismo. Y era su misma juventud la que lo hacía temer que un impulso cerebral cualquiera —una conversación, una lectura— pudiera adquirir exagerada resonancia en el mar tumultuoso de su espíritu que recién estaba formándose.

—Boga, Boga barquero...

Nuevamente, y con un tono más lento aún, con una emocionante dulzura de canción de cuna, volvió Lima a cantar la barcarola. Esta vez abandonó sin brusquedad sus

pensamientos y, sentándose en el sillón, miró al otro a la cara. Lima le sonrió en una forma divertida y misteriosa, como si la extraña barcarola fuera la cosa más llena de gracia que nadie hubiera oído nunca, y el hecho de escucharla convirtiera a Jason en cómplice suyo en quien sabe qué atrevida aventura. También Jason rió. Aparte de lo gracioso de la canción, encontraba cómico ver aquel hombre de treinta años, vestido su cuerpo poderoso con un pijama claro, estirado boca arriba en la cama, y dejando escapar lentamente, con un visible cuidado para no equivocarse ninguna nota, aquella canción estúpida. Cantando aquella estupidez con la boca rodeada por una fuerte barba de tres días.

—...y al llegar a Calcuta...

La canción, se le antojaba la propia voz de la tarde calurosa. Su ritmo lento tenía el mismo desmayo de la zona cálida que hacía insoportable la proximidad de la ventana. Por un momento su cabeza se estuvo moviendo verticalmente, con un compás idéntico al que ajustaba su cuerpo al barquero aquel, en viaje a Fernando Poo y escalas.

Echado hacia atrás, con los ojos cerrados y la boca entreabierta para facilitar la respiración, comenzó a repetir mentalmente la extraña barcarola, cuya sencilla y vieja música aprendió de inmediato. Y al llegar a Calcuta cambias la ruta... Comprendía ahora que la parte de aquella que lo había molestado un momento antes, era su única manera terminante, impecable, que la música se encargaba de suavizar. Boga, boga barquero... No habiendo muerto aún en él la primera sensación de exotismo y aventura que le causará el nombre de la isla hasta su choque contra la inverosimilitud de Calcuta; La-Puta-Que-Te-Parió... El insulto, el máximo y más canalla de todos, perdía su calidad de tal.

Costas de piedra gris o de fresca verdura le daban límites; y en su amplia bahía las aguas se hacían espumas al golpear contra las rocas y al arrastrarse por las arenas de oro.

Velas blancas; altas proas de navíos e interminables y sinuosas caravanas, llevaban hacia La-Puta-Que-Te-Parió una multitud pintoresca y heterogénea, como a un nuevo y tentador Eldorado...

Boga, boga barquero...

Sin abrir los ojos, manteniendo su actitud de abandono en el sillón, propuso a Lima:

—Estimado Kruger... Opino que sería un excelente negocio la instalación de una agencia tipo Cook para explotar el turismo en La-Puta-Que-Te-Parió.

El otro rió:

—Posiblemente... Si se consiguiera el monopolio... Y conozco más de un tipo con la experiencia necesaria para hacer un magnífico cicerone.

Se sentó rápidamente en el borde de la carpa, agregando:

—Pero si se considera la clase de individuos a quienes se acostumbra invitar a esas excursiones, prefiero seguir efectuando el envío de pasajeros en la forma acostumbrada.

—Sigue siendo usted infalible... Su clara visión comercial...

Lima comenzó a pasearse, la cabeza baja, las manos metidas en los bolsillos del saco.

Jason lo miraba, cada vez con más sueño. Al rato lo vio detenerse y oyó que hablaba, despaciosamente, como si calculara con prudencia los diversos aspectos del negocio.

Por otra parte, sería necesario llevar los servicios de nuestra agencia hasta otros lugares semejantes, de un turismo menos intenso. Y esto nos obligaría a extender los capitales, cosa en extremo peligrosa para la economía de nuestros accionistas.

Sentía que estaba a punto de dormirse y apenas llevó la boca a un costado, en conato de sonrisa.

—Reconozco en usted el más grande de los genios de empresa contemporáneo. Algo así como el Napoleón de los viajes metafísicos...

No estaba seguro de haber hablado, o pensado, nada más. Hablado o pensado, con aquel calor que le quemaba los ojos. Los abrió, con un largo suspiro. Lima probaba el filo de la navaja en la mano abierta.

—...en cambio, mi distinguido asesor, estoy en posesión de capitales más que suficientes para continuar promoviendo estos paseos a la noble y antigua usanza.  
Noble y antigua usanza. Dejó caer la frente y aspiró con ansias la pereza y el calor del aire. Virginia, de pie, con un vestido marrón con tirantes encima de la blusa de franela roja. Pero no, no era aquello. Se trataba de algunas reflexiones acerca de si la muchacha — dieciséis años...  
Pero, de vez en cuando, las imágenes ligeras que se movían en su cerebro se dispersaban como pájaros en fuga; y se sentía reintegrado a la habitación por medio de la barcarola que Lima tarareaba entre dientes, mientras hacía resbalar la navaja por las blancas barbas de jabón que le encuadraban su cara, allá en el fondo, adentro del espejo del lavatorio.

## IX

El ruido de la zorra que pasaba junto a ellos. Y chirridos, voces, campanas y un afinado timbre, resonaron largamente en el enorme techo de cristales del andén. Las luces amarilleaban tristes, colgadas encima de las largas plataformas desiertas. Levantó la cabeza: un gran pizarra negra con letras blancas: PLATAFORMA N.º 2.

Caminaron unos pasos lentamente. Un áspero ruido de hierros y los vagones retrocedieron un poco. Junto a las ventanillas caras con sueño, diarios abiertos, una mujer con el mentón en la mano enguantada.

—¿Adónde vas ahora?

—No sé. A dormir.

—Si tenías sueño... No debías haberme acompañado.

—No tengo. ¿Qué voy a hacer?

Virginia caminaba con las manos en los grandes bolsillos del abrigo. Un género enrejado como una cárcel. Caminaba a pasos largos, como un muchacho, balanceando un poco el cuerpo. Le hizo gracia y dijo riendo:

—Me parecía que no eras tú. Un muchacho que andaba conmigo.

—¿Por qué un muchacho?

—Una sensación. El abrigo, la cabeza baja... Acaso el que no hablaras.

—Sí... A veces yo misma me encuentro un poco...

Apareció de improviso un tren, ya casi junto a ellos el gran ojo dorado.

—¿Te gustaría que yo fuera un muchacho?

Un interrogante y burlón "socratismo" se extravió entre sus risas y el ruido del tren que se detuvo resoplando. Por un momento caminaron entre los empujones de la gente presurosa. Una maleta cuadrada con anillas de metal. Una mujer tocada con una mantilla negra, colgando una canasta del brazo. Un humo blanquísimo en grandes pelotas que giraban despacio.

—Quería decirte si le gusta encontrarme algo de muchacho.

Jason silbó, vacilando.

—Hum... Es difícil contestar eso. Largo y difícil.

—Sintetice. Tiene cerca de un minuto.

Miró el cuerpo débil, apretado fuertemente por el cinturón. Las rayas de vello en la nuca. Los finos rizos que se estiraban como virutas siguiendo el contorno de la oreja.

Seguía caminando despacio, moviendo las caderas, casi cruzando un pie delante de otro. No era más que el abrigo girando un poco a cada avance del hombro... Sólo el abrigo hasta más debajo de las rodillas.

—¿Eh? ¿Te gusta?

Pero cuando el abrigo se movía, movíanse también los senos, las nalgas y acaso hasta se rozara suavemente un muslo con otro. Un poquito apenas, la piel morena y caliente de una pierna con la otra... Junto a él, debajo de las faldas...

—Me estaba acordando de aquel lío. Ella levantó la cabeza, casi unidas las cejas.

—Aquello de si existe lo que no conocemos. El pensamiento fabricando la realidad, o cosa así.

—No entiendo. ¿Qué tiene que ver...?

—No. Nada. Otra cosa. Eh este momento eras el abrigo con una cabeza. Pensaba en debajo del abrigo.

Sin luces, el tren recién llegado comenzó a rodar lentamente por la vía. Allá lejos y arriba, cayó una luz verde como una estrella en fuga.

Ella volvió a bajar la cabeza y siguieron en silencio. ¿Se habría molestado? Y bien, lo quisiera o no... Todo eso junto a él; aunque no lo viera nunca, aunque muriera sin conocerlo. No sabía: ¿era, en realidad, completamente absurdo que él dudara de la existencia de aquel cuerpo, de aquella zona del cuerpo...?

—Razonando, puedo decir que existe tu cuerpo desnudo. Y que se mueve junto con el abrigo. Pero...

Virginia lo miró, con una clara sonrisa brillándole en la cara:

—Hay problemas insolubles, Julio...

Hizo una pausa sin dejar de mirarlo. El siguió caminando despacio, quieta la cara bajo la sonrisa y los ojos de la muchacha. Como ante una de esas luces demasiado intensas de las casas de fotografías. Luego ella, miró a los lejos, donde las señales guiñaban, perforando la noche, y empezó a decir, suave y lentamente:

—Cuándo fue que estuvimos discutiendo con Lima sobre filosofía de la acción...

Aunque sabía que ella no iba a decir más, la interrumpió violentamente:

—Basta. Gracias.

Se sorprendió ante su propia voz, enronquecida, y ante el impulso feroz que lo sacudió de estrujarla allí mismo. Pero se limitó a hacerla dar vuelta, apretándole el brazo con una afinada ternura que tampoco pudo decirle.

Regresaron al tren, despacio, mirando las baldosas cuadrículada del piso.

Acompasadamente, los pies de la muchacha tocaban el suelo y se arrastraban un poco.

Tocaban y se arrastraban; tocaban, se arrastraban...

—Bueno, ¿te gusta sentirme un muchacho?

Volvió, como despertándose.

—Sí... No sé. Me gusta sentirte así: un poco. Me parece que estamos más juntos; como si fuera más fácil entenderemos. No me gustaría que fueras como todas, cien por ciento mujer, hasta la saturación. Es como los perfumes; y el olor de los polvos. Están bien. Pero si tengo que olerlos mucho tiempo me indigestan. A veces, hasta que todo lo femenino llega a darme náuseas.

Sonó una bocina y se acercaron al tren. Ella subió dos escalones y quedó sonriéndole, sujeta la mano a la barra niquelada.

—¿Y...?

Nada. Eso. Claro que tampoco que fueras varonil, maestra de escuela... La sabiduría no se encuentra en los extremos, señorita... Bueno: todo debe ser inteligencia. Si no fueras tan inteligente...

Ella agradeció con una reverencia:

—Señor Jason...

El tren comenzó a rodar con lentitud. La vio sonreírse, inclinando la cabeza en la dulzura del gesto, alargando hacia él un brazo perezoso que ya no podía llegar.

Rezongó la bocina del tren, temblando luego allá arriba, en la lejana bóveda de vidrio.



Las portezuelas y las ventanas de los vagones se iban comprimiendo, cada vez más. Aparecieron las bruñidas cintas de las vías y dejó de ver a Virginia. Los dos grandes ojos rojizos del último vagón, achicándose como si tuvieran sueño. Otra vez la bocina, corta y angustiada, triste de lejanía ya.

Inmóvil con el sombrero en la mano, hipnotizado en los ojos sangrientos del tren. Sí, sí, sí; la cabeza sobre un hombro; brillando la sonrisa en los ojos, haciendo madurar las mejillas. Alargado oblicuamente hacia él un brazo en cuyo extremo colgaban curvados los dedos morenos. Aquel gesto y aquella sonrisa.

Se puso el sombrero y caminó unos pasos en el andén sin trenes ni gentes. Seguía viendo la cabeza recostada en el hombro, la sonrisa tan dulce, el brazo hacia él... Aquella sonrisa y aquel gesto que habían quedado consigo, que nadie podría sacarle. Nadie, nadie.

La sonrisa y el gesto suyos. Que ella hiciera lo que quisiera. Que ocurriera cualquier cosa. Cuantas veces lo deseara, él podría volver a tenerla; alargada hacia él en la sonrisa y el gesto. Dejándole la ternura de aquella sonrisa; el gesto de la mano. Nadie, pasara lo que pasara. Un extraño sentimiento de hostilidad hacia Virginia le endureció la cara. Ah, no; ya,

ni ella misma podría quitarle la imagen llena de gracia de aquella muchacha, parada en el estribo del tren que se iba, sonriéndole a él, mirándolo a él, estirando hacia él la caricia de la mano.

Se puso a caminar hacia la salida. PLATAFORMA N.º 2. Un tren que llegaba quién sabe de dónde... CABALLEROS, en letras esmaltadas, y un fresco murmullo de agua.

## X

Las doce cuarenta y cinco. Tenía hambre y que todo fuera a la cuarta dimensión hasta el lunes. Empujó el sillón y se levantó. Una sombra desdibujada en el vidrio esmerilado de la puerta y el roce de las uñas contra las rugosas letras negras.

—Sí...

Virginia abrió y fue avanzando detrás de la sonrisa que el gesto de asombro de Jason alimentaba.

—Buenos días. Quisiera comprar alguna cosa...

Sujetó el alegre impulso de abrazarla e inclinó el cuerpo hacia ella, colocándose en el plano que las palabras de Virginia crearon.

—Muy buenos, señorita. Usted dirá...

—¿Tiene teorías estéticas?

Rieron el recuerdo y él contesto:

—Oh, sí. Un gran surtido. Puedo ofrecerle un arte deshumanizado, por ejemplo; aunque, siguiendo la tradición de honestidad de la casa, debo advertirle que está un poco...

En fin: ya no es fresco, Pero se sigue llevando. Tengo también un reciente arte al servicio de la lucha de clases. Recién llegado; será el furor de la temporada.

Volieron a reír y se besaron dos veces, rápidamente:

—Perro vengativo...

—Perro rencoroso...

Ella se acercó de espaldas a la mesa y apoyó las manos. Subió de un salto y quedó mirándolo con una alegre sonrisa. Jason recostó el brazo sobre la rodilla que subía y bajaba con el balanceo de la pierna:

—¿Almorzamos?

—¿Creías que estaba enojada?

—No; ¿almorzamos?

La muchacha tomó el cigarrillo abandonado en el cenicero y le dio una chupada; mientras sacudía la ceniza volvió a mirarlo, arrugada la cara en una expresión de duda. El oprimió la rodilla.

—¿Por qué?

Hizo salir el humo lejos, redondeando la boca que Jason besó.

—¿Por...?

—Complicaciones... Ya es una complicación que haya venido hasta aquí.

—Cierto.

Seguía escuchándola mientras arreglaba con prisa los papeles de la mesa y echaba llave a los cajones:

—...siempre el peligro de que algún imbécil me vea... Y si almorzamos juntos, después tengo que mentir, inventar historias y encuentros... Una porquería.

Hablaba entre las perezosas líneas de humo mientras movía lentamente las piernas, colgando en el aire.

—Y si digo que vine a buscarte y que almorcé contigo, se me muere la familia de un síncope colectivo.

Faltaba el recibo del envío de “La Nacional”. Se agachó, buscando debajo de la mesa.

No estaba. Acaso lo llevara el chico mezclado con la correspondencia.

A excepción de tía Mágina, que debe ser inmortal, continuó ella:

—Sin embargo... Poco a poco se van descubriendo remedios contra las pestes. El mercurio ha curado; el bismuto da buenos resultados. Ya se habla de una vacuna contra la lepra... No sería imposible que les llegara el turno a otras lacras.

—¿Tía Mágina? Pero si está cada día más jovial... Si vieras...

—Habría un medio; como último recurso. Si llegara a encontrarse un heroico y abnegado forzador... La dicha repentina...

—Tal vez... O si un día le nacieran simultáneamente dos ideas en el cerebro...

—Catástrofe.

—Embolia.

El sonrió mientras la miraba reír, plegadas ahora las piernas junto a la mesa. Los pequeños senos reían también, en silencio. Le quitó el cigarrillo, aplastándolo contra...

LINEA DE VAPORES... del cenicero. Luego la alzó y la puso en el suelo.

—Entonces, te acompañó al tren.

—Vas esta noche.

—Claro.

Le mordió suavemente la oreja, recogiendo con las manos, en la débil espalda arqueada, el nervioso estremecimiento de la muchacha. Después tomó el sombrero y sostuvo la puerta para que ella pasara.

Recorrieron las dos salas vacías, entre las mesas con máquinas severamente enfundadas en negro.

—¿Vas esta noche?

—A las nueve.

Se miraron, riendo fuerte sin saber por qué. Tenía hambre y estaba contento. Virginia en la oficina. Había ido allí, a buscarlo. Había estado en la Oficina, había preguntado por él.

“El señor Jason... Gracias.” Había rascado el vidrio de la puerta y, después, tan naturalmente sentada en la mesa, tan íntimamente juntos en el antipático escritorio, charlando y fumando...

—No vayas tarde y no olvides el libro.

—¿Belky? No. Ya lo tengo.

Salieron a la calle. El mediodía del sábado. Un alegre sol y las olas de gentes apresuradas, las filas de vehículos de voz ronca, palabras, gritos, risas. Echaron a andar rápidamente, en zigzag, abriéndose paso. Virginia tomó la muñeca izquierda, consultando la hora. El levantó los ojos al gran reloj de esfera dorada:

—La una menos dos.

—Menos cinco tengo yo. Quedan pocos minutos.

Apuraron el paso, sonriendo a los choques con gentes que no veían, al ruido de la ciudad, a la tibia luz del cielo y a ellos mismo. Estaba contento. Tenía hambre y caminaba velozmente con Virginia, golpeándose los hombros en la multitud.

—¿Cuál era el libro que decía Land...?

—El manual, me parece.

—¿Qué autor?

—Ah, no sé... Un ruso indecible.

—¿Fue ése el que encontró Mágina?

—Ese también, pero no sería nada.

—...el escándalo lo armó la pobre Bilitis.

—Dios se lo perdone.

—Vieja inmunda.

Se rió, mientras le tomaba el brazo para ayudarla a esquivar un auto. La soltó. Aquella mala bestia refregando las narices en las canciones... Se desviaron rápidamente a la derecha.

—¿Estás segura de que sale a y diez?

—Sí. ¿Lo alcanzamos?

—No sé. Es mejor un auto.

Se detuvieron en la esquina, buscando entre la gente que cruzaba sin tregua. Un hombre gordo palmeaba a otro, redonda la barriga, echada hacia atrás la cara brillante y alegre. Pasó una bella mujer alta, de negro, con un pequeño brillo de oro en el pecho y largos guantes blancos. Virginia hacía girar el sombrero, milagrosamente sujeto a la cabeza, como un cuarto de cáscara de naranja. Un perfume de jazmines lo hizo volverse; se metió apresuradamente en el alma el olor y la blancura de sus flores, desbordando en la canasta. Apretó el brazo de la muchacha que lo miraba sonriente; cuanto más fuerte era la presión de los dedos, más ancha la sonrisa. Como si él la fuera exprimiendo de aquel cuerpo, que confundía su aroma cálido con los jazmines y la nafta de los automóviles, en la esquina bulliciosa.

—Allí... aquel amarillo...

Corrieron chistando. El hombre detuvo el automóvil y abrió la portezuela.

—Por aquí derecho. A la estación.

Un manotón seco a la banderilla, y la sacudida del coche los hizo caer en el asiento.

Tuvo un pedazo de la falda blanca sobre sus piernas y en el pecho el suave golpe de la cabeza, sonrosada, risueña y anhelante por la marcha ligera. Entonces se olvidó del automóvil, de las calles llenas, del peligro de un probable imbécil, de la tía Mágina... Se olvidó de su hambre y de él mismo. Nada más que su alegría en el beso furioso con que se entró el olor y el gusto de la boca caliente de la muchacha. Sólo una loca y poderosa alegría rodando velozmente calle abajo.

## XI

Al encender el cigarrillo vio la fotografía de la caja de fósforos, reconociéndola en seguida. ¿Cuánto tiempo hacía...? Meses, acaso un año. Le envió al rostro un chorro de humo, en saludo cariñoso. Miró la mirada de los ojos oblicuos que nunca había podido hallar. Los ojos entornados, pesados de deseo, dirigidos siempre hacia un costado; mirando a un hombre de cabellos relucientes que debía estar por allí, apenas más allá del borde de la caja. La nariz abierta, como si aspirara el olor recio de un cuerpo encelado; los labios a punto de separarse, perversamente curvados, donde se afinaba una invisible sonrisa. La oreja mostraba un arco enorme que le hacía estirarse levemente. Volvió a mirar el acento francés que hacía la ceja. Y luego, ¿cuántas más tendría que comprar antes de volver a tener entre los dedos su expresión erótica, púdicamente cubierto el pecho con la estampilla fiscal?

Abrió la caja, EL ALCOHOL ACORTA LA VIDA. En grandes letras azules, gruesas, audaces, como un letrero escandaloso de diario chantajista. El alcohol acorta la vida y los trenes también y el trabajo también y el amor también y los mensajes neumáticos también y los impermeables también y las coristas cabeza abajo del diario tirado sobre la mesa...

—¿Qué está leyendo?

Sentada en el sillón, con las rodillas a la altura de la cabeza, Cristina le mostró los dientes.

—Nada... Miraba estas fotos del entierro de la Harlow.

Los dientes eran más blancos que el papel de la revista y el cuello de la blusa.

—Pobrecita...

No recordaba la cara de la actriz; pero debía haber sido un hermoso pedazo... Acaso tuviera una simpática mandíbula de mascadora de chicle, viviera en Beverly Hills a 853 metros de la casa de Chaplin y prefiriera las orquídeas de Brasil. A ochocientos cincuenta y tres metros diecisiete centímetros cuatro milímetros... Fue operada a medianoche en el Hospital de Saint Louis mientras el negro cantaba el blue junto al negrito recién muerto, un poco gris ya la cara chata por el proceso de la descomposición Lalalá... Laralá lalá, lalá...

*Well, well well...* Se había muerto en un mundo donde todos hacían lo mismo. El alcohol acorta la vida; y el alcohol de contrabando y el misterio de los bootleggers junto con los seis hombres ametrallados contra la pared. Ahora, que esta hermosa pervertida de la caja de fósforos iba a morir también. Llegaría fatalmente el séptimo cigarrillo; y aquel gesto de animal super-refinado será muerto por él mismo, lanzado fríamente a una muerte oscura y humillante 1 2 3 4 5 6 y 7. Vacía de fósforos, la mujer tendría que resignarse a la miseria y la muerte. Existía, en realidad, una Corte de los Milagros para las cosas. Como los hombres, los objetos que no podían ya rendir ningún provecho, caían por un ancho embudo al país de la basura. La basura de las calles; de los tarros frente a cada puerta en la madrugada; de los hornos malolientes y lejanos; de los oscuros rincones de los cuartos, llenos de telarañas espesas de polvo.

—¿Te vas a quedar? —dijo Cristina.

—No sé.

—Te pregunto porque ahora cierran la puerta a las doce.

—Bueno; me voy.

—No te lo dije para que te vayas...

—No; ya sé. Me voy porque tengo sueño.

Cristina tiró ruidosamente la revista a la otra esquina del cuarto.

—Son recién las once y media, cuando más. Puedo llamar y que traigan café. —

Magnifico. Pero igual me voy a ir.

Se levantó trabajosamente, mostrándole una liga oscura.

—Vengo en seguida.

Salió al corredor andando pesadamente. Cerró la puerta sin ruido. Ahora le parecía que,

enfundado en la expresión sensual de la mujer, se insinuaba un gesto de tristeza en la cara de bordes pulidos. ¿Adivinaría ella que cuando llegara a encender siete cigarrillos más...? Abrió la caja, haciendo rodar los fósforos hacia un lado y otro. El letrero EL ALCOHOL ACORTA LA VIDA tapaba piadosamente la cara de la mujer, para que no viese la pobreza de su contenido. Pero era seguro que estaba oyendo el ruido de las cerillas golpeando contra los costados de la caja, ya demasiado grande. ¿Para qué prolongar el final? Era mejor terminar ahora mismo, evitar el lento e implacable desangramiento de la mujer. Tuvo una última lástima y aflojo los dedos. La caja cayó recta y la oyó rodar brevemente, debajo del asiento.

Cristina le dio la espalda mientras cerraba la puerta con la rodilla, las manos debajo de la bandeja de metal.

—¿Por qué lo trajiste...?

—Por ganar tiempo.

Le dio una taza y volvió con la otra a su sillón. ¿En qué se parecía Cristina a la mujer de los fósforos? Claro que en nada; pero se parecía. Tuvo lástima también de ella y del aire solitario con que bebía el café.

—¿Qué vas a hacer el domingo?

—No sé todavía. Acaso vaya afuera.

—¿A la granja?

—Sí, sí conseguimos caballos.

—¿Valle?

—No seas idiota.

Un repentino pensamiento lo inquietó. ¿Habría caído boca abajo, la mujer? ¿Estarían los ojos oblicuos aplastando inútilmente la mirada contra el suelo? Movi6 el pie pero no logró tocarla. Oyó el ruido de la taza contra la mesa y vio levantarse, a Cristina, volver con la revista y retomar la apelonada postura en el sillón. La luz le proyectaba la sombra de la nariz hasta el borde de los labios y empalidecía la frente, recta y estrecha. Tomó el café de un trago. Frío. Y ahora tenía necesidad del cigarrillo número uno. Pero no sería capaz de recoger la mujer para sacarle un fósforo.

—¿Hay fósforos?

Cristina hizo girar el brazo estirado, señalando finalmente la mesa.

Mientras encendía el cigarrillo hizo un nuevo intento:

—Ah... ¿Y el dinero aquel de la gira...? ¿No hay noticias?

Levantó la cabeza sin mirarlo.

—Va despacio. El lunes nos reunimos con Elizalde para ver qué se hace.

Volvió los ojos a la revista mientras le acercaba la mano:

—Dame uno.

Tomó el cigarrillo y lo sujetó en la oreja, despidiéndolo con el gesto de aislamiento del cuerpo inmóvil. En fin, tanto mejor así... Volvió a su asiento caminando despacio.

Qué haría ella si él le dijera estoy enamorado de una muchacha. Se llama Virginia Cras y es... ¿Y cómo podría decirle a Cristina cómo era Virginia? ¿Qué forma tomaría la imagen de la adolescente en su cerebro?

Eran tan distintas... Polaridad, camarada. Y, especialmente, aquella cosa vaga que era todo: la manera sexual, el modo de ser mujeres de cada una de ellas...

Montó una pierna, resbalando contra el respaldo. Sintetizando, podría decirse que Cristina era sexualmente agresiva, en tanto Virginia pacífica. Mientras aquella cazaba, la muchacha se hacía cazar. Las armas de Cristina eran su cuerpo, sus movimientos, sus palabras. Todo dirigido hacia él en forma directa. Eran sus grandes carcajadas; sus muslos desnudos; el cosquilleo de alguna palabra susurrada en el oído; el olor intenso y fresco de sus axilas; el

temblor de los senos en la marcha, los elementos de que se valía la sexualidad de Cristina para exasperar la suya.

La muchachita, en cambio... —dentro de la diferencia que iba de sus relaciones con ella a las que tuviera con Cristina— operaba de manera distinta. Más sutil, más afinada, más suave. En lugar de atraerlo con su risa —una risa apagada, hecha con voz de secreto— usaba el silencio. En lugar de moverse y acercarse a él, la quietud y las decenas de centímetros de separación que tenía que vencer y se transformaban en una pequeña lucha tentadora. De improviso, descubría a Virginia como una vibración en el silencio, temblando en la inmovilidad, dentro de él en la distancia. Como si quietud, silencio y lejanía, se fueran desprendiendo de su cuerpo para traerle su presencia, tal como se descubre inesperadamente la primavera recién nacida en el perfume que salta por la ventana.

—Bueno... mañana tengo ensayo...

Se puso de pie, quitándose la blusa. Tac-tac-tac y luego un sonido largo, como de tela rasgada. Tiró la blusa sobre la silla y caminó hasta la mesa. Encendió el cigarrillo y quedó apoyada, fumando, mientras una mano revolvía los cabellos.

—Quiere decir que debo irme.

Ella se encogió de hombros con una inexpresiva sonrisa y siguió fumando. Luego se restregó el sueño contra la cara, apretando la mano sobre los ojos y las mejillas.

Miró a la mujer que miraba sin verlo, jugando la boca con un bostezo. Grande, alta, hundidos en la blanca carne de los hombros los tirantes de la enagua. Nunca había estado enamorado de ella. Pero los pedazos de vida pasados juntos había creado entre ellos una camaradería cordial, una inteligencia fortalecida diariamente por pequeños detalles y los problemas comunes. Sus naturalezas habían armonizado mediante un ejercicio continuo de concesiones mutuas. Pero ahora... Sintiendo dentro suyo la presencia de Virginia, se encontraba aislado en la habitación, frente a aquella mujer cuyos gestos y cuya actitud calmada no le llegaban ya como la expresión viva y cálida de una personalidad en la que se ha intimado. La atmósfera que los había unido le era ahora desconocida y extraña. Como un elemento distinto al que reclamaba su espíritu en el cual no le fuera dado encontrar las cantidades de luz, oxígeno y humedad necesarias a su existencia.

Trataba infructuosamente de fijar la clase de sentimientos que la mujer le inspiraba y la forma bajo la cual la entendí ahora su cerebro. Recordaba escenas, conversaciones, paseos, abrazos... Por un instante marchó su pensamiento hacía atrás, recogiendo detalles, impresiones, distintos elementos que le permitieran reconstruir la muerta sensación de Cristina. Pero todo era en vano. Como si en aquel momento hubiera llegado al máximo el implacable proceso de la separación y le fuera ya para siempre imposible penetrar en el alma de Cristina, interpretar su naturaleza ni sentir su vida interior. Como si la mujer que fumaba en silencio frente a él, apoyadas las amplias caderas en el borde de la mesa, hubiera ido endureciéndose lenta e innecesariamente, de adentro hacia fuera, hasta no ser más que la expresión momificada, de una personalidad infinitamente extraña y lejana, rígida y fría.

La vio tirar el cigarrillo y llevarse las manos detrás de la cabeza. Volvió a bostezar, hurtando los ojos, mientras se descolgaban los dos grandes pedazos de cabellera, cayendo en silencio a los lados de la cara. El comprendió y se puso de pie, buscando el sombrero. En el rápido telón oscuro de los cabellos que acababa de correrse, sintió claramente una despedida mucho más larga y cierta que el débil hasta mañana que se dijeron.

## XII

A través de la confusa cigüeña de la cortina —inmovilizada en el tejido con el largo pico aguzado y una de las finas patas encogidas— Jason divisaba algún pedazo de las casas de enfrente y del gran árbol adosado a la iglesia alemana, cuyas ramas superiores alcanzaban casi la altura del pulido gallo que oscilaba en la veleta. Después, arriba a la derecha, y hasta los límites de la ventana, cielo. Un azul igual, sin manchas y como bruñido.

A veces acomodaba los ojos para contemplar la fatigosa postura de la cigüeña; otras, la atravesaba sin verla y miraba la fachada amarillenta de las casas, las inquietas hojas del árbol, las brillantes porcelanas blancas que sostenían los cables contra la pared de casas y de cielo, y, regulando la altura de los ojos, lograba ver al pajarraco manteniendo su equilibrio en el borde de una azotea o flotando de manera fantástica en la seda del cielo, rozando la punta del pico el verde del árbol.

A fuerza de hacer llegar sus miradas hasta el exterior; detenerlas en la cortina, y juntar ambas imágenes, el marco de la ventana fue el marco de un cuadro suspendido en la pared. En el instante de alcanzar este descubrimiento, comprendió que era una fecunda base para la construcción de nuevas escenas y decidió hacer una pausa para gozar también de esta seguridad.

Retornó los ojos al techo; el empapelado terminaba un metro antes de él. Su mirada estaba en un prisma blanco, sin base, en mitad del cual colgaba el cordón de la luz. Separó las piernas, buscando zonas frescas en las sábanas.

Recordó que tenía que sudar y se acomodó las cobijas en los hombros, sintiendo que un soplo de aire cálido le pasaba por el cuello y la cara. Tenía que sudar.

El calor de la cama era insoportable. Apretó las cobijas aún más contra su cuerpo y cerró los ojos, pensando en un baño de lluvia. Las agujas de agua se quebraban rumorosas en sus hombros y salpicaban los mosaicos lustrosos. Se oía el ruido fresco del agua en el caño. El agua que le cosquilleaba en la espalda y caía luego por entre las piernas. En la nuca le golpeaba suavemente el agua y entonces él ponía la cara al agua, sin respirar, tratando de mantener los ojos abiertos. El agua le ponía rayas de pelo en la frente. Juntaba las manos en la espalda y giraba rápidamente; pero si daba vueltas no podía cantar y el agua salpicaba la ropa recién planchada que estaba de la silla.

Sopló con fuerza, inflando las mejillas. Recordó el cuadro de la pared. Sí, el cuadro primitivo era el paisaje. El árbol de la iglesia, las casas amarillas de sol, el cielo recién fregado. Una obra de arte, miles de dólares. Pero usted sabe; esa ley para defensa de los tesoros artísticos... Para poder pasarlo en la aduana fue necesario pintar otra cosa encima del paisaje. Un japonés lo hizo. Yo lo vi trabajar allí mismo, en el hotel. Algo admirable.

En media hora ni Dios reconocía el cuadro. No hubo ninguna dificultad. Para todo el mundo, uno de esos triviales paisajes de Japón, tan de moda ahora. Una cigüeña coja entre una vegetación caprichosa; un motivo de biombo, estilizado con buen gusto. Pero debajo de eso, mi amigo... Es cuestión de un lavado hecho por un experto y otra vez la maravilla aquella; un poco de cepillo, nada más... y sonreía con aire travieso, semientornado el ojo derecho.

Miraba con cuidado la cortina, el paisaje, la ventana. Quedó satisfecho de la historia del cuadro; pero estaba seguro de que aquel asunto le había prometido mucho más.

Buscaba, en los largos flecos y en las mallas del tejido, otras sensaciones, nuevas escenas para ir eslabonando. Pero no hallaba nada. Hasta la tela dos veces pintada había desaparecido; y en el empapelado de grandes ramas entrelazadas veía solamente la ventana familiar manchada de sol, la cortina amarillenta y —detrás del vidrio que acababa de resurgir— el paisaje de todas las mañanas. A pesar de su fracaso, continuaba, sabiendo que en el rectángulo de maderas grises se atesoraban argumentos y ensueños; y se culpaba por no poder descubrirlos, convencido ya de que todas aquellas posibilidades estaban muertas

para él. Tal vez, si hubiera recomendado la búsqueda un segundo antes o después... Pero ahora la mina estaba agotada, vacía.

Abría y cerraba las mandíbulas sin separar los labios y la barba rozaba ásperamente la sábana, con un leve ruido simpático. Tenía que sudar y no podía moverse por miedo a tomar frío. Ya le dolía el cuerpo de estarse tanto tiempo estirado, inmóvil, cara al techo.

Esperaría aún unos minutos y luego se daría vuelta, suavemente, sobre el lado derecho. No podía moverse y esto le dificultaba el sentirse; necesitaba algo que evidenciara su existencia, un detalle cualquiera que le permitiera interpretarse, un simple movimiento físico... El cerebro empezaba a no comprender con claridad el cuerpo inmóvil; sólo en la cabeza continuaba viviendo y ésta no podía abarcarse a ella misma. Mascaba sin tregua el ruido de la barba raspando la sábana; sentía amplificarse aquel diminuto susurro dentro de la boca y éste era la única prueba de su existencia. Subsistía en el ruido temeroso de un ratoncito, mordiendo un pedazo de pan debajo de un mueble. Se tuvo lástima; era una cosa tan pequeña, tan insignificante, que bastaba el trotar de un caballo en las piedras de la calle para que él dejara de ser, extinguiéndose junto con el roce tenaz de la mandíbula.

El coche había pasado calle abajo; lo oyó doblar en la esquina, ronroneando en el asfalto hasta desaparecer. Entendió el oído como una red de caza en medio de la calle.

Ruido de niños, la corneta de un auto y el viento. Otra vez los niños y nada más. Empezó a correr una franja de silencio. Pero de pronto, como una lluvia inesperada, ruidos de tranvías de automóviles, de voces, de perros, de automóviles, de tranvías, de carreras, de las casas de al lado, de automóviles, de cantos... Algunos allí no más. Debajo de la ventana; lejanos otros, inconclusos, mezclados. Y todos aquellos sonidos se habían estado repitiendo desde hacía horas, desde que despertara, cuando Mamá había entrado a sonreírle y abrir los postigos. Era siempre el mismo perro que ladraba, con su cómica voz de foxterrier. Y también dentro de la casa no habían cesado los ruidos en toda la mañana. Los pasos de María en el corredor, el ruido de la alcoba, los sonidos vibrantes de la cocina. Escuchó.

Debía de estar almorzando; oía sus voces salpicadas con los choques de los platos y lo habían dejado —solo y aburrido en la cama, quieta la nuca sobre la almohada— para juntarse en el comedor.

El mantel blanco y dorado, el balcón abierto lleno de luz. Todos en el comedor, charlando y riendo. La voz grave de su padre, las risas de los muchachos. La voz de Mamá era rara; la misma de siempre, pero rara. Parecía que todas las frases se flexionaban suavemente hacía arriba en el final, con algo de duda, de interrogación, de temor a que quien la oyera no opinara lo mismo.

—...Si fuera tan tímido como dicen no habría sido capaz de semejante canallada...

¿De quién estarían hablando? Se sorprendió al darse cuenta de que si el estuviera en el comedor habría dicho que, efectivamente, era muy tímido; y que aquello que le reprochaban lejos de ser una canallada... Y todo esto sin saber a quienes se refería su padre.

—...entonces es absurdo que haya aceptado el puesto...

Siempre hablaba así su padre, sin matices, con una entonación firme y honrada. Acaso no estuviera de acuerdo la voz con su físico. En muchas personas había observado lo mismo. Pero en su padre y en Mamá no podía darse cuenta de si sucedía eso; la era imposible separar la voz de los rostros, no podía concebirlas saliendo de otras bocas. Podía ver, debajo de la vocecilla un poco ronca de su hermana, otra muchacha, más baja, más delgada, con los ojos agrandados. Y la voz con disonancias de su hermano se colocaba en un hombre de modales más lentos, pálido, correcto. Sin embargo, estos nuevos seres que iba creando su imaginación conservaban siempre algún parecido con los verdaderos dueños de las voces. Así, por ejemplo, la muchachita que surgía de la voz de su hermana tenía una extraordinaria semejanza con lo que ella había sido unos años antes, cuando



comenzara a usar vestidos más largos y aquella blusa de encaje había quedado definitivamente sin la caricia de los rulos.

Entre las ramas del papel de la pared surgían a veces caras extrañas con un gesto inmobilizado; y en un rincón del techo, una verdosa mancha de humedad parecía formar el cuerpo de un guerrero, sobre cuya cabeza sobresalía la cruz de una lanza.

Lo habían dejado solo y seguían comiendo y hablando. Si él no estuviera, sería lo mismo. Desdoblaban la servilleta a la una, todos los días, y hablaban de mil cosas sin importancia, llenos de la inconsciente alegría de estar juntos. Acaso algunas veces hablaban también de él. Se entristeció, pensando que ayudaban a morir la mañana en el comedor.

Como él no almorzaba, hubiera seguido sintiendo la mañana mientras el sol calentara los vidrios. Pero. Independientemente de su voluntad, bastaría que se levantarán de la mesa y algunos de ellos entraran en el cuarto para que él supiera que había pasado el mediodía.

Entonces encontraría bruscamente empalidecido el cielo, sin fuerzas el sol. Y la pátina de atardecer que imaginaría ver deslizarse en la ventana, le confirmaría repentinamente de aquella mañana que él no había vivido.

Para las caderas cansadas, la cama tenía una dureza de hierro. Sí; dentro de un rato iba a darse vuelta. Por ahora miraba el techo. Iba a girar sobre el costado izquierdo. Había pensado tan intensamente en hacerlo sobre el otro, que era como si ya hubiera efectuado la operación. Físicamente, cansado de estar boca arriba. Y su espíritu ya molesto con la imagen del cuerpo mostrando el perfil izquierdo.

Una furtiva sombra rayó la ventana; algún pájaro. En el campanario de la iglesia debían andar golondrinas.

Como tres líneas que se unen para hacer un triángulo, aquellas sensaciones —la mancha del pájaro, la luz del cielo, la silueta gótica del templo— formaron, el recuerdo de Virginia. Aquella mañana ella habría recibido la carta que le enviara anoche, cuando resolvió declararse enfermo. Los sentimientos que él había tenido en el momento de escribirla —la tristeza por no poder verla durante unos días, el comenzar a imaginarla lejos de él— habían existido para ella recién aquella mañana, cuando el cartero hizo sonar la campanilla empotrada en la verja. Y las sensaciones de él y las de la adolescente, aunque de igual, naturaleza, no podrían ser nunca de un mismo grado; porque la separación había comenzado para él anoche, cuando le escribía apresuradamente en el café; mientras que para Virginia recién se había iniciado al recibir la carta, diez o doce horas después.

Suponiendo que pasaran mucho tiempo sin verse, era natural que el curso de los días fuera borrando las diferencias entre sus sentimientos, así como llega a convertirse en inapreciable una diferencia de cuatro o cinco años en la edad de dos niños. Pero como solamente se trataba de no verse en un par de días, aquella decena de horas tenía una gran importancia.

La tristeza de ambos no podría sincronizar en ningún momento; cuando la suya estuviera en el cenit, la de Virginia andaría aún trepando por el horizonte; cuando la de ella llegara a la exaltación del mediodía, la suya comenzaría a debilitarse. Entonces, resultaría inútil tratar de imaginar a Virginia movida por las mismas sensaciones que él. Siempre estaría sintiendo con diez horas de retraso, atravesando su espíritu las estaciones que él ya había dejado atrás y cuyas características y nombres le resultaban imposible de recordar.

Dada la brevedad de la pausa que imponía su enfermedad, pensaba que Virginia no le contestaría; pero si la muchacha, por cualquier razón, resolvía mandarle algunas líneas — tenía la letra irregular, con bruscas separaciones y algunas mayúsculas incomprensibles para quien las viera por primera vez—, si Virginia le escribiera, se iba a formar otra corriente de sensaciones incapaces de simultaneidad. Podría poner la muchacha, en la hipotética carta, palabras tristes o cariñosas o jovialmente burlonas; podría sentirse como una niña abandonada o... Eran muchas sus posibles reacciones, pero cualquiera que fuese

la elegida, le llegaría tarde. Si le escribía tristemente, lamentando su soledad, él se enteraría de aquel sentimiento de la adolescente cuando ya hubiera evolucionado o desaparecido. Porque en el momento de escribirle podría ella estar triste y contrariada; pero aquella tristeza no permanecería invariable: crecería, descenderla, se mezclaría con otros sentimientos. Hasta el punto de que no sería imposible que cuando él cortara el sobre y abriera los ojos encima de aquella determinada tristeza, éste no existiera ya; y una brisa de optimismo y confianza estuviera iluminando el corazón y las pupilas de la muchacha. Tendría él entonces, entre las manos, el cadáver de una tristeza que había existido diez horas atrás, cuando Virginia se sentó a escribirla. Posiblemente cometería el error de fabricar dentro suyo una melancolía semejante; y ésta, a su vez se iría deformando, tornaría en una sensación híbrida, dejaría de ser. Y cualquier sentimiento que llegara a tener, descendiendo de aquella tristeza que le oprimiría el pecho al leer la carta, no podría ser nunca correspondido por un sentimiento igual en Virginia. Aun suponiendo —también en este caso— que sus sensaciones tomarán idénticos rumbos, siguiendo un mismo proceso y a igual velocidad, ellas no coincidirían en ningún momento, como dos líneas divergentes lanzadas al espacio desde un mismo punto. Oíase el ruido de las cucharitas golpeando las tazas; estaban tomando el té y pronto vendrían. En la cama hacía un calor infernal, y allá se estaban charlando en el comedor; contentos y calmosos, junto al balcón abierto. Volvió a soplar con un gesto exagerado y sin convicción. Miró la superficie calva del techo y recordó la última sonrisa de Virginia. Debajo de los árboles ella le acariciaba las mejillas, velados de impaciencia los ojos. Recordó y una repentina ternura vino a aletearle en la garganta, sintiendo por la sonrisa aquella una compasión extraña e infinita. Sí; no era por nada. Como si sintiera lástima de Virginia por la sola razón de ser ella mujer. Estaba enamorado de la adolescente y se sintió lleno de agradecimiento hacia sí mismo. Se daba gracias por querer a Virginia. Sintió ruido de pasos; y cuando vio la sonrisa que le traía Mamá, comprendió cuánto bien le había hecho al quedarse en la cama. Invalidado por la enfermedad, volvía a ser el hijo pequeño a quien se protege y se cuida. Inmóvil bajo las cobijas, estafaba años al tiempo y Mamá volvía a tener un niño melancólico y tierno. Era a la criatura reconquistada a quien ella arropaba, acariciaba la frente y dirigía preguntas inútiles con aquella voz dulce que no había necesidad de entender.

(Aquí concluye el original inédito de *Tiempo de abrazar*. Siguen los fragmentos publicados en *Marcha* en 1943.)

### (XIX)

OPERACIONES DE BOLSA — COMISIONES. Iba a golpear pero el otro lo vio y se fue acercando con un balanceo indeciso en los hombros. Entró.

—¿Qué tal? Pase, pase...

Ya la luz de la ventana se hacía violeta. Acaso hubiera venido demasiado temprano.

Seis y media, había dicho. Golpearon con los nudillos.

—Adelante.

—Con permiso... Estos contratos, señor.

—A ver... Ah, bien, bien. Déjelos, nomás.

El cara de asno filósofo hizo espejar los dientes mientras saludaba. Se fue cerrando la puerta con exceso de cuidado. Una luz del corredor se fijó en los cristales con una lámina amarilla. El anciano miraba rápidamente las carátulas de los documentos, Le sonrió.

—Tome asiento. Un minuto.

Tenía un traje azul marino, seguramente nuevo. Recién afeitado; el bigote gris perfectamente simétrico. Sacudió los papeles arrugando la cara.

—Oh... Caramba...

Sí; y la corbata a rombos, también nueva. Algo serio y molesto, no había nada. Ahora arreglaba unos papeles encima del escritorio con aire de estar en otra cosa. Estaría preparando la arquitectura del discurso. Magnífico. Amores contrariados, intervención del padre celoso del porvenir de su hija.

Se aproximó erguido, forzando una sonrisa. Hizo brillar la cigarrera y se la acercó.

Después el encendedor.

—Lo he llamado, Jason...

Sopló el humo y se sentó a su lado, mirando las cortinas grises de la biblioteca.

—Lo he llamado... Yo confío por completo en su ecuanimidad. No dudo que sabrá escucharme serenamente. Vea, Jason, tengo de usted una opinión muy alta...

Ya de antemano sintió la tristeza de la escena que iba a seguir. Le hablaría de Virginia.

Y qué diablos sabría él de la muchacha. Se resignó.

—Desde luego...

Contempló atentamente la cara vieja y bondadosa que miraba ahora el humo del cigarrillo.

—Me pareció preferible acá en lugar de hacerlo en casa. Estaremos más cómodos. Y está de más que le diga que Virginia no sabe nada de esto. Que yo lo he llamado.

Tuvo un impulso de indignación. Fuera lo que fuera, el resto de su charla... Todo armonizado con la oficina limpia y ordenada, el flamante traje azul, la voz doctoral, los correctos ademanes.

—Yo sé que el paso que voy a dar es delicado. Extremadamente delicado. Y no se me escapa que usted podría interpretarlo en un sentido desfavorable. Pero ya le he dicho...

El preámbulo lo mortificaba como un cepo. Contra sí mismo debía de indignarse. Ya el estar escuchando sosegadamente era una hipocresía. Hacer creer que encontraba natural, dentro del orden, una situación ridícula y absurda. Era el padre de Virginia. Perfecto. Sabía tanto de ella como de danzas sagradas; pero era como el padre...

Chupó otra vez el cigarrillo y montó cuidadosamente una pierna.

—Vea, Jason... Nosotros... En fin, yo no dudo, no podría dudar de que usted quiere mucho a Virginia. Estoy seguro de que se quieren mucho.

Buscó una expresión aprobatoria. Pero Jason estaba replegado, mirándolo con una impasible cara de fotografía. Se revolvió en su asiento, inclinándose. La mano le temblaba rápidamente.

—Bueno, Jason. Somos hombres y podemos charlar claramente. Quiero decirle esto.

Desde que Virginia lo conoció a usted no es la misma. A usted puedo decírselo. Era una criatura encantadora. Dulce y tierna. Y la única hija, Jason, usted comprende... Bueno, ahora... se le han metido no sé cuántas locuras en la cabeza. Independencia, libertad... No sé. Si las cosas no hubieran llegado a un punto... Pero es necesario terminar con esto.

Se levantó y empezó a pasearse con los puños juntos en los riñones. Entonces era esto...

La salud espiritual de Virginia. Cuernos; y no tener el valor de preguntarle si Virginia era una persona o un apéndice, una prolongación del señor Cras. Y quién diablos lo facultaba, qué maldito derecho tenía... Dijo suavemente:

—Yo la encuentro cada día más dulce. Más tierna...

Se le acercó con los ojos brillantes, moviendo los brazos.

—Claro. Cómo no ha de ser tierna con usted si usted aprueba todo lo que hace y piensa. Si está de acuerdo con todas esas locuras.

Se estremeció de ira sintiendo un chorro de calor subirle a la cara. Luego se dejó estar, cansado, aburrido, arrinconado el cuerpo en el sofá de cuero. Dijo moviendo la cabeza, sin mirarlo:

—Es inútil... No nos vamos a entender.

—Claro, si ustedes no quieren entender.

Sonrió apenas y siguió fumando. Una cosa tan sutil, tan fresca, tan delicada. Y venía aquel señor que no podía entender, y metía en ella su viejo cerebro endurecido. Las correctas frases seguían cayendo sobre sus sentimientos y sus recuerdos como una lluvia helada y sucia.

—...cosas inadmisibles, Jason... el mundo está hecho así. No son ustedes quienes van a cambiar las costumbres, la vida...

Se paseaba despacio, sin ruido, hablando. A veces se detenía para reforzar un argumento con las manos. Seguía caminando, hablando. Todo lejano, angustioso, frío.

—...y entonces, si la quiere... ¿Cómo aprueba eso, cómo lo permite y la ayuda a hacerlo? Yo no lo entiendo. Que ella acumule cosas que pronto han de herirla. Que se haga daño inútilmente...

Levantó la cabeza temblando de rabia.

—Pero cuáles cosas... ¿quiere decirme?

—Oh, usted me entiende. Que haga lo que se le antoja, sin pensar en los demás. Ese modo de ser, de encarar los problemas... desprecio por todo. Locuras, Jason. Locuras de las que van a arrepentirse.

Se detuvo frente a él tirándose de los puños de la camisa. Luego se sentó.

—Yo me hago cargo. Comprendo. No dudo de que sean sinceros. Pero están equivocados y cuando lo adviertan será tarde. No para usted, que es hombre. Piense en ella, en lo que va a sufrir, en las humillaciones que la esperan...

“Y si tuviera razón.” ¿Si Virginia...? ¿Si él la estuviera ayudando a crearse un futuro de dolor? Si todo fuera inútil, nada más que un estéril montón de bellas frases. Contra tanta gente, tantos miles y miles...

El otro hablaba, hablaba, persuasivo, con un tono paternal que iba trocando su ira en una dolorosa ternura. El padre de Virginia. El también lo tenía y todo el mundo... Todos tenían un padre, como un extraño descubrimiento imprevisto.

—...sí, Jason...

Se levantó encendiendo la intensa luz del techo que bajó rápida hasta ellos. Volvió a sentarse.

—¿Otro cigarrillo? Pero sí; si yo me hago cargo. Yo también he chocado muchas veces con mi padre. Oh, algún día le hablaré de esto, cosas de cuando era muchacho... Pero siempre dentro de ciertos límites, sin olvidar que él era mi padre. Nunca locuras, Jason.

La luz brillaba en barras sobre la tapa de la cigarrera, mientras golpeaba lentamente el cigarrillo. Sacudió la cabeza:

—Francamente, no los comprendo, no puedo comprenderlos...

Entendió, recobrando de inmediato su actitud protectora y la voz insinuante:

—Independencia, libertad... Pero muy bien. No creo que nadie haya dado más libertad a una hija. No tengo aquellos prejuicios. Pero ustedes abusan. Confunden independencia con anarquía. No reconocen control ninguno, opinión pública, sociedad... Que una criatura como es ella pueda hacer las cosas que le venga en gana, caprichos, locuras irreflexivas...

No, Jason, no... Y vea que le hablo de mi hija, que me veo obligado a expresarme de ella de esa manera...

Como un lento río de aguas frías, corriendo, corriendo... Podía luchar contra el mundo,

sin miedo a nada. ¿Pero qué hacer, qué decir frente al discurso absurdo, frente al hombre emocionado y absurdo...? El traje nuevo, el correcto nudo de la corbata... Y una Virginia alejándose. Una Virginia a la que limaron, cepillaron, deformándola, haciéndola igual a los miles de muchachas de la ciudad. Una pequeñísima Virginia de nariz empolvada y la cara sucia con un gesto de honestidad. El triste muñequito se iba, se mezclaba con la multitud, desaparecía... Una mano le tocó el hombro.

—Es así, Jason... Y todo depende de usted...

Lo miró, torcida la boca por el cansancio, el hastío, el desaliento.

—Pero sí... ¿Qué es una muchachita? Usted puede moldearla, hacer de ella lo que desee. No olvide que usted puede inclinarse hacia el bien o hacia el mal.

No haga que un día su conciencia...

Su conciencia... ¿Por qué no le prometía seis balas en la cabeza, en lugar de aquel idiota chantaje moral? Moldearla, hacer lo que desee... Y era imposible explicar al bien cortado traje azul marino que Virginia era más inteligente que él. Que, a pesar de la paternidad, tenía más fuerza, más carácter, más personalidad. Las solapas planchadas eran quienes iban a dirigirla, a enseñarle dónde estaba el bien y dónde estaba el mal...

Se levantó con el sombrero en la mano y comenzó a pasearse. En otras oficinas repiqueteaba una máquina y se oían voces.

—Banco Francés. Tres mil quinientos setenta y cinco. Diez y ocho de octubre Banco de Londres. Renovado...

Y de improvviso, sintió que lo llenaba una burlona extrañeza al considerar rápidamente la cara vieja y bondadosa que lo miraba, esperando. Usted puede moldearla... ¿Qué diablos podría decir? ¿Pedirle un empleo? Pero ¿por qué brecha hacer llegar hasta el alma envuelta por el traje azul marino, la exacta sensación de Virginia? Su hija... ¿Y qué cuernos tenía él que ver con la hija del traje azul? Se trataba de Virginia, de una Virginia que el señor Cras moriría sin ver. Pero, al desdoblar la sensación de la muchacha, le pareció que la hija era más fuerte, la única real. Y que no había otra Virginia. Aquella muchachita... No, todo mentira. Sueños borrosos, los recuerdos. Rastros de lecturas, las palabras. Nada más que la honesta hija del señor Cras. Una señorita a la que él no conocía. Y sería ridículo e inútil destapar ante el señor Cras la infinita tristeza, el amargo desaliento que le había nacido a consecuencias de todo aquello. La muerte de su muchachita. Además, si hablara era seguro que la voz le iba a temblar.

El otro puso las manos en los bolsillos del saco, esperando aún. Todo inútil. No iba a entender. Bruscamente empujó la puerta y salió. Bajó despacio la retorcida escalera, escuchando. Acaso un ruido, una voz allá arriba... Pero nada. Solamente de la otra oficina:

—...hace un total de vencimientos al treinta de junio, de pesos veintisiete mil cuatrocientos...

En una mano tintineaban alegres los vasos, al compás de la marcha. De la otra colgaba la botella con un leve balanceo de ahorcado. Se detuvo en la puerta.

Virginia estaba sentada en la cama, apoyada en las caderas y los codos, inclinándose encima de su propio cuerpo. La mirada descendía, grave y atenta; la boca parecía tocada por la misteriosa calma del sueño. El perfil, lleno de gracia, recortándose nítido en el fondo ensombrecido de la pared, se inclinaba curioso hacia el cuerpo desnudo. Espiaba la desnudez color canela que se iniciaba en el cuello, descendía en una fácil curva, y luego se explayaba sobre la cama, hasta los pies. Uno escondido entre las ropas; el otro encima, mostrando la planta. Un poco recogidas las piernas, con las rodillas al nivel de la boca.

La belleza de la muchacha penetraba en él, exenta, firme con permanencia de piedra, la dulzura del perfil, las estrías de músculos de la espalda, el brazo que caía como una plomada hasta el codo. El pequeño seno con la punta audazmente hacia arriba, encuadrado en el ángulo recto del brazo. La mano abierta rodeaba la nalga; como si la adolescente

hubiera tomado su belleza en la diminuta palma generosa, para ofrecérsela tan definitiva y confiadamente como se le había dado un momento antes, con los ojos en blanco y la boca torturada, fluctuando debajo de su brazo enloquecido.

Virginia se volvió hacia él, ya con una franca sonrisa. La cabeza echada contra un hombro, en un gesto confundido, como si le avergonzara que él la hubiera sorprendido.

Luego salió de la cama y repartió los vidrios en la mesita.

—¿Trajiste los cigarrillos?

—En seguida.

—No. Voy yo.

Fue corriendo, echando las piernas hacia los costados, mientras el pelo le chicoteaba en la espalda. El desteñido sol giró rápidamente en las nalgas, abriéndose y cerrándose como el diafragma de una cámara fotográfica.

Jason llenó los vasos y alzó el suyo. La cortina de la ventana se había oscurecido.

Bebió como junto a un mostrador de taberna, tirando violentamente la cabeza hacia atrás.

Estaba desnudo. Respiró con fuerza, dilatando el pecho. Lentamente juntó los brazos al cuerpo, haciendo saltar los pectorales; luego los golpeó, un puñetazo, otro. Estaba desnudo y alegre. Animal humano. Se enjugó los labios, restregando el revés de la mano con fuerza.

En lo alto de la cortina sombría, sólo una rayita cobriza, como un guión.

Virginia volvió, caminando despacio, como si gozara prolongando la presencia, los movimientos del cuerpo desnudo, la sensación de los pies descalzos en el suelo. Se curvó sobre la mesita. Las piernas juntas, la redonda masa de las caderas, el pelo colgando como lluvia. Se enderezó con un vaso, poniéndole en la boca un cigarrillo encendido. A través de la bebida temblorosa vacilaba un seno como un paisaje submarino. Luego se extendió de costado en la cama, sosteniendo la cabeza en una mano. La otra golpeaba despacito con las uñas el cristal del vaso.

El cuarto oscureciéndose; el de pie, alto y desnudo; el ensordinado tirintintín de las uñas. Se agachó hasta sentarse en el suelo, envuelto en la humada blanca que ella suspiró.

—Virginia.

Se miraron, sonriendo. Luego él vio morir el guión de la cortina y, con los ojos fijos en el ángulo en que había estado, murmuró:

—Tenía un miedo... después de la carta. Pensaba que todo había terminado. No por celos; pero tenía miedo de que esto, tal vez lo más grande que haya, lo conocieras con otro.

Con alguno demasiado bruto; demasiado macho para tu ternura...

Ella saltó levemente, acariciándole un brazo con los perezosos dedos.

—No, Julio... No podía ser. Yo presentía lo lindo de esto, vida. No me hubiera animado a estropearlo. Tenía que ser contigo... contigo, vida querida. Y yo estaba tan segura de que iba a ser...; y lindo, lindo, lindo...

El recostó la cabeza en la cama, haciendo resbalar sus labios agradecidos por el caliente brazo de la muchacha.

—Dulzura...

Cerró los ojos y quedó quieto, sumergido en una placidez que volteaba lentamente en su cerebro. Así, así. Sentía el pulsar de la sangre en la muñeca que hacía de almohada para su mejilla y, de vez en cuando, la boca de Virginia que soplabla el humo. Dormirse así, despacito, sintiendo que se dormía, espinando las imágenes que empezaban a brotar indecisas, como luces de luciérnagas, entre las últimas sensaciones que iban desprendiéndose, los frescos recuerdos que se alejaban dulcemente. Los golpecitos misteriosos de la vida, saltando en la muñeca de la muchacha. Irse, así, sonriendo.

Dormirse o morir. Tan feliz, tan feliz, descansando en la muchachita... Llevarse al silencio aquella enorme y fina dicha que lo saturaba; morir como el único más allá posible, la única prolongación de su felicidad.

Un ruido de puerta. Voces en una casa vecina. Y, atravesando la espesa sombra de la cortina, un tango. Un pedazo de tango, girando lejos, en quién sabe qué cuarto. La caja de música abierta sabe Dios ante qué escena.

Rabiosamente, recordó que existían otras personas; que otros vivían, amaban, odiaban.

No solamente ellos, no solamente él y su muchachita... Levantó la cabeza, queriendo rechazar aquel pensamiento, levantar una gruesa muralla que los separara del mundo, de la ciudad, de las casas vecinas. Pero el tango se filtraba siempre, entraba en él como un cuchillo en la ranura de un mueble. Y dentro suyo surgían las palabras lentas y amargas que iban traduciendo la música lejana. Se incorporó de un salto.

—Tan luego ahora...

—¿Estás loco?

Otra vez la muchacha desnuda en la cama, un seno justo encima de la redonda boca del vaso. Se agachó, mordiendo suavemente la puntita oscura. El vaso se tambaleó semicubierto por el cabello desflecado.

Pero volvió a resbalar y se aquietó junto a la cama, fumando al lado de la oscura mano que se movía débilmente. Otra vez el silencio y ellos. Ya era de noche. Tenía hambre.

Recogió el vaso y bebió.

Otro pedazo de un tango que no conocía, entrando a saltitos, haciendo rápidas contorsiones sobre el tenso alambre del violín. Solos en la oscuridad del dormitorio, donde empezaba a temblar la noche. El tango, lejano y borroso como alguien gesticulando dolorosamente a través de vidrieras sucias. La mano de Virginia le resbaló por el mentón, el cuello, y cayó en el antebrazo. Entonces, casi sin verse ni verla, se sintió en el suelo, con los dedos trenzados rodeando las rodillas; y sintió a la muchacha boca arriba en la cama, un poco abiertas las dobladas piernas, cuyos pies descansaban en la almohada. Abandonados y felices en la íntima noche del cuarto.

—Estaba pensando... Aunque te parezca que soy tonta. ¿Sabés lo que sentía antes...?

Me daba vergüenza; como si ser virgen fuera algo anormal. Tenía vergüenza de sentirme, pensando en las otras... En las mujeres que ya eran mujeres.

Bajo la luz redonda del techo. Hundido en el sillón, una fija sonrisa en la boca entreabierta. Sí; había pensado en casa de cristal. Pecado y las sucias caras contra los vidrios. A la luz intensa, el forro azul del colchón aparecía bruñido como un pedazo de cielo. Se movió un poco, perezoso en el calor del pijama reconquistado. A ratos oía el ruido del agua en el baño, alegre como de lluvia con sol. Un tintineo de frascos. Ella estaría desnuda, entrando y saliendo de la cortina de agua.

Pecado, PECADO aullaban las amarillas casas contra los muros. Estaba contento, lleno de una mansa alegría. PECADO. Ellos habían pecado, juntos y desnudos en la cama grandota. La casa de cristal, los rostros, la música de los acordeones. Y el momento más alto y más puro de su vida, era un pecado; un monstruoso y sucio pecado que debía esconderse con vergüenza.

Cruzó las piernas y se rió largamente, con una risa apegada y tranquila que le ronroneaba temblorosa en la garganta como un chorro de agua.

La muchacha entró con los silenciosos pies desnudos, restregándose todavía en la enorme salida de baño. Miles de gotas de agua le estrellaban las piernas. Como si la cabeza se hubiera hundido en el cielo y constelaciones de luminosas estrellitas se le hubieran prendido en los cabellos. Abrojos de luz.

Se balanceaba junto a él, frotándose el vientre, las piernas. Luego se enderezó, desprendiendo lentamente el ropón, desembarazando los brazos, dejándolo resbalar hasta el suelo. Una punta cayó sobre los pies de él, con una grata sensación de abrigo.

Desnuda. Se echó hacia atrás en el sillón, suavemente, temeroso de que un movimiento brusco pudiera quebrar aquello. Mirándola con una fija cara de dolor.

Aspirando el aire cálido que rodeaba la dorada desnudez, un vago perfume de colonia... Suyo, aquel dulce animalito sonriente. Suya. Y unas desesperadas ganas de agradecer a gritos su felicidad; a Virginia, a la vida tan simple y sorprendente.

Su mirada se hundió un momento en los ojos alegres de la muchachita; se detuvo en su ancha sonrisa; buscó el perfil de los senos; se extendió por la leve curva de las caderas; se deslizó por los muslos morenos, las nerviosas piernas, los pies todavía húmedos, hasta quedar tirada y sin sentido en el suelo, con el ropón de baño que blanqueaba entre ellos.

Desbordaban en él una infinita dulzura, un indecible agradecimiento. Pensó que la única forma de expresárselo sería tirar su cuerpo allí, donde se mezclaban la ropa y su mirada.

Abandonarse, pequeño y débil, a la sombra de su belleza.

Volvió a la cara y quedaron mirándose, con una mirada sostenida, rabiosa de impotencia y desesperación. Aquella imagen —el alargado cuerpo de la muchacha lamido por el agua— le dolía, como un sufrimiento físico, allá adentro, en las raíces del alma y del instinto.

—Nena.

La mano esbozó una larga caricia en el aire. Ella caminó, arrastrando los pies como una niña; se arrodilló, apretando la cabeza contra sus piernas. Sonreía, estremecida por los suspiros que iban desfigurando las palabras, colándose una lágrima por la esquina del párpado tembloroso. Los talones se hundían suavemente en las nalgas y él veía brillar la luz en los dos tajos de agua de donde nacían los dedos de los pies.

Estaba fumando cara al techo en el sofá, tratando de no moverse para evitar la caída de la zapatilla mal calzada. Un metro más allá, aislada de la sombra por la lámpara que había amortiguado con el pañuelo del cuello, Virginia se cepillaba lentamente el pelo. Un espejo cuadrado duplicaba la imagen de la muchacha. De la calle venía el anuncio de los diarios de la noche.

—Es inútil que me apure. Demoro más.

Comenzó a peinarse, sosteniendo el pelo entre los dedos. Las puntas se erizaban como virutas. Envolvió las dos manchas negras a los lados de la cara, encima de la orejas. De improviso él se sintió lleno de extrañeza. Recordó la muchachita desmayada de ternura, desnuda en la cama. Era la misma, pero ahora estaba vestida.

Un dedo repartía el rouge en la boca entreabierta. El cigarrillo se quedaba abandonado en una esquina del mueble, con un lento hilo de humo que de vez en cuando quebraban los movimientos de la muchacha. Allí también, dos Virginias. Una casi de espaldas, mostrando una mejilla y la concavidad de la nuca, el cuello alargado e infantil. La otra, en la lámina de plata del espejo, mostraba la cara palidecida por la luz demasiado cercana. Los pesados ojos inmóviles, los labios abiertos. La cara del espejo anticipaba la expresión que alcanzaría ella en el goce cuando fuera mujer.

Miraba ahora entristecido los hombros débiles e inclinados de la muchacha. Alejada de él, era más fuerte. Hundida por completo en el espejo, podía olvidarlo, olvidar la tarde, el dormitorio, abandonada a su destino de gracia y belleza. Él necesitaba de ella; pero no le era necesario a Virginia. Podría ella equivocarse, fracasar mil veces; pero mientras sus ojos estuvieran sonriendo en el espejo, mientras temblara tan suavemente su cabeza en los momentos de expectación, mientras fuera dejando sus manos en caricias esbozadas encima de los objetos que la rodeaban, mientras empleara alegres minutos en la contemplación de su cuerpo... Sí, había sido hecha para eso. Ser bella y graciosa.

Se levantó sonriendo, restregándose los dedos en un pañuelo.

—Lista.

Se acercó a él, recuperada la expresión aniñada y tierna de horas antes, de siempre.

Pero, mezclado a ella, Jason imaginaba un gesto de confianza, una firmeza de triunfo. Le acarició la cabeza despeinada y fue hasta la ventana.



Junto a la lámpara, el cigarrillo se deshacía en bolas de humo. Allá al fondo del corredor, la vaga forma clara de la cama. El corazón le empujaba una perezosa corriente de felicidad. Y, en su cerebro, Virginia; así como en su cuerpo cansado el olor de la muchacha.

Volvió lentamente y se arrodilló junto al sofá.

—Hay que irse, mi vida.

Agradeció con una sonrisa la fórmula impersonal. Hay que irse. Es de noche. Llueve.

Inevitable, e independiente de ellos. Le tomó la sonrosada cara entre las manos, ahuecando los dedos sobre las masas de pelo.

Tuvo miedo de su próxima soledad. El departamento sin ella; la cama sin su cuerpo; los sillones sin sus piernas nerviosas; los libros sin la curiosidad de su mirada grave. Todo iba a quedar sin sentido; incomprensible como un escrito cifrado cuya clave se hubiera perdido. Y, de pronto, más intenso, miedo de prolongar la despedida. La besó con fuerza.

—¿Hasta...?

Ella comprendió y le alargó la mano, con un recio apretón de camaradas.

—No sé. Pero quiero verte mañana.

Se encajó el sombrero ante el espejo. Aplastó el cigarrillo en el cenicero. Anudó el pañuelo al cuello. Recogió los guantes y la cartera. Luego, lentamente, accionando con un solo brazo, se echó el impermeable sobre los hombros. Giró despacio, sonriendo a todo y a él. Después inclinó profundamente la cabeza, en despedida.

—¿Mañana...?

El asintió sin hablar. La vio alejarse hacia la puerta. Tuvo la impresión de que Virginia esperaba que llamase. Con la mano en el pestillo, ella vaciló. Luego se dio vuelta, mirándolo.

Uno y otro en islotes de sombra, separados por el blanco globo de la luz.

Salió, cerrando sin ruido. Por un rato siguió imaginándola junto a la madera oscura de la puerta; el cuerpo inclinado, los ojos brillantes, el gesto bondadoso de la boca. Toda, tan frágil y tierna... Ahora, cada día, una lucha de astucia o de coraje, contra todos, para conservarla y defenderla. Se incorporó con la cara endurecida y comenzó a pasearse.

Luchar contra todos; contra la inmensa estupidez humana, contra la cobardía de la bestia humana.

—La inmundada bestia humana... —susurró lentamente.

Estaba mareado. Fue caminando por el corredor. Frente al baño, olor a colonia, a limpio y a Virginia.

Encendió la luz del dormitorio. Las ropas en el suelo. Ella en cada pliegue, cada color, cada perfil, Ah, bestias... Tan buena, tan suave, tan suya. Con que pecado, ¿no? ¿Pecado, aquello, bestias hediondas? Bebió el resto de un vaso. Apoyó la cabeza en las manos, inclinándose sobre los días pasados, sobre sus vacilaciones. Había necesitado un largo y ridículo proceso para despedirse. Había sido débil y cobarde. Atado por el temor de enfrentarse a los demás; a sus amigos, a la parte adecuada de su persona; a los años de niñez en que habían querido conformarle el cerebro como en un molde. Se había creído libre y fuerte; había sentido lástima por los miles de infelices que claudicaban, haciendo de sus vidas superficies monótonas e invariables. Y cuando fue necesario traducir en hechos sus bellas teorías, había vacilado. Como todos, como los otros. Había sido débil y ridículo hasta la vergüenza. Se había engañado a sí mismo, urdiendo pretextos, complicando las cosas, incapaz de un momento de sinceridad.

Encendió un cigarrillo y se dobló aún más hacia el suelo. Y había estado convencido

—grandísimo imbécil— de que era su propia superioridad la que le hacía ver mil aspectos del problema que un tipo inferior ignoraría. Mentira todo. Mentira sus palabras, sus pensamientos, sus actos. Mentira ridícula, él mismo.

Se levantó y caminó despacio hasta la ventana. Levantó la cortina. Un pedazo de patio,

ventanas, techos, luces. Las almas puras decían que precisamente por ser animales... Luz de luna, Mendelssohn, la corona de azahares. Mierda, damas y caballeros. No era el pensamiento humano quien trazaba cauces para el instinto. Eran las mismas almas puras, los hombres rectos, los perfectos caballeros, las damas con neuralgia en lo ovarios. Sí; los rascacielos, las reuniones de directorio, los honestos almaceneros, los prostíbulos, los ocho en línea, los siete por ciento.

Tiró la cortina y fue hasta el baño. Se desnudó y abrió la lluvia, metiendo un pie debajo. Frío. Lo sacó y puso el otro. Luego empezó a caminar. Tres pasos, vuelta, tres pasos. Cuando llegaba junto a la bañera el agua le caía en gotas finísimas, salpicándole el pecho, los hombros, las nalgas. En el otro extremo, el fresco olor del jabón, del dentífrico, de la pasta para afeitarse.

Estaba lleno de un odio profundo y alegre. Sin saberlo, sin admitirlo en ningún momento, había estado caminando en medio de una multitud ciega y apretada. Pero ahora

—tres pasos, vuelta, tres pasos— oponía el pecho a las filas interminables que seguían avanzando lentamente. Lo empujarían. Lo golpearían, queriendo hacerlo seguir como hasta ahora, al paso lento de siempre. No importaba. Confiaba en la fuerza de su odio. En el límite en que terminaran las energías de su amor, vendría el odio en su ayuda. Y otros, ayer,

ahora, mañana y pasado, cada vez más numerosos, dando la cara al espeso rebaño humano. El hambre, el cansancio, el desesperado deseo de abrir las ventanas, de respirar. El ansia irrefrenable de higienizar la vida; de fusilar la hipocresía, la injusticia, la mentira. Bestias inmundas... Tres pasos vuelta, tres pasos.

**Libros Tauro**

<http://www.LibrosTauro.com.ar>